


CONVERSACIONES FAMILIARES

SOBRE

EL PROTESTANTISMO

DEL DÍA

POR

MONSEÑOR DE SEGUR

TRADUCIDAS DE LA XIII.ª EDICIÓN FRANCESA

Segunda reimpresión ordenada por el Illmo. y Rmo. señor Arzobispo, Dr. D. Mariano Casanova.



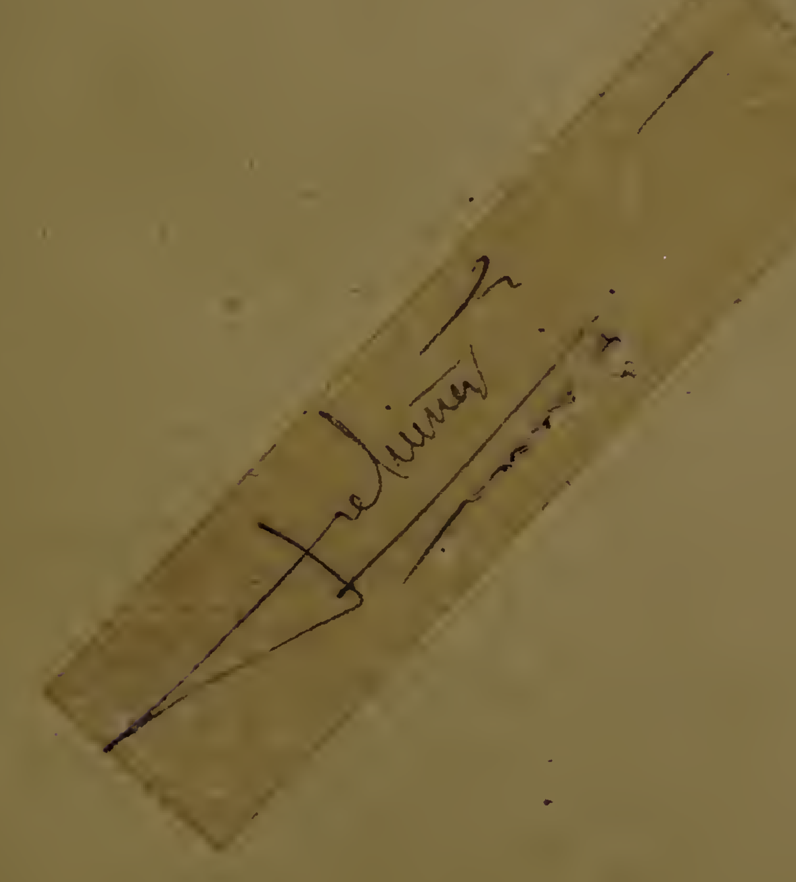
SANTIAGO
IMPRENTA DE LA REVISTA CATÓLICA
Avenida Matucana, 360.
1902.




CONVERSACIONES FAMILIARES

SOBRE

EL PROTESTANTISMO DEL DÍA



537—Imprenta de La Revista Católica.

CONVERSACIONES FAMILIARES

SOBRE

EL PROTESTANTISMO

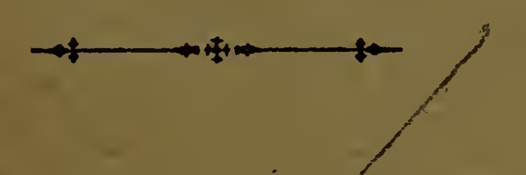
DEL DÍA

POR

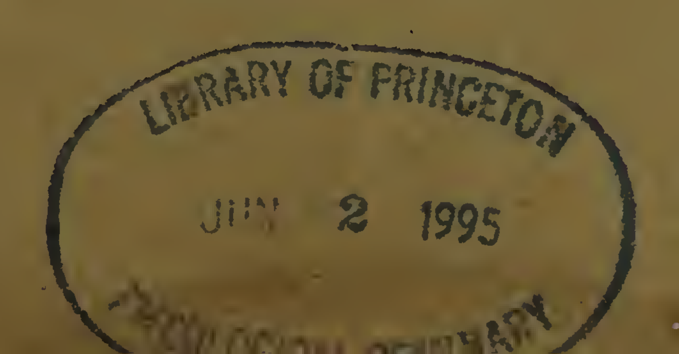
MONSEÑOR DE SEGUR

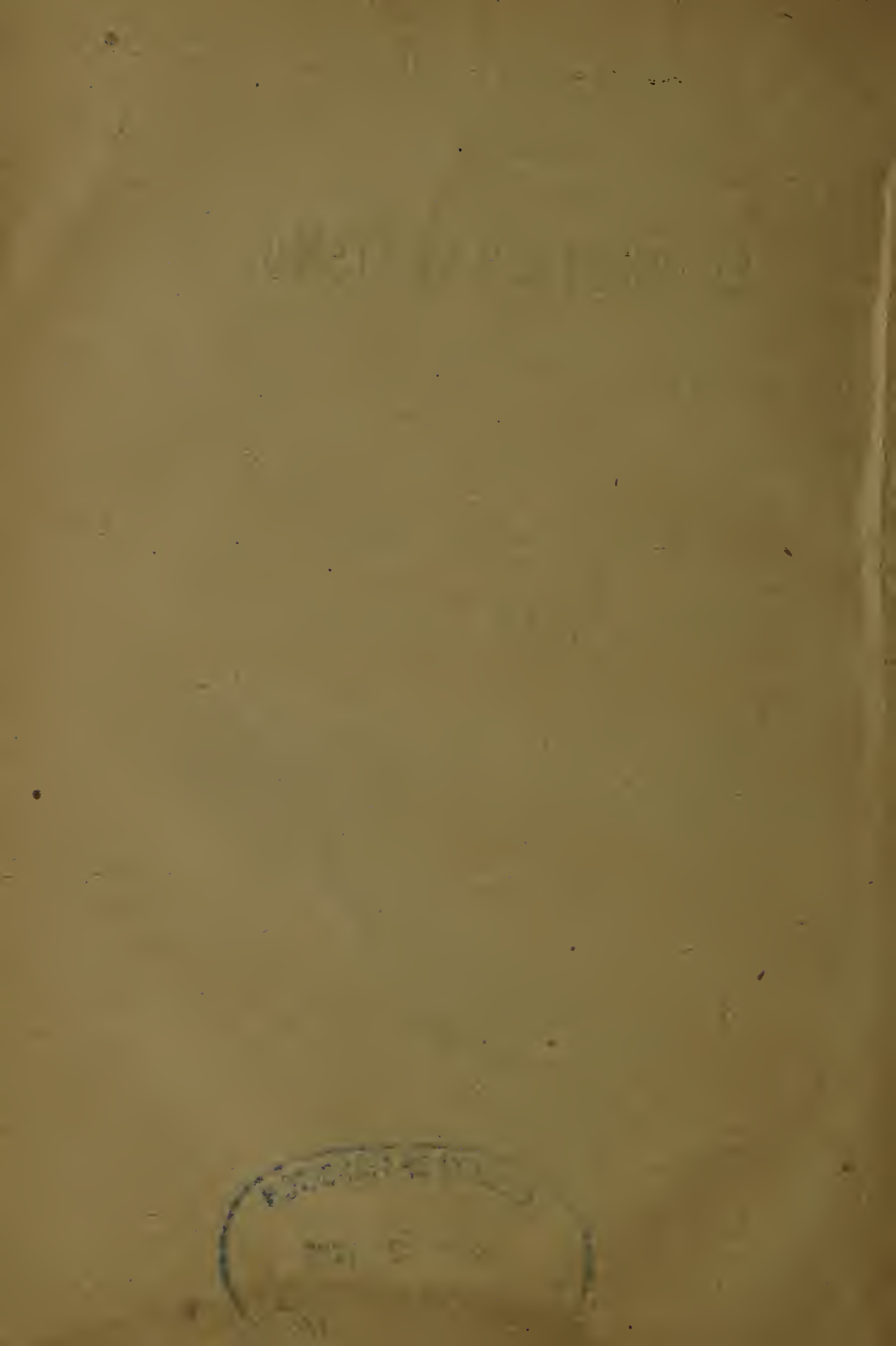
TRADUCIDAS DE LA XIII.ª EDICIÓN FRANCESA

Segunda reimpresión ordenada por el Illmo. y Rmo. señor Arzobispo, Dr. D. Mariano Casanova.



SANTIAGO
IMPRENTA DE LA REVISTA CATÓLICA
Avenida Matucana, 360.
1902.





AL ILLMO. Y RMO. SR. ARZOBISPO DE SANTIAGO

Dr. D. RAFAEL VALENTÍN VALDIVIESO

En testimonio de su profundo respeto, veneración y amor, y como una leve reparación de los desacatos y calumnias con que la malignidad, la envidia ú otras bajas pasiones han pretendido en diferentes tiempos oscurecer la bien merecida reputación de que por su ciencia, talentos y virtudes goza tan ilustre Prelado, gloria de la religión y de la patria;

Dedican esta publicación

LOS EDITORES CHILENOS.

LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIÁSTICA

INFORME DEL EXAMINADOR

Señor Vicario General:

He leído atentamente el libro de Monseñor de Segur que tiene por título *Conversaciones familiares sobre el protestantismo del día*, como V. S. se sirvió encargármelo. Me ha parecido de un mérito singular para el efecto que el autor se propuso, el mismo por que se ha pedido á V. S. la licencia de publicarlo entre nosotros, á saber: ilustrar á los fieles y ponerlos en guarda contra los sofismas y calumnias con que se esfuerza el protestantismo por desacreditar el catolicismo, y contra los falsos argumentos que invoca para autorizar sus doctrinas. El autor, sin entrar en detenidas discusiones, toca sin embargo todos ó casi todos los puntos de divergencia entre católicos y protestantes, examina los principios de partida de la Reforma y el alcance de sus aplicaciones prácticas, y le contrapone la enseñanza de la Iglesia Católica; todo con tal fuerza de raciocinio y con tal claridad, que no parece posible puedan resistir á la convicción que arroja, aun las inteligencias menos cultivadas ó más preocupadas; y al propio tiempo con tanta concisión y tan ameno estilo, que hasta las personas más ocupadas, y aquellas que ningún atractivo suelen hallar en este género de lectura, podrán con gusto sacrificar á la de su libro los momentos de ocio. De tal suerte es esto verdad, que

cuando uno lo ha acabado de recorrer, reconoce que han tenido mucha razón los que hicieron la edición francesa de que está tomada la traducción para aseverar en su prólogo, que por confesión de los mismos pastores protestantes éstos «nada consiguen de aquellos que han leído la presente obra.» Por lo expuesto, mi juicio es, señor Vicario, que no sólo no hay nada que se oponga á la licencia solicitada para dar á luz el libro de Monseñor Segur, sino que interesaría en gran manera al bien de la religión y de la Jglesia que la Autoridad Eclesiástica recomendara á los fieles su lectura, y los estimulara á ella concediéndoles las indulgencias que tenga á bien por cada vez que prefieran esta ocupación á otras de que puedan prescindir sin faltar á sus deberes.

Santiago, Abril 13 de 1867.

Dios guarde á V. S.

Zoilō Villalón.
S. J.

DECRETO

Santiago, Abril 13 de 1867.

Con lo expuesto por el Padre Zoilo Villalón, examinador nombrado para revisar la traducción que se ha hecho de la obra de Monseñor de Segur titulada *Conversaciones familiares sobre el protestantismo del día*, se permite la impresión y publicación de dicha obra y se recomienda su lectura.

VARGAS,

Vicario General.

Almarza,

Pro-Secretario.

CONCESIÓN DE INDULGENCIAS

Certifico que el Illmo. y Rmo. señor Arzobispo ha concedido ochenta días de indulgencia por cada vez que se lea una parte considerable de la obra de Monseñor de Segur, titulada *Conversaciones familiares sobre el protestantismo del día.*

Santiago, Abril 13 de 1867.

José Manuel Almarza,

Pro-Secretario.

EL EDITOR FRANCÉS

Defender la fe contra la activa propaganda de las sectas protestantes, hé aquí el objeto de este libro. Este objeto se ha obtenido mejor de lo que el autor lo esperaba. Los mismos ministros protestantes se han encargado de darnos esta buena noticia. M. Faye, ministro protestante de Lyon, quejándose amargamente del *mal* que hacían las *Conversaciones familiares*, declaró en Septiembre de 1857 en una asamblea de gentes herejes celebrada en Ginebra, que «los protestantes nada consiguen de aquellos que han leído esta obra.» Un pastor de Poitiers hacía la misma confesión, casi en los mismos términos. Sabemos además que muchas familias á quienes la propaganda protestante tenía ya muy vacilantes en la fe, se han confirmado en ella por la lectura de las *Conversaciones familiares.*

Esta obrita ha sido útil también á los mismos protestantes. La mujer de uno de los pastores de París decía, devolviéndosela á una amiga suya católica que se la había prestado: «Después de esto, yo no puedo permanecer protestante: es necesario que hable de ello á mi marido.»

Otra señora protestante inglesa, muy instruída y de alta distinción, encontró en ella con la gracia

de Dios la luz de la verdadera fe, y se hizo católica el mes de Julio de ese mismo año; murió algunas semanas después, y quiso que el instrumento de que la misericordia divina se había servido para traerla á la verdad, fuese depositado sobre su pecho, y reposase con ella en su ataúd.

Estos hechos hablan más alto que todos los elogios, y recomienda las *Conversaciones familiares* de Monseñor de Segur al celo de los sacerdotes y de los fieles que desean precaver las almas contra las seducciones protestantes.

CONVERSACIONES FAMILIARES

SOBRE

EL PROTESTANTISMO DEL DÍA

PRIMERA PARTE

I

Objeto de este libro.

Estas *Conversaciones familiares sobre el protestantismo* se dirigen á los católicos más bien que á los protestantes; no son un ataque, no son siquiera una controversia; son una obra de *preservación* y de *defensa.*

Se ha dicho: ¿con qué objeto se viene á hablar del protestantismo en la época en que vivimos? ¿No se ha amalgamado de tal manera con el racionalismo y la incredulidad, que ha dejado ya de existir como secta religiosa? Y, por otra parte, ¿no tienen los católicos bastante juicio para impedir que eche raíces entre ellos?

Es cierto que el protestantismo es profundamente antipático á nuestro país, y no es menos indudable que del protestantismo religioso no quedan más que ruinas. Pero hay ruinas de que es necesario desconfiar, porque pueden servir de re-

ceptáculo y de abrigo á malhechores, que no se atreven á mostrarse á cara descubierta en los caminos públicos. Tal es el desmoronado baluarte del protestantismo, al cual acuden cada día en mayor número todos los enemigos de la Iglesia, los revolucionarios y los incrédulos, y él cubre con su sombra sus proyectos impíos. Allí son bien acogidas todas las rebeliones contra la Iglesia y contra la sociedad; estas ruinas se convierten en una fortaleza, y el protestantismo moribundo en una inmensa fuerza de destrucción, si no lo es ya.

Con nuevo calor y nueva vida, comunicada por los impíos que recibe en su seno, se le ve despojarse pieza por pieza de su armadura teológica del siglo XVI, y mostrar en toda su desnudez su principio esencialmente revolucionario. Conservando por necesidad de la causa cierto lenguaje bíblico y algunas formas religiosas, se levanta delante de nosotros en actitud agresiva. Medita nada menos que la destrucción absoluta de la Iglesia de Jesucristo, y para esto multiplica en medio de nuestras poblaciones católicas sus templos, sus oratorios, sus establecimientos de todo género. Sus gentes inundan de folletos nuestras ciudades y nuestras aldeas. Procurando corromper las inteligencias más elevadas por medio de diarios y de publicaciones filosóficas ó literarias, procura al mismo tiempo formarse un porvenir en las clases obreras, apoderándose de los niños, abriéndoles escuelas, asilos, casas de huérfanos, en donde se enseña á estos inocentes, no á ser cristianos, sino á blasfemar contra la Iglesia. Se fundan multitud de asociaciones para hacer la guerra á la religión católica, y estas sociedades bíblicas, evangélicas,

y demás, refieren públicamente en sus informes anuales los esfuerzos y progresos de su propaganda, al mismo tiempo que manifiestan triunfalmente los millones que el espíritu de partido sabe reúnir en Francia, y sobre todo en el extranjero, para alimentar su celo y pagar sus victorias.

No es pues inútil ocuparse del protestantismo. Si algunos espíritus tímidos piensan que no es prudente despertar discuciones molestas, les diré que nosotros tenemos, no solamente el derecho, sino la *obligación* de defender la religión atacada, y de custodiar lo que nos es más caro que la vida, la fe que hemos recibido de Dios y de nuestros padres. Este libro no tiene otro objeto que cooperar á esta grande obra, en su humilde pequeñez. He pensado ser útil á muchas almas, mostrándoles en una serie de conversaciones familiares lo que es el protestantismo; manifestándoles la falsedad y el vacío de su sistema, las vergüenzas de su origen, su nulidad como culto religioso, su afinidad con todo lo que es revolución y anarquía, y, en fin, el abismo á que conduciría infaliblemente á nuestro país, demasiado lógico para detenerse en la pendiente del error.

No se encontrarán en estas páginas ni controversias científicas ni discuciones metafísicas. Hablando sobre todo á católicos que saben la doctrina de su religión, no he insistido en ciertos puntos que les son conocidos, y que hubiera explicado más detenidamente si me dirigiera á protestantes.

Para examinar en su origen la cuestión de la REFORMA, he recorrido un gran número de publicaciones y de obras luteranas, calvinistas, metodistas, etc.; en ellas he visto notables confesiones

de pastores y escritores protestantes, entre los cuales he citado con preferencia los más universalmente estimados por sus correligionarios.

Como este libro podrá dar origen á recriminaciones de parte de los herejes, no insistiré demasiado en este punto. Aquí no hago más que defender la fe contra ataques cuya violencia sobrepuja toda medida; contra hombres que se proclaman llamados á destruír nuestra santa religión, entre cuyos jefes, uno de los más autorizados, M. Ágenor de Gasparin, se atrevía á decir hace poco tiempo, hablando de la Iglesia Católica: «*¡No es permitido delante de Dios aborrecerla á medias!*»(1).

II

Proteo.

Proteo era un personaje de la Fábula, que tomaba toda clase de formas, sustrayéndose de este modo á toda pesquisa y ataque.

Proteo es el verdadero tipo del protestantismo. No se sabe cómo definirlo, y menos se sabe aún por dónde tomarlo. Es diferente en París y en Londres, en Ginebra y en Berlín, en Berna y en Nueva York. Aun más, es diferente en cada barrio de la misma ciudad, en cada templo, en la cabeza de cada pastor, y me atrevo á decir, en la cabeza de cada protestante. Lo que enseña, lo que dice, lo que cree aquí, es diametralmente opuesto á lo que dice, á lo que cree, á lo que enseña en otra parte; sin embargo, es siempre el protestantismo.

(1) *Las Escuelas de la duda y la Escuela de la fe*, p. 26

¿Qué es, pues, el protestantismo?

¿Es una religión? — Nó, es una multitud de sectas.

¿Es una iglesia ó al menos una aglomeración de iglesias? — Nó, es una aglomeración de individuos.

¿Es una institución? — Nó, es una rebelión.

¿Es una doctrina? — Nó, es una negación.

El protestantismo *protesta*, y su obra se limita á esto. Su mismo nombre es puramente negativo, y esto nos explica cómo en trescientos años no ha variado este nombre, cubriendo sin embargo variaciones sin número. No siendo el protestantismo otra cosa que una renuncia á la antigua fe cristiana, cuanto menos crea, más *protestará* y más será protestantismo. Su nombre cada día adquiere más propiedad, y debe subsistir hasta el momento en que perezca, como perece la úlcera con el último átomo de carne viva que ha devorado.

Con todo, se dice en la Fábula que se consiguió al fin asir á Proteo. Procuremos nosotros hácer otro tanto, y sorprender al protestantismo bajo las mil formas de que se reviste; procuremos quitarle la máscara, y precaver, de este modo, á los cristianos á quienes tiende sus lazos.

III

Protestantismo y protestantes

Protestantismo y protestantes, ¿es una misma cosa? — De ninguna manera.

Los protestantes son hombres á quienes Dios ama, como ama á todos los hombres; y el protestantismo es una rebelión contra la verdad, rebelión que Dios detesta y maldice sobre la tierra, como detestó y maldijo en el cielo la rebelión de sus ángeles rebeldes. Es necesario amar á los protestantes y detestar el protestantismo, como es necesario amar al pecador y detestar el pecado.

El protestantismo es malo por naturaleza; el protestante es muchas veces un excelente hombre, siempre infinitamente mejor que su protestantismo: frecuentemente no es protestante sino de nombre, y lo que le falta en materia de religión, debe imputarse más bien á su educación y al centro protestante en que vive, que á un sentimiento personal y culpable.

En estas *Conversaciones*, no es el protestante, sino el protestantismo al que ataco y denuncio como un gran enemigo de las almas. Ante todo, me compadezco de los pobres protestantes, entre los cuales, lo sé, hay muchos que lo son de la mejor buena fe. Dios tendrá misericordia de ellos, si en esta gran ruina que se llama el protestantismo, desean y buscan cuanto les es posible los vestigios de la verdad.

El protestantismo es una doctrina engañadora: ¡guerra al error!

El protestante es un hombre por el cual nuestro Señor sufrió y murió como por todos los demás; es un hermano á quien debemos todos amar.

IV

Catolicismo y católicos.

Si *protestantismo y protestantes* no es una misma cosa, podemos decir lo mismo del *catolicismo y los católicos.*

El protestantismo es siempre peor que los protestantes. Esta es una verdad absoluta, y mui fácil de concebir. El pecador vale siempre más que su pecado; el hombre que se engaña vale siempre más que su error; el pecado y el error son, en efecto, absoluta y totalmente malos, mientras que el hombre que peca y se engaña conserva siempre algo de bueno, algunos restos de verdad y de pureza de corazón.

Al contrario, el catolicismo es siempre mejor que los católicos. El católico por santo, por perfecto que se le suponga, conserva siempre las imperfecciones de la debilidad humana y las cicatrices del pecado original. La Iglesia católica que lo guía en los caminos de Dios, le presenta la verdad, pura de toda mezcla y absolutamente buena; le propone la santidad perfecta; y es siempre, por consiguiente, mejor que su discípulo.

En las injurias que los ministros protestantes vomitan contra la Iglesia, confunden frecuentemente á los católicos con el catolicismo, confunden al discípulo siempre imperfecto con la doctrina perfecta en sí misma. De aquí nacen recriminaciones injustas; de aquí, muchas veces una enojosa irritación; de aquí, en fin, quiméricos, pero poderosos obstáculos que impiden la conversión á la verdad.

V

Católicos y católicos. — Protestantes y protestantes.

«Hay haces de leña y haces de leña», dice el leñador de la Comedia. Digamos aquí lo mismo, y distingamos.

Hay católicos y católicos: verdaderos católicos, y católicos de contrabando; católicos serios que, bien instruídos en su religión, la observan de todo corazón, se aplican á la oración, á la penitencia, á las obras de caridad, á la unión íntima con Nuestro Señor; y por el contrario, católicos que no lo son sino de nombre, que viven en la indiferencia religiosa, que no oran, que no frecuentan los sacramentos, y que se cuidan muy poco del servicio de Dios. Es necesario guardarse mucho de confundir á los unos con los otros, y sobre todo de tomar á los malos católicos, como el tipo de los católicos en general.

También hay protestantes y protestantes; protestantes ardientes, tenaces en la guerra contra la Iglesia, animados del espíritu de secta y de propaganda; y por el contrario, protestantes que permanecen protestantes, porque han nacido tales, que se cuidan muy poco de lo que predican sus ministros, y ni saben siquiera á cuál de las mil sectas pertenecen. No confundamos estas dos clases de protestantes. Los primeros son sectarios, enemigos activos, cuyo celo ciego se reviste de todos los disfraces para alcanzarsu desastroso objeto, al cual es preciso quitar la máscara y combatir.

Los otros son simplemente indiferentes, ni amigos ni enemigos de la verdad: á éstos, solamente es preciso despertar é ilustrar.

Á la primera clase pertenecen casi todos aquellos para quienes el protestantismo es un estado, cuando nó un oficio; á los cuales es necesario añadir un pequeño número de protestantes, y sobre todo de protestantes exaltados, que pagan con largueza á sus agentes, y hacen de sus victorias un negocio de partida.

Á la segunda clase pertenecen, salvo raras excepciones, un grán número de artesanos, de comerciantes, de vecinos indiferentes, que son protestantes porque sus padres lo han sido. Estos no tienen otra religión que la del hombre de bien, y bajo este aspecto se parecen mucho á los malos católicos.

Es muy importante hacer esta doble distinción al principio de nuestras *Conversaciones*.

VI

Explícase por qué hay protestantes muy buenos y muy religiosos.

Así como tenemos en el catolicismo hermanos de que nos avergonzamos, y que perteneciendo al cuerpo de la Iglesia, son contrarios á su espíritu, así tenemos fuera del catolicismo, hermanos separados, protestantes, que estando exteriormente fuera del cuerpo de la Iglesia, tienen una vida cristiana y observan de una manera edificante los preceptos del Evangelio. Perteneciendo al espíritu de la Iglesia, todo lo que estas bellas almas

tienen de fe y de virtud, no es ni más ni menos que catolicismo; son católicos, sin saberlo, y la Iglesia los reconoce en eso por sus hijos. Son buenos cristianos, no *porque* son protestantes, sino *á pesar* de ser protestantes. No siendo el protestantismo más que una negación, nada ha podido darles; su acción se limita á privarlos de una parte de los auxilios religiosos que habrían recibido, si hubiesen nacido católicos.

¡Cuántos mejore serían aún estos rectos y virtuosos protestantes, si tuvieran una certeza absoluta en cuanto á la fe, un culto completo y vivo, los santificadores consuelos de los sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía, el amor á la Santísima Virgen, y tantos otros tesoros que la Iglesia presenta á sus fieles! Con el socorro de estos poderosos axilios serían santos; privados de estos auxilios no pueden alcanzar un bien tan alto, y su piedad aunque real, no pasa jamás los límites de un nivel vulgar.

¡Qué diferencia entre nuestros santos, que son los *buenos católicos*, entre un San Vicente de Paul, por ejemplo, un San Francisco de Sales, un San Francisco Javier, una Santa Teresa, y estos hombres de bien, respetables hasta cierto punto, cuya vida se nos presenta á veces como prueba de la verdad del protestantismo.

«Los católicos tienen santos, dice el pastor protestante Lavater (1), no puedo negarlo; y nosotros no los tenemos, al menos que se parezcan á los suyos.»

(1) Lavater, *Carta al Conde de Stolbery.*

VII

¿Por qué se encuentran más malos católicos que malos protestantes?

Primeramente, porque hay muchos más católicos que protestantes. En una gran ciudad como París, debe haber evidentemente más pícaros que en Carpentras, ó en Quimper-Corentin.

Además, la religión católica es una religión *verdadera*, que nos impone de parte de Dios una creencia precisa y obligatoria, una multitud de deberes elevados, un culto determinado, y los medios precisos y necesarios de santificación.

Aunque todo esto sea divino, no por eso es menos dificultoso, y las pasiones no pueden estar contentas. El catecismo católico lo prevee todo, y no deja nada al capricho. No se contenta con una religiosidad vaga y vaporosa; dice claramente lo que es necesario hacer, lo que es necesario evitar; so pena de ser mal católico. Ordena un conjunto de observancias exteriores, destinadas á reprimir nuestras inclinaciones corrompidas, y que por esta razón suelen ser muy repugnantes, como por ejemplo la abstinencia, el ayuno, la confesión, etc...; es necesario una gran energía y una perseverante voluntad para permanecer en este camino estrecho.

No sucede lo mismo en el espacioso camino, ó más bien, en el desierto sin límites en que quisieran hacernos entrar las sectas protestantes. Nunca tanto como en nuestros días ha sido ligera la carga religiosa del protestante. Nada más fácil

que ser buen protestante. No soy yo quien lo dice, sino uno de los pastores más conocidos de París. Héle aquí, trazándonos un retrato de un escritor(1) cuyo panegírico hace, y á quien nos presenta como un excelente protestante: «Dogmáticamente *creía poco*....En cuanto á la verdad, no sabía buscarla en el dogma, ni *aún en el Evangelio*. Creía que las verdades están en germen en los libros santos; pero las creía mezcladas con todos los errores, y se imaginaba que con la ayuda de estos libros, se puede sostener y probar todo igualmente... *Creía poco importante la oración*...detestaba ardientemente el CATOLICISMO». Hé aquí el hombre suficientemente cristiano, hé aquí el buen protestante, según la opinión del pastor Coquerel.

Querido lector, ya lo ves, no es difícil ser buen protestante: cree todo lo que quieras en materia de religión; no creas nada absolutamente, si mejor te acomoda, sé hombre de bien según el mundo; lee ó no leas la Biblia; vé ó nó vayas al templo; no dejes de suscribirte á dos ó tres sociedades bíblicas y evangélicas, y sobre todo, detesta á la Iglesia católica: serás un buen protestante (2).

Un ilustre protestante (3) convertido á la religión católica, repetía muchas veces esta observación que en su boca tiene más fuerza que en cualquiera otra: «Siempre he visto que del peor católico se hacía fácilmente un excelente protestante, y

(1) M. de Sismondi, historiador protestante.—Véase el periódico *le Lien*.

(2) «Para ellos, decía J. J. Rousseau, hablando de los protestantes de Neufchatel, un cristiano es un hombre que va á la prédica todos los domingos; haga lo que quiera en el intervalo, poco importa.» *Carta al mariscal de Luxemburgo*.

(3) El conde de Stodberg.

hasta un excelente pastor; cada día me persuado más, de que un buen protestante, tal como yo era, tiene que trabajar mucho para llegar á ser un católico mediano».

No siguiendo de cerca á los ministros protestantes, no leyendo sus escritos, apenas puede creerse en la nada religiosa que se descubre bajo la cómoda capa del protestantismo. El impío Eugenio Suë decía con mucha razón al ver estas condescendencias, que «*protestantizar* la Europa era el más seguro medio de *descristianizarla*».

VIII

Del abismo que separa al protestantismo de la Iglesia.

Cuando los agentes de la propaganda protestante tratan de seducir alguna alma sencilla é ignorante, suelen comenzar sus tentativas por este insinuante exordio: «Protestante y católico es casi lo mismo.» Y muchos católicos repiten esta blasfemia, sin reflexionar que es un grave insulto contra la santa Iglesia, su madre. ¡El protestantismo con sus mil sectas *casi* lo mismo que la Iglesia Católica! ¿Se piensa en lo que se dice? Valdría más decir que la falsa moneda tiene *casi* el mismo valor que la buena.

Donde la Iglesia afirma, los protestantes niegan; donde la Iglesia enseña, los protestantes se rebelan. En la Iglesia Católica reina la unidad más completa, más fundamental de doctrina y de creencia, de culto y de religión. Entre los protestan-

tes cada uno cree lo que quiere, y vive como cree; el protestantismo es la anarquía religiosa, lo contrario de la unidad. Los protestantes no están unidos sino sobre un solo punto: el odio al catolicismo.

El católico tiene por regla de su fe la enseñanza pura, infalible de la Iglesia. —El protestante rechaza la Iglesia, desprecia su autoridad, y no conoce sino la Biblia, que interpreta como puede y como quiere.

El católico venera en el Papa al Vicario de Jesucristo, al jefe de los fieles, al pastor supremo, al doctor infalible de la fe.—El protestante no ve en él sino al Anticristo, al vicario de Satanás, al enemigo principal del Evangelio.

El católico adora en la Eucaristía á Jesucristo, que está realmente presente en ella. El protestante no ve en este sacramento sino un símbolo vacío, un fragmento de pan.

El católico venera, invoca, ama á la santísima Virgen María, Madre de Dios.—El protestante experimenta hacia ella una repugnancia invencible, que llega muchas veces hasta el desprecio, hasta el odio.

El católico recibe la vida cristiana en los siete sacramentos de la Iglesia, y la conserva principalmente por la recepción de la Penitencia y Eucaristía.—Los protestantes no reconocen estos sacramentos; apenas algunas sectas conservan todavía la verdadera noción del bautismo.

Y así de todos los dogmas; sí, de todos, aun de los más esenciales, de los más necesarios, de los dogmas sin los cuales se cesa de ser cristiano. Cuanto más avanzamos, más *protesta* el protestantismo contra la fe que ha abandonado. En Gi-

nebra, en Strasburgo, en París, en todas las facultades de teología protestantes, francesas, alemanas, americanas, etc, se ven pastores que niegan la divinidad de nuestro Señor Jesucristo, que niegan el misterio de la Santísima Trinidad, que niegan el pecado original, y destruyen el cristianismo por su base.

¡He aquí cómo las sectas protestantes son *casi* lo mismo que la santa Iglesia Católica! Las sectas protestantes distan más ó menos de ella según sean más ó menos lógicas, y á medida que aplican mejor el principio protestante del libre examen; á las que parecen más próximas á la Iglesia, las separa sin embargo un abismo.

El protestantismo es á la religión, lo que el nó es al sí. Salvo esta discordancia, es absolutamente la misma cosa.

IX

¿El catolicismo y el protestantismo pueden ser ambos verdaderos?

Evidentemente nó.

Siendo la religión el conocimiento y el servicio del solo verdadero Dios, es necesariamente una, como es uno Dios mismo. No hay sino un Dios, una verdad, un Cristo, una fe, una verdadera religión.

Los que dicen que la verdadera religión de Jesucristo se encuentra tanto en el protestantismo como en el catolicismo y *vice versa*, son, ó incrédulos que se cuidan muy poco de la verdad, ó ignorantes y atolondrados que hablan sin reflexio-

nar. Si dos religiones absolutamente opuestas; como la religión católica por una parte y las sectas protestantes por otra, pudieran ser igualmente verdaderas, sería necesario decir que el sí y el nó son igualmente verdaderos, y que dos hombres que se contradicen sobre un mismo punto, pueden tener igual razón.

Acabo de demostrar copiosamente la oposición fundamental de la Iglesia católica y de las diversas fracciones del protestantismo. Tomemos un ejemplo entre mil. La Iglesia enseña que nuestro Señor Jesucristo está real y sustancialmente presente en el sacramento de la Eucaristía; casi todas las sectas protestantes niegan esta verdad, y tachan de idolatría la creencia de la Iglesia. Ahora bien, una religión que engaña, aun cuando no sea sino sobre un solo punto, no puede ser la verdadera religión. Luego es enteramente imposible que el catolicismo y el protestantismo sean verdaderos los dos.

X

Atenerse á lo más seguro.

La madre de Melánchthon, uno de los más famosos discípulos de Lutero, había sido arrastrada por su hijo y le había seguido en la falsa reforma luterana. Estando en artículo de muerte, hizo llamar al reformador, y, en este momento supremo, le interrogó solemnemente. «Hijo mío, le dice, por consejo tuyo he abandonado la Iglesia católica para abrazar la nueva religión. Voy á aparecer delante de Dios, y te conjuro por el Dios vivo me di-

gas sin ocultarme nada en qué fe debo morir.» Melánchthon bajó la cabeza y guardó silencio un momento; el amor filial luchaba en su corazón contra el orgullo del sectario. «Madre mía, respondió en fin, la doctrina protestante es más cómoda, la doctrina católica es más segura (1)».

Si la religión católica es más segura, es necesario abrazarla, y, sobre todo, no dejarla por seguir la menos segura.

Este racíocinio de simple buen sentido fué el que obligó al rey Enrique IV (2) á hacerse católico. Se celebraba en San Dionisio una conferencia sobre religión, en presencia del rey y de toda su corte. Los controversistas eran, por una parte, muchos teólogos católicos, y por otra, los ministros Duverdier, Morlas, Salette y algunos otros.

«El rey, dice el historiador Perefixe (3), viendo que uno de los ministro no se atrevía á negar que pudiese haber salvación en la religión católica, tomó la palabra y dijo: «¡Cómo! ¿estáis de acuerdo en que puede haber salvación en la Iglesia romana?» El ministro respondió, «que no lo dudaba, con tal que se viviese bien.»—«Y vosotros, señores, dijo el rey á los doctores católicos, ¿pensáis que pueda salvarme permaneciendo protestante?» — «Pensamos, señor, y os declaramos que, habiendo conocido la Iglesia verdadera, estáis obligado á en-

(1) Véase á Audin, *Vida de Lutero*, t. III, p. 288.

(2) Los historiadores protestantes se complacen en acusar á este gran rey de carácter tan noble y tan generoso, de haber vendido villanamente su alma en provecho de su ambición. Es doloroso ver que haya *franceses* que insulten por espíritu de partido una memoria tan cara á la Francia.

(3) Perefixe, *Historia de Enrique IV*, p. 200.

trar en ella, y que no hay salvación para vuestra alma en el protestantismo.»

Á lo cual replicó el rey muy juiciosamente dirigiéndose á los ministros: «La prudencia exige que yo pertenezca á la religión de los católicos, y no á la vuestra, porque perteneciendo á la suya, me salvo según ellos y según vosotros, y perteneciendo á la vuestra, me salvo según vosotros, pero no según ellos; la prudencia, pues, exige que yo siga lo más seguro.»

Y abjuró su error.

XI

Si la herejía es un gran pecado.

La herejía es uno de los mayores crímenes de que un hijo de Dios puede hacerse culpable. Es la apostasía de la Iglesia.

La *fe* es el fundamento de todo el edificio religioso. Es la primera condición de la vida cristiana. Nuestro Señor Jesucristo ha resumido en la fe toda la religión, repitiendo en cada página de su Evangelio que para ser salvo es necesario *creer* en Él, *creer* en su palabra, *creer* en la palabra de su Iglesia. «El que *creyere* será salvo, y el que no *creyere* será condenado (1).»

La herejía es el pecado contra la fe; es la rebelión voluntaria y absoluta contra la doctrina divina de la Iglesia de Jesucristo. La herejía trastorna el

(1) «*Qui crediderit salvus erit; qui vero non crediderit condemnabitur.*» (S. Marcos, XVI.)

orden establecido por Dios, y separa al hombre de la gran familia católica; que es en la tierra, como en el cielo, la familia de Dios.

Por esta razón la herejía es por su naturaleza un pecado mucho más grave, un mal mucho más profundo y pernicioso que la disolución de todos los desórdenes de los sentidos. Estos pecados son ciertamente muy malos, y separan á muchos de Jesucristo; pero no introducen en el alma un desorden tan fundamental y tan pernicioso como la herejía.

¡Júzguese por esto de la responsabilidad religiosa y de la enorme culpabilidad de los falsos pastores evangélicos, que siembran la herejía en derredor de sí! Ellos perjudican más á la sociedad que los mismos apóstoles del libertinaje.

XII

Si es posible la salvación de un protestante.

Sí, ciertamente, pero distingamos con cuidado.

«Una cosa es estar en el *error*, otra cosa es estar en la *herejía*», decía San Agustín, instruyendo á su pueblo sobre la salvación de los herejes. Es posible, en efecto, engañarse sin ser culpable. El *error* involuntario es una desgracia y no un pecado; es posible la salvación aún en el error; pero siendo la herejía una rebelión contra Dios y su Iglesia, es un pecado, es un crimen, y por esta razón no puede haber salvación en la herejía.

Esto quiere decir que *sólo la buena fe* invencible excusa á un protestante del pecado de herejía,

y le da en su desgracia la posibilidad de salvarse.

Fuera de esta buena fe, el hereje se halla perdido; porque se separa de la verdad, que es Jesús, y de la sociedad de la verdad, que es la Iglesia católica, apostólica y romana.

Pero ¿cuáles son los protestantes de buena fe? Esta *buena fe* invencible, ¿es posible en un país católico como el nuestro, en medio de católicos y con tanta facilidad de llegar á la Iglesia? Este es un misterio conocido por Dios solo, y sólo Dios será su juez. Según las apariencias, puede decirse que esta buena fe se encuentra muy á menudo entre los protestante de la clase obrera, privados de los medios de instrucción; lo que hace, á mi parecer, inexcusables á las clases ilustradas. Confieso que admitiendo la *posibilidad* absoluta de este milagro, no tengo ninguna confianza en la buena fe de los ministros protestantes, y tiemblo por su eterna salvación.

Añadiré, respecto á los protestantes de buena fe que pueden salvarse, una observación que debe entristecernos sobre su suerte. La salvación, posible para ellos, les es sin embargo mucho más difícil que á nosotros los católicos, verdaderos discípulos de Jesucristo.

Hay muchas razones que comprueban esto. Primeramente, la fe de un protestante es siempre más ó menos incierta. Ahora bien, la fe es el punto de partida y el principio vivificador de las virtudes cristianas, por las cuales se salvan las almas. El católico tiene una fe pura, precisa é independiente de todo capricho.

Además, como ya lo hemos visto, el protestante no participa de los socorros que la Iglesia presenta

á sus hijos para ayudarlos á vivir de manera que puedan ganar el cielo. Entre estos socorros, señalaré los dos más importantes: la confesión y la comunión. Cuando un hombre ha tenido la desgracia de cometer un pecado mortal, no puede reconciliarse con Dios sino confesándose y recibiendo la absolución del sacerdote. Si por casualidad le es absolutamente imposible confesarse, es necesario que junte al deseo sincero del sacramento un arrepentimiento muy profundo, y un amor muy puro y muy elevado, que se llama contrición perfecta. Siendo perfecta esa contrición, es, por la misma razón, muy rara y muy difícil; es siempre deseable, pero no es indispensable en el sacramento de la penitencia, en el cual basta un arrepentimiento ordinario, porque en este sacramento, todo de misericordia, Nuestro Señor se digna suplir lo que falta á los pobres penitentes.

El protestante que ha cometido un pecado, no tiene el socorro de la confesión. Le es necesario, pues, la contrición perfecta, el perfecto arrepentimiento y el muy puro amor de Dios; sin lo cual no puede obtener la remisión de su pecado, ni su eterna salvación. No puede unir á esta contrición el deseo de confesarse, porque le supongo de buena fe, y por consiguiente ignorando la necesidad de este sacramento. Luego, le es mucho más difícil que á nosotros recobrar la gracia de Dios. Si con todo, lo consigue por una gracia especial, no tiene, como nosotros, la santa comunión que Nuestro Señor ha instituído precisamente para alimentar nuestras fuerzas espirituales, para guardarnos del pecado, si aún somos inocentes; para impedir que recaigamos en él, si después de haber faltado nos

hemos levantado y purificado. Nosotros tenemos en la Santa Eucaristía, en la comunión, nuestras provisiones de camino durante el viaje de la vida. El pobre protestante está privado de ellas, y corre gran riesgo de desfallecer en él. Luego le es dificíl santificarse y salvarse; luego debemos procurar convertirle, y ponerle de esta manera en circunstancias infinitamente mejores para su salvación, que es el único fin de la vida de todo hombre en este mundo

XIII

De la diferencia que hay entre una conversión y una apostasía

La conversión es un deber; la apostasía es un crimen. Cuando un protestante entra en el seno de la Iglesia, se convierte. Cuando un católico abandona la Iglesia por una secta protestante, apostata. ¿Por qué esta diferencia?

La fe católica invariablemente enseñada por la Iglesia hace dieciocho siglos, se compone de cierto número de dogmas positivos, como la unidad de Dios, la Trinidad, la Encarnación, la Presencia real, el Papado, etc. Para tener un número fijo, supongamos por un momento que estos dogmas son cincuenta. Admitiendo esta suposición, todos los cristianos creían pues cincuenta dogmas hasta el principio del décimo siglo, época en la que sólo había una fe en la cristiandad. Habiendo negado la Iglesia griega, en el décimo siglo, que el Espíritu Santo procede del Hijo lo mismo que del Padre, y la supremacía del Papa, en lugar de cin-

cuenta no tuvo sino cuarenta y ocho dogmas; por donde se ve que nosotros los católicos creemos siempre todo lo que cree la Iglesia griega, mientras que ella, al contrario, niega dos verdades que nosotros creemos.

Las sectas protestantes del siglo dieciséis llevaron las cosas más adelante, y negaron otros muchos dogmas. Sobre cincuenta, las unas abandonaron veinte, las otras treinta, otras apenas conservaron algunos; pero, pocos ó muchos, los que ellas han conservado, nosotros los poseemos también. La religión católica cree todo lo que creen las sectas protestantes; este punto es incontestable.

Estas sectas, cualesquiera que sean, no son *religiones*, puesto que no se forman sino negando tal ó cual dogma; son *negaciones*, es decir, nada por sí mismas, porque cuando afirman son católicas.

Se sigue de aquí una consecuencia muy evidente: que el católico que pasa á una secta protestante, *apostata* verdaderamente, pues que abandona creencias, y niega hoy lo que creía ayer; mientras que, al contrario, el protestante que pasa á la Iglesia, no abdica ningún dogma, ni niega nada de lo que creía; lejos de eso, cree lo que negaba, lo cual es muy diferente. Este raciocinio sin réplica, es del conde de Maistre.

M. de Joux, pastor protestante de Ginebra, después presidente del consistorio reformado de Nantes, decía en 1813: «En cuanto á mí, vituperaré siempre que un católico se haga protestante: porque no es permitido al que tiene lo más, buscar lo menos; pero no podré vituperar jamás que un protestante se haga católico, porque es muy permitido al que tiene lo menos buscar lo más.»

En 1825 el pastor Joux abjuró el protestantismo y se convirtió á la fe de la Iglesia.

XIV

Por qué se abraza el protestantismo y por qué se abraza el catolicismo.

I.—Salvo muy raras excepciones, que se explican *siempre* por una ignorancia profunda de la religión católica que se abandona, y del protestantismo que se abraza, afirmo que jamás se ha hecho protestante un católico por motivos cristianos y razonables.

He conocido muchos llamados católicos, que querían hacerse protestantes. Uno de ellos era un joven amable é inteligente, pero loco enamorado de la hija de un pastor; de aquí un ardiente deseo de hacerse protestante, y una convicción no ya *desinteresada* de la excelencia del protestantismo. Otro era un sacerdote que había abandonado sus deberes, y vivía en el mayor desorden. Su obispo se había visto obligado á prohibirle toda función eclesiástica...; ahora es pastor protestante. Una tercera prosélita, joven institutriz alemana, que se creía humillada viviendo con una familia extranjera, y á quien los protestantes ofrecían una cómoda posición, con la condición de que renegase de su religión, me escribía á mí mismo anunciándome que aceptaba esta oferta: *cueste lo que cueste*, quiero tener mi casa».

Estas no son sino muestras de lo que pasa diariamente. El carácter de estas falsas conversiones

es de tal manera conocido, que los protestantes de buena fe son los primeros que las lamentan. Uno de sus escritores ha dicho: «El protestantismo es la cloaca del catolicismo», y otro (1) añadía: «Cuando el papa limpia su jardín, arroja las malas yerbas por encima de nuestras paredes».

«Mientras que la Iglesia católica, dice un diario protestante suizo, lleva á su seno continuamente á los protestantes instruídos, los más ilustrados y más distinguidos por su moralidad, nuestra Iglesia reformada se ve reducida á no reclutar sino monjes lascivos y concubinarios». En efecto, desde Lutero y Calvino, Zuinglio, Ecolampadio, Bucero, etc., que fueron todos eclesiásticos suspensos por sus vicios, sacerdotes ó religiosos que abandonaron su instituto; los malos sacerdotes (2), marchando sobre sus huellas, se lanzan como por instinto en brazos del protestantismo, y allí encuentran simpatía y protección. Eran el oprobio y la hez de la Iglesia católica, y se hacen sin transición ministros del *puro* Evangelio. Se les escucha, se les honra, se les aplaude; aún más; se hace alarde de su apostasía y lo que rechaza con disgusto la santa Iglesia, aceptan gloriándose las sectas protestantes como un trofeo de victoria. En Inglaterra se ha visto llevar en triunfo al monje apóstata Achilli, arrojado de su convento, y aun de su país por su infame libertinaje; otros miserables, semejantes á él, han encontrado buena acogida y empleos lucrativos entre los protestantes de Ginebra

1 El protestante Dean Swift. Esta frase se ha hecho proverbial en Inglaterra.

2 Como muestra del género, hé aquí un fragmento de una carta dirigida, no há mucho tiempo, al ilustrísimo se-

y de París. ¡Guarde la *reforma* estas conquistas, se las cedemos de todo corazón!

Hace poco tiempo, una señora prusiana, que se había hecho católica ocho ó diez años antes, y á quien un eclesiástico amigo mío exhortaba á no ceder, como parecía quererlo, á las solicitaciones y ofertas seductoras de su familia, tenía la triste franqueza de responderle: *Yo me he hecho católica por amor á Dios; voy á hacerme protestante por amor á mí misma.* Esto resume perfectamente la cuestión.

Es uno pobre y quiere salir de trabajos; tiene pasiones y no quiere reprimirlas; es orgulloso y no quiere someterse; es ignorante y se deja seducir... Hé aquí por qué se hace protestante.

II.—Hay mucha diferencia respecto de los protestantes que se hacen católicos.

Concedo que puede suceder algunas veces que un protestante sea impulsado por motivos humanos á entrar en la Iglesia; pero esto no es, ni pue-

ñor obispo de Breslau, por el único sacerdote que ha apostatado en Silesia:

«Como mis superiores eclesiásticos no se han dignado tomar en consideración los motivos que he hecho valer para obtener un curato correspondiente á mis méritos, me veo obligado, después de haber esperado en vano largo tiempo una promoción, y *por despecho* contra tal conducta, á volver al cristianismo primitivo. En su consecuencia, me propongo tomar por esposa á la señorita Leontina Krause, hija del difunto contralor Krause, que hace algún tiempo me sirvió de la manera más desinteresada».

«Firmado—*Schulich*, cura dimisionario».

¡Pobre sacerdote! pobre protestantismo, condenado á ser el refugio de tales pecadores, y á legitimar tales sentimientos!

de ser, sino una insignificante excepción. Los protestantes que se hacen católicos son, como ya lo hemos visto, y por confesión de los mismos protestantes, lo más respetable, lo más ilustrado, lo más virtuoso que hay en el seno del protestantismo: en la época presente este hecho es más palpable que nunca.

En Inglaterra, hace quince ó veinte años, ha abjurado su herejía un número considerable de ministros anglicanos: eran la flor de las universidades de Inglaterra, los maestros de la ciencia, y basta citar á Newman, Manning, Faber, Wilberforce, para sellar los labios á todo el que quiera negarlo. Diariamente registran con despecho los papeles ingleses nuevas conversiones en el clero protestante, en la nobleza, en la magistratura ó en el ejército.

Uno de los hechos más notables en este género, es la conversión del ilustre lord Spencer, señor inglés de la más alta nobleza, que, hecho católico, ha entrado en la humilde y tan austera orden de los Pasionistas, en la que es conocido bajo el nombre de P. Ignacio. Hereje todavía, exhortaba á los protestantes de todas las clases á rogar por la conversión de la Inglaterra, á lo menos condicionalmente, es decir, para que, si la Iglesia católica era la de Jesucristo, el Señor se dignase hacer entrar á la Inglaterra en esta Iglesia. Hecho católico y sacerdote, ha continuado siendo el celoso promotor de esta cruzada de oraciones, que ha valido ya tantas gracias á su país.

La Alemania ha dado también los más ilustres ejemplos de conversiones á la fe católica, particularmente en las familias de soberanos y de prínci-

pes. El año de 1817, el duque de Sajonia-Gotha, pariente inmediato del rey de Inglaterra, entró en el seno de la Iglesia, y se hizo, por su viva piedad, la edificación de los católicos y de los protestantes. —En 1822 se verificó la conversión del príncipe Enrique Eduardo de Schœnburg; en 1826 la del conde de Ingenheim, hermano del rey de Prusia; del duque Federico de Mecklemburgo, de la condesa de Solms-Bareuth, de la princesa Carlota de Mecklemburgo, esposa del príncipe real de Dinamarca (1), etc., etc. Á estas ilustres conversiones es preciso añadir la del hermano del rey actual de Wurtemberg, verificada en París en 1851.

Todo el mundo ha oído hablar del famoso conde de Stolberg, uno de los hombres más eminentes del principio de este siglo. Convertido á la religión católica por un estudio serio de la Escritura, de los Padres y de los controversistas, sacrificó á la verdad las esperanzas de la más brillante carrera, y Dios le dió el consuelo de ver seguido su ejemplo por toda su familia.

Después de M. de Stolberg, un gran número de escritores, de filósofos, de jurisconsultos alemanes de primer orden, se reconciliaron con la Iglesia hacia esta misma época. La conversión del famoso literato Werner fué una de las más ruidosas. Elevado en Berlín á los más altos cargos, lo aban-

1 Muchos escritores han publicado la serie de conversiones más célebres que se han verificado en este siglo. Véase en particular Rohrbacher: *Cuadro de las principales conversiones que se han verificado entre los protestantes desde el principio del siglo XIX*:—y del mismo escritor: *Motivos que han conducido á la Iglesia un gran número de protestantes*.—Véase á Alzog: *Historia Universal de la Iglesia*, t. III, pág. 406 y sig.

donó todo por hacerse católico y después sacerdote. Murió religioso Redentorista. Se cuenta de él que, estando comiendo un día en compañía de algunos altos personajes protestantes, uno de ellos, que no podía perdonarle el haber abandonado la falsa reforma, le dijo delante de todos los demás, que él nunca había podido estimar á un hombre que hubiese mudado de religión. «Yo tampoco, replicó Werner, y por esto precisamente he despreciado siempre á Lutero.»

El ejemplo de Werner fué imitado por otros sabios de la misma nación, como Federico Schlegel, el barón de Eckstein, el consejero áulico Adán Muller, etc., etc.

En Suiza entre los protestantes más distinguidos que han vuelto al catolicismo, es preciso citar en primera línea á Carlos Luis de Haller, Patricio de Berna, miembro del Consejo soberano. Tuvo el honor, como la mayor parte de los que acabo de nombrar, de ser perseguido, privado de todo título y empleo, al mismo tiempo que desterrado por los protestantes, cuya *tolerancia* es la misma en todas las partes en que dominan.

Esta conversión fué seguida en Suiza por las del pastor Esslinger, de Zurich, de M. Pedro de Joux, pastor de Ginebra, y por la particularmente ilustre del célebre pastor presidente del consistorio del Schaffousse, Federico Hurter. Hizo la profesión de la fe católica en Roma en 1844, y tuvo por padrino al gran pintor Overbeck, convertido él mismo hacía muchos años, y hecho en Roma el modelo de las más admirables virtudes.

La Francia no ha dejado de prestar su contingente en materia de conversiones de protestantes,

y aún de ministros. Una de las más notables ha sido la de M. Lavar pastor en Conde-sur-Noireau, que fué seguida de la de M. Pablo Latour, presidente del consistorio de Maz-d'Asil.

Dos años después, en 1846, se verificó en Lión la conversión de M. A. Bermas. Había profesado cuatro años la doctrina de los sectarios protestantes, conocidos por el nombre de *mômiers*, y se ocupaba muy activamente en propagarla en la diócesis de Lión. Abjuró su error, é hizo conocer en un escrito publicado en Lión los motivos de su vuelta al verdadero cristianismo.

Al presente ¡cuántos protestantes en Francia, y sobre todo, cuántos pastores se arrojarían gozosos en brazos de la santa Iglesia, si no se hallasen detenidos por los poderosos lazos de la familia y de los intereses temporales! Los consistorios protestantes saben bien lo que hacen, casando á los jóvenes pastores, luego que salen de las escuelas. El mayor obstáculo á la conversión de un ministro protestante, es su mujer y sus hijos; podría citar más de un ejemplo en apoyo de esta aserción.

La América no es indiferente á este movimiento que conduce hacia el catolicismo las inteligencias más elevadas, más rectas y religiosas,

Para abreviar, me contentaré con citar la reciente conversión del obispo protestante de la Carolina del Norte, el doctor Ibes, hombre venerado de todos los de su secta por su ciencia y sus virtudes. Buscó la verdad con un corazón recto, y cuando la hubo encontrado, lo abandonó todo por seguirla: el obispo protestante hizo dimisión de su rico obispado, y resolvió ir á Roma para prosternarse á los pies del Soberano Pontífice. El 26 de

Diciembre de 1852, hizo profesión de la fe católica en la capilla particular del Papa. Postrándose delante del Padre Santo, le presentó el anillo y los sellos, insignias del puesto elevado que ocupaba antes entre los herejes, con la cruz que llevaba en las ocasiones solemnes, exclamando con los ojos bañados en lágrimas: «*¡Holy Father, here are the signes of my rebellion!* Padre Santo, he aquí los signos de mi rebelión».—Ellos serán de aquí en adelante los signos de vuestra sumisión, respondió el Vicario de Jesucristo, y, como tales, iréis á depositarlos sobre el sepulcro de San Pedro.»

Al frente de estos hombres tan grandes por sus virtudes, su posición, su amor á la verdad, póngamos el protestantismo sus conquistas. No le pedimos nombres ilustres, hombres que por el brillo del talento y de la nobleza del carácter puedan formar paralelo con los que acabamos de citar. Evidentemente no los tiene, porque los pregonaría por las plazas. Preséntenos á lo menos algunas personas honradas y virtuosas, algunos católicos *instruídos y observantes*, que hayan salido de nuestras filas, urgidos por la necesidad de una creencia mejor, y que hayan edificado á sus nuevos correligionarios con el espectáculo de una vida ejemplarmente cristiana (1).

Se le desafía á mostrar *una sola*.

(1) Es conocida la conversación que tuvo un ministro protestante estos últimos años con un sacerdote de las misiones de Francia que viajaba en la misma diligencia. El ministro echaba en cara con viveza (aunque cortesmente) al misionero, nuestras recientes conquistas en las filas del protestantismo. "Pero, le dijo sonriéndose el sacerdote, Uds. hacen otro tanto por su parte.—¡Ay! ¡qué diferencia!

Los apóstatas que pasan al protestantismo, son casi siempre hombres á quienes un cambio de religión hace esperar un cambio de fortuna, ó corazones irritados que quieren vengarse por medio de un escándalo.

Los cristianos que salen de las sectas protestantes para entrar en la Iglesia de Jesucristo, vienen á buscar en ella, y encuentran efectivamente, la fe sólida, clara y precisa, el consuelo, la paz, la santidad y el amor.

Concluiré con un hecho notoriamente público, cuya consideración ha conmovido ya muchas conciencias protestantes. Apenas hay sacerdotes católicos, por reducido que fuera su ministerio, que no hayan sido llamado muchas veces para reconciliar con la Iglesia protestantes moribundos; mientras que sería imposible citar el ejemplo de un solo católico verdadero haciéndose protestante en el momento de comparecer ante el tribunal de Dios.

La ignorancia, las malas pasiones, el olvido de la justicia divina, arrastran las almas al protestantismo..

exclamó ingenuamente el pastor, Uds. nos ceden sus escorias, y nos toman la nata". *Fe y luces*, 2.ª edición, p. 193).

Si yo tuviera la desgracia de no ser católico, dice un escritor citado por M. Foisset en su opúsculo *Catolicismo y protestantismo*, confieso que me inquietarían dos cosas: primera, el número y la superioridad de espíritu de los que han creído en la Iglesia romana *después de un examen*, desde Lutero y Calvino; segunda, el número y la superioridad de espíritu de los que *después de un examen*, han abandonado á Lutero y Calvino para volverse á Roma, y concluiría de ello, que hay, por lo menos, motivo para examinar, y examinaría."

La rectitud de conciencia, la ciencia verdadera, el amor á la verdad, y el temor de Dios, conducen las almas á la Iglesia católica.

XV

El protestantismo ¿es verdaderamente una religión?

Quizás quedará absorta alguna alma candorosa si respondo que nó.

¿Qué es una religión? Una religión es un lazo de doctrina y de culto, que reúne cierto número de hombres en la misma creencia religiosa, y en una manera uniforme de servir á Dios; como, por ejemplo, entre las falsas religiones, el judaísmo, el mahometismo, el budhismo, etc.

Ahora bien, el protestantismo tiene por principio fundamental, que cada hombre está en libertad de creer todo lo que quiera en materia de religión, y de servir á Dios á su modo. Este principio destruye, pues, hasta la idea de *religión*, es decir, de *lazo*, de *unión*, de *unidad*. Sé muy bien que los protestates no deducen siempre de este principio las consecuencias últimas y rigorosas. En los países católicos, especialmente en Francia, guardan cuanto les es posible las apariencias de unión entre sus diferentes sectas; pero en Alemania, por ejemplo, en Suiza, en América, en donde quiera que se hallen en entera libertad, se glorían de contar tantas creencias como individuos. Sólo el protestantismo, entre todas las instituciones fabricadas por la mano del hombre, tiene este carácter inaudito de destruír lo que hace la esencia, no di-

go de la verdadera religión, sino de toda religión en general. Las falsas religiones, á imitación de la verdadera, tienen un conjunto de doctrinas y de culto, fuera del cual no es posible pertenecer á ellas; pero lo que los señores ministros procuran hacer pasar por una religión, no es sino una anarquía sin regla y sin freno, que no hace sino negar, destruír, *protestar*, y que se condena á sí misma llevando el nombre antirreligioso de protestantismo. «Su religión consiste en atacar las de los demás», decía J. J. Rousseau, hablando de los calvinistas de Ginebra.

Pero decís, yo conozco á tal ó cual protestante que cree en Jesucristo, y en algunas otras verdades, de una manera que parece muy clara y precisa. ¿Éstos, á lo menos, tienen una religión?—Nó; tienen convicciones, lo que en Inglaterra se llama *persuasiones;* esto es muy bueno y laudable, y es preciso dar gracias á Dios por ello. Pero estas convicciones personales, estas persuasiones particulares, no se las da el protestantismo. Pueden abandonarlas mañana, sin cesar un punto de ser protestantes. ¡Cuántos pastores, que se glorían con el título de protestantes, no creen en ninguno de los dogmas conservados por Lutero y Calvino, y se burlan de la Biblia y de la divinidad de Jesucristo, hablando, sin embargo, á voz en cuello del cristianismo y del puro Evangelio!

El pastor Vinet, entre otras mil confesiones de este género, declara ingenuamente en una de sus obras, que el protestantismo no es una religión, sino el *lazo de una religión* (1)

(1) Vinet, *Ensayo sobre la manifestación de las convicciones religiosas.*

Es muy conocida la respuesta del célebre protestante é incrédulo Bayle á un gran personaje que le interrogaba sobre su creencia:—«Ud. es protestante, M. Bayle; pero ¿á cuál secta pertenece Ud.? ¿Es Ud. luterano, calvinista, zwingliano, anabaptista?

— No soy nada de eso, respondió impudentemente este protestante muy lógico. Soy protestante, es decir, que protesto contra toda especie de religión.»

El protestantismo, á pesar de sus reclamaciones, no es ni puede ser una religión; mucho menos la verdadera religión.

XVI

El protestantismo ¿cree en Jesucristo?

Todavía hay, gracias á Dios, protestantes honrados y religiosos que creen en Jesucristo... Pero ¿creen en Jesucristo porque son protestantes? Nó, absolutamente nó. Se puede ser protestante sin tener la menor obligación de creer en la divinidad del Salvador. El pastor Coquerel, de París, acaba de dar á luz un voluminoso libro, expresamente para demostrarlo (1).

1) *La Cristología.*

Hace mil ochocientos años se había imaginado que para *ser cristiano* era necesario creer que Jesucristo era Dios encarnado; error grosero, según M. Coquerel. Que Jesús sea Dios, que sea un sér sobrenatural cualquiera, ó que sea un hombre como el primero que llegue: ¿qué necesidad hay de fijar tanto la atención en esto? Para ser cristiano no son precisas todas estas distinciones.

El sabio redactor de la *Revista de Teología Protestante*, publicada en Strasburgo, M. T. Colani, se guarda bien de protestar contra su compañero de París, y enseña á sus alumnos, los futuros ministros del Evangelio, que no se necesita de Jesucristo para ser cristiano: «Si Jesucristo y su san-« tidad nos fuesen arrebatados, añade piadosamen-« te (*Revista de Teología*, t. VII, pág. 242) un « luto inmenso cubriría la tierra; pero quedaría la « fe, la fe en el Padre, la vida en Dios». No es « extraño, pues, que M. de Gasparín, tan ardiente defensor del protestantismo francés, se vea reducido á felicitarse (1) como de un triunfo inesperado, de que sobre *setecientos* ministros, se hayan encontrado *doscientos* que creen en la divinidad de Jesucristo...

En las cátedras más ilustres de la reforma se oye proclamar que «el Salvador no ha sido otra « cosa que un *Sócrates judío*, autor de la mejor « filosofía práctica.» Los más célebres ministros hacen de él «*un simple rabino*, á quien algunos « tuvieron por el Mesías, de tal manera, que él mismo acabó por convencerse de ello, aunque no

(1) Gasparín, *Intereses generales del Protestantismo. Advertencia*, *p. 7.*

« enseñase otra cosa que un *mosaísmo depurado;*
« que fué condenado á muerte y clavado en una
« cruz; que fué levantado en ella teniendo la apa-
« riencia de un muerto, y volvió á la vida al tercer
« día; y que en fin, después de haber vuelto á ver
« á sus discípulos repetidas veces, los dejó, sin que
« éstos le volviesen á ver jamás.» No es en Voltaire, ni en Rousseau donde encuentro esta odiosa parodia del símbolo de los apóstoles, la encuentro en la *Teología cristiana* de Wegscheider (1), que se ha hecho el manual de los estudiantes que aspiran al pastorado, y de la cual se han sacado ya siete ú ocho ediciones. Después de esto no hay que admirarse de que el 31 de diciembre de 1854 M. Leblois, uno de los ministros de Strasburgo, formado según estos principios, proclamara desde su cátedra que el culto de Jesucristo es una *superstición*, vituperando agriamente á las sectas protestantes que han conservado este *resto de papismo*, y afirmando que es necesario poner término á *esta idolatría, tan contraria á la razón como á la Escritura.*

Hace algunos años que habiendo manifestado el rey de Prusia, jefe y doctor de la iglesia prusiana, algunas inquietudes sobre la ortodoxia de los pastores y profesores de su Facultad de Teología de Berlín, el decano protestó con indignación, á nombre de todos sus colegas, y declaró solemnemente que todos, sin excepción, creían... *que Jesús ha existido verdaderamente.* Este es un esfuerzo de fe, por el cual es preciso felicitar á los señores pastores de Berlín; no hubieran podido hacer otro tan-

(1) Wegscheider, *Teología cristiana dogm.* párrafo 121.

to algunos de sus colegas de Alemania, que no sólo *protestan* contra la divinidad de Jesucristo, sino también contra la realidad de su persona y de su existencia. Tal es, á lo menos, la consecuencia lógica é insensata de los escritos del célebre Strauss, profesor de teología protestante en Zurich, que ha arrastrado en pos de sí una parte de Alemania. Todos estos señores se dicen cristianos, y á ejemplo de Lutero, Calvino y compañía, sus antecesores menos audaces, se presentan como reformadores del cristianismo.

En Ginebra, hace largo tiempo que la *venerable Compañía de pastores* (así se titula ella misma) ha prohibido formalmente á los predicadores (Reglamento de 3 de mayo de 1817) hablar en la cátedra de la divinidad de Jesucristo. El pequeño número de retrógrados que persistieron en esta creencia incompatible con el libre examen, se vieron obligados á hacer banda aparte, y hasta ahora los pone en ridículo la Iglesia nacional bajo el nombre de *Mómiers.*

Aquí sería necesario, si no me viese obligado á ser breve, pasar revista á los diversos países protestantes, y hacer ver por hechos públicos y generales, cómo la reforma de Lutero abandona y niega en todas partes el dogma sagrado y esencial de la divinidad de Jesucristo, dogma sin el cual desaparece enteramente el cristianismo. Lo que acabo de decir ¿no es más que suficiente para que exclamemos con el desgraciado M. de Gasparín: *¡La mayoría de los protestantes no es cristiana!?*

El dogma de la divinidad de nuestro Señor Jesucristo, como toda la doctrina cristiana, no nos viene sino por la Iglesia, depositaria infalible de

la autoridad de Dios (1). Los protestantes, habiendo rechazado esta autoridad, no tienen ya guía segura en el camino de las creencias, y por esta razón hace trescientos años que sus dogmas van desapareciendo uno tras otro. Si ellos son lógicos, acabarán por formular su símbolo, como lo hizo en cierta ocasión un protestante conocido: «No creo ya en nada.»

Después de haber negado la Iglesia, el protestantismo niega á Jesucristo; después de haber negado á Jesucristo, negará al mismo Dios, ¡y su obra será completa!

Esta obra diabólica está ya consumada en una gran parte de la Alemania. Existe una asociación poderosa, esparcida bajo el nombre de *Amigos protestantes*, que tiene por jefes á los tres pastores Uhlich, Wislicenius y Sachse. Á estos tres hombres se ha unido un número considerable de pastores de Alemania; y los pastores oficiales de Berlín, con quienes fraternizan nuestros pastores de Francia, han dado repetidas muestras de simpatía á estos *Amigos protestantes*. Hé aquí, pues, la profesión de fe del pastor Uhlich y su catecismo público:

«Nuestra creencia es no tener ninguna.

«El sér que se llama Dios, es un sér ficticio.

«El verdadero objeto de nuestra adoración somos nosotros mismos.»

(1) No quiero decir que la sagrada Escritura no nos presente muy claramente la divinidad del Salvador; lo que digo es que recibiendo las mismas Escrituras toda su autoridad divina de la doctrina infalible de la Iglesia, cualquiera que rechace á la Iglesia, pierde por este mismo hecho el fundamento de su fe en Jesucristo.

Y este descarado ateísmo es el protestantismo que domina en la Alemania del norte, especialmente en Prusia; él es la consecuencia lógica del protestantismo propiamente dicho, el cual no tiene motivo de existencia, sino á condición de dar al pensamiento humano una completa libertad, ó más bien una completa licencia. Es esto, ó no es nada (1).

XVII

¿Hay un solo protestante que pueda decir lo que cree y por qué cree lo que cree?

Ningún protestante podrá dar jamás una cuenta racional de su creencia; y es muy natural que así suceda. Creer es someter su razón á la doctrina de una autoridad personal, independiente de la voluntad de aquellos que le están sometidos, y que tiene derecho á su sumisión. Ahora bien, ¿dónde existe esta autoridad para el protestante? ¿En la Biblia? Por confesión de los protestantes más respetados, en ella se encuentra lo que se quiere, y cada uno la interpreta á su gusto. El protestante, en consecuencia del famoso principio del libre examen, no *cree* ni tiene *fe*. Á la fe sustituye su propia razón, á la autoridad divina de la Iglesia sustituye las divagaciones del espíritu humano.

(1) Estos deplorables pormenores son sacados de la interesante obra de M. Eugenio Reudo, jefe del gabinete del ministerio de Instrucción Pública, sobre el estado del protestantismo en Prusia.

El protestante que á pesar de su separación de la Iglesia conserva ciertas creencias cristianas, es un desertor que en su deserción conserva partes de sus armas y de su uniforme. Sus creencias no reposan en nada; yo le desafío á dar razón de ellas en discusión seria, no digo á un católico, pero ni siquiera á un incrédulo.

Por el contrario, nada más lógico ni mejor justificado que la fe de un católico. Él está unido á Jesucristo, autor de esta fe, por medio de la santa Iglesia, institución viva y permanente, establecida con este fin por el mismo Salvador, y que remonta hasta Él, al través de los siglos.—El protestante ha roto este lazo divino; y por este motivo se halla separado de Jesucristo aún cuando crea en Él. No basta llamar á Jesús, Señor, Salvador; para formar parte de su reino, es preciso ejecutar su voluntad, como lo declara Él expresamente.

No me detendré en demostrar que un protestante no puede apoyar sus creencias en la autoridad y doctrina de los pastores de su secta. Todo el mundo sabe que uno de los principios del protestantismo, es que todos los cristianos son iguales y que nadie debe echarla de maestro. «Los ministros, decía el protestante J. J. Rousseau, á quien cito siempre con gusto en esta materia, los ministros no saben lo que creen ni lo que quieren, ni lo que dicen, ni saben siquiera lo que fingen creer (1).»

«Cuando uno de estos predicadores toma la palabra, añadía el espiritual conde de Maistre, ¿qué medios tiene de probar lo que dice, y de saber que su auditorio no se burla de él? me parece oír á ca-

(1) *Cartas sobre la Montaña.*

da uno de sus oyentes que con una sonrisa escéptica le dice: «¡En verdad, yo creo que él cree que le creo!»

XVIII

Cómo el cristianismo y el catolicismo significan absolutamente lo mismo.

Quien dice cristianismo, dice catolicismo; y el catolicismo no es una forma accidental, sino la forma única y divinamente instituída de la religión cristiana.

Si la Iglesia de Jesucristo desde los primeros tiempos se ha llamado no solamente cristiana, sino también católica, ha sido para distinguirse de las diferentes herejías que se separan de ella, y que se obstinaban en llamarse cristianas, porque habían conservado algunos harapos de la verdad.

Nuestro Señor Jesucristo es quien ha fundado en la tierra este gobierno espiritual, esta monarquía religiosa y universal, que hace de todos los cristianos disperso *una Sociedad*, *una Iglesia*, *un Cuerpo*, que se llama *Iglesia Católica.* Nuestro Señor Jesucristo es quien ha instituído en esta Iglesia el Papado, al rededor del Papado el Episcopado y como auxiliar del Episcopado y del Papado el Sacerdocio. El Papa, sucesor de San Pedro, es por *derecho divino* soberano Pontífice de la religión cristiana, Pastor de todos los obispos, de todos los sacerdotes, y de todos los fieles, Juez supremo de todas las cuestiones religiosas, y doctor de la verdadera fe.

El único medio de ser cristiano, ha dicho Bossuet, es ser católico; es decir, pertenecer no solamente por simpatías y creencias, sino por la observancia descubierta y pública de su doctrina, á la Iglesia católica, á la Iglesia gobernada por el Papa, al solo verdadero redil de Jesucristo.

No ha habido ni puede haber sino un solo cristianismo. Si el protestantismo fuera el cristianismo, el catolicismo no lo sería.

No es ésta una cuestión de forma; es una cuestión de fondo. La institución de Jesucristo no puede ser sometida á los caprichos de nadie; y el protestante que se forja un cristianismo á su antojo, no tiene el verdadero cristianismo, el cristianismo que Nuestro Señor ha traído al mundo, y cuyo depósito y difusión ha confiado á su Iglesia.

En la época actual se ha hecho un abuso extraordinario del glorioso nombre de *cristiano*. Desde el protestante que profesa ó rechaza según le cuadra la divinidad de Jesucristo, hasta el socialista que no vé la libertad sino en la completa destrucción de la Iglesia, toda la multitud de herejes y de revolucionarios hace ostentación de cristianismo; pero ¡de qué cristianismo!

Ser cristiano es ser católico; fuera de esto, se puede ser luterano, calvinista, mahometano, mormón, libre pensador, budhista; pero no se puede ser *cristiano*.

XIX

El protestantismo y el cristianismo primitivo.

Es una pretensión muy común entre las sectas protestantes, la de haber ellas resucitado el cristianismo primitivo, ó mas bien aún, la de no ser ellas otra cosa que el cristianismo de los primeros tiempos. Para dar alguna verosimilitud á estas pretensiones de antigüedad, autores protestantes se han tomado un trabajo inmenso en forjar genealogías interminables, y en buscar con un celo digno de mejor causa todos los caracteres de la Iglesia primitiva en las diversas fracciones de la reforma. Por más que se ha querido empolvar este protestantismo, que no existía hace tres siglos, por más que se le ha querido cubrir de telarañas como las botellas que los comerciantes de vino ponen de muestra en las vidrieras de sus tiendas; cuando se destapa estas botellas, no se encuentra otra cosa en ellas más que torcedura ó vinagre.

De la misma manera, estas jactancias no se han tomado de un modo serio; y no faltan escritores protestantes, muy instruídos y de mucha conciencia, que las reconocen como un absurdo. Pero no en favor de la Iglesia católica, tratan ellos de hacer desistir de sus pretenciones á las sectas protestantes. No descubriendo en el Evangelio ni en los escritos de los Apóstoles todas nuestras prácticas actuales de piedad ni todas las formas de nuestro culto, acusan al mismo tiempo á la Iglesia católica de haber añadido al cristianismo dogmas y usos

que lo han desfigurado; y el catolicismo es para ellos tan diferente del cristianismo de los primeros siglos, como el protestantismo actual (1). Aprovecho esta ocasión de dar una idea clara y verdadera de esta Iglesia católica tan contradictoriamente acusada, ya de inmobilidad y estagnación, y ya de innovaciones y de cambios.

No ha habido jamás ni puede haber sino una sola Iglesia de Jesucristo, Iglesia inmutable como su jefe y su fundador, que es Dios. Pero esta Iglesia es un cuerpo vivo, y, por perfecta que sea desde su origen, va siempre desarrollándose á medida de los tiempos. El hombre no trae consigo al nacer esa plenitud de fuerzas, esa belleza de constitución, esa espansión de todas sus facultades que constituyen la perfección de su naturaleza. Posee todo eso, pero en germen; y permanece siempre el mismo individuo, ya sea tierno niño, adolescente ú hombre hecho. Del mismo modo, la Iglesia que ha comenzado por doce hombres en el Cenáculo, ha crecido y se ha desarrollado con los siglos. Como una magnífica estofa lentamente desplegada va descubriendo progresivamente sus espléndidos colores, así ella manifiesta sucesivamente al mundo los tesoros de doctrina y de santificación que encierra en su seno.

La Iglesia católica es siempre antigua y siempre nueva; su doctrina de hoy es su doctrina de los primeros tiempos, más claramente definida en ciertos puntos cuya importancia se ha aumentado, bien sea á causa de los ataques de los impíos, bien sea

(1) Véase á M. de Gasparín, *Las escuelas de la duda y las escuelas de la fe.*

á causa de las nuevas necesidades del pueblo fiel.

Por otra parte, todo hombre que se ocupa seriamente del estudio de las cosas antiguas, del origen del cristianismo, de los escritos de los Padres, está acostumbrado á encontrar en estos testimonios de los siglos remotos pruebas repetidas de la unidad perfecta de la fe y de la religión cristiana, desde los tiempos apostólicos hasta nuestros días. El Papado, la jerarquía católica, el sacerdocio, el sacrificio de la Misa con la presencia real, la confesión, el culto de la Santísima Virgen, de los santos, de las reliquias, las oraciones por los difuntos; en una palabra, todo lo que nos disputan las sectas heréticas, encuentran en estos monumentos tan auténticos como venerables una plena justificación.

Las escavaciones ejecutadas en las catacumbas de Roma (1) de veinte años á esta parte, producen diariamente nuevos testimonios en nuestro apoyo, y los sabios protestantes que van á visitar la capital del mundo cristiano, reconocen á un mismo tiempo la autenticidad incontestable y la importancia religiosa de estos descubrimientos. Inscripciones, pinturas, monumentos, etc., todo recuerda allí la forma de nuestro culto, todo manifiesta nuestras creencias. Las catacumbas contienen nume-

(1) Se llaman así las antiguas galerías subterráneas cavadas por los cristianos de los tres primeros siglos en la campiña de Roma, las cuales le servían al mismo tiempo de cementerio y de refugio en las persecuciones. Muchas de las conversiones que diariamente se obran en Roma, han tenido por punto de partida una visita á las catacumbas. Á estos monumentos de la verdad católica debe el señor Vizconde de Bussière el contarse hoy entre los defensores más celosos de la Iglesia católica.

rosas capillas con altares que encierran las reliquias de los mártires. En las paredes, pinturas al fresco medio borradas, revelan la fe de los primeros cristianos en la presencia real, en el sacrificio eucarístico, en la confesión: todo testifica allí que las catacumbas han conocido el Papado, el Episcopado, el Sacerdocio.

Me aconteció un día conducir yo mismo por las catacumbas á un joven protestante que venía de Strasburgo, en donde estudiaba para hacerse pastor. Todo cuanto veía le tenía asombrado: era un buen joven, inteligente, franco; no pensaba en negar la verdad, y no sabía qué decir. No le he vuelto á ver desde entonces: ¡quiera Dios que la elocuente voz de las catacumbas haya sido bastante poderosa para hacerle volver al seno de la unidad católica!

XX

Por qué la Iglesia católica habla en latín.

Porque es *apostólica*, porque es invariable su doctrina, porque es una y católica.

1.° La Iglesia es *apostólica;* es la Iglesia de San Pedro y de los Apóstoles, y ha guardado como preciosas reliquias todos los recuerdos de los Apóstoles. Cuando ellos se esparcieron por el mundo para cumplir la orden del Señor y anunciar á todos los pueblos el evangelio de la salud, encontraron al universo hablando dos lenguas: en Occidente, la lengua latina; en Oriente, la lengua griega. Predicaron la fe en latín y en griego; sus escritos y constituciones se redactaron en estos dos bellos

idiomas; la Iglesia ha conservado estos monumentos con una religiosa veneración; y hé aquí por qué su lengua es en Occidente el latín y en Oriente el griego. Lo que se echa en cara á la Iglesia es precisamente lo que da testimonio en su favor.

2.º Por otra parte, la Providencia había preparado estas cosas de antemano; el latín y el griego hechos *lenguas muertas*, y por consiguiente invariables, se juzgaron maravillosamente aptos para formular las doctrinas de una Iglesia que no admite variación, porque es divina. Se ha hecho un cálculo curioso sobre las variaciones de las lenguas vivas, y se ha conocido que si la Iglesia, en lugar de atenerse al latín de San Pedro, de San Pablo, de San Marcos, etc., hubiera adoptado el francés, se habría visto obligada á modificar más de doscientas sesenta veces la fórmula del sacramento del bautismo, sin lo cual esta fórmula no hubiera explicado ya en la lengua corriente la idea que ella encierra. ¡Júzguese por ahí de las transformaciones que hubiera sufrido el *Credo*, así como los decretos de fe de los concilios primitivos y de los primeros Papas!...

3.º La Iglesia habla en latín, no solamente porque es invariable, sino también porque es católica, es decir, universal, y se dirije á todos los tiempos, á todos los pueblos, á todos los países. En los tres ó cuatro primeros siglos el latín era la lengua del mundo civilizado, aunque la lengua vulgar tenía este carácter *católico*, universal, indispensable al lenguaje de la Iglesia. Pero cuando el mundo se dividió, la Iglesia conservó y ha debido conservar, con su hermosa lengua primitiva, la unidad en su forma así como en su fondo.

La Iglesia habla pues en latín: 1.º porque es apóstolica, 2.º porque es invariable, 3.º porque es católica.

Dícese: San Pablo ordena que en las asambleas cristianas se use una lengua conocida de todos, á fin de que todos puedan comprender lo que se dice. —Efectivamente, San Pablo dice esto en su Epístola á los Corintios; pero la objeción que los protestantes deducen de sus palabras, está completamente fuera de la cuestión. El Apóstol ordena el uso de la lengua vulgar para las predicaciones, las exhortaciones é instrucciones destinadas á la enseñanza de toda la asamblea. La palabra *prophetare* quiere decir predicar, hablar de las cosas divinas.

La Iglesia católica ha practicado á la letra la doctrina apostólica; sus obispos, sus sacerdotes, sus misioneros, sus catequistas se sirven del lenguaje común á todos, comprendidos por todos, y descienden hasta los dialectos más oscuros para hacer llegar la divina palabra á todas las inteligencias.

Las sectas protestantes hablan con mucha razón una lengua vulgar y moderna; lenguas divididas, esencialmente variables, siempre cambiando y todas modernas, se adaptan perfectamente á doctrinas que se les asemejan.

XXI

De la sencillez del culto protestante.

La sencillez es una cosa muy buena; pero sin embargo, es preciso que no sea fuera de propósito. Por otra parte, el culto protestante no es *sencillo;* es vacío, y sin ceremonial.

¿Habéis entrado alguna vez en un templo protestante? Frecuentemente es una Iglesia antigua de que se ha despojado á Dios, y es doloroso ver lo que ha hecho de ella la fría y mezquina herejía de Calvino. Después de la caída de un rey, su palacio es una casa, su trono es un sillón; arrojando de nuestras iglesias usurpadas al Rey de los reyes que se dignaba habitar en ellas, los protestantes las han desnudado, les han quitado su importancia. Han arrasado el altar en que se ofrecía el divino sacrificio; las imágenes de la santísima Virgen han desaparecido, así como las de los santos Patronos; han quemado los confesonarios, en donde los pecadores venían á recobrar la inocencia y la paz. Cuatro paredes, unos bancos, un púlpito, una mesa les basta para honrar al Criador del cielo y de la tierra.

«Entre los católicos, dice un escritor protestante (1), las más admirables producciones de las artes se consagran al embellecimiento de las iglesias, mientras que los protestantes se encierran en un templo desprovisto de toda especie de adorno, sin embargo de prodigar los tesoros del arte en sus

(1) Claussen.

habitaciones privadas. La música de iglesia es considerada entre los católicos como parte esencial de las solemnidades religiosas; en los países protestantes, la música se emplea en todas partes, excepto en las iglesias».

Los protestantes aman con pasión el lujo, les complace y tienen en su casa todo lo que es suntuoso y cómodo; pero en la casa del Señor es otra cosa: es necesario, dicen ellos, que todo sea de la mayor *sencillez* en el templo y en la religión. Pero sería más *sencillo* aún no tener necesidad de templo ni de religión, dormir, comer, beber, tratar de sus negocios, vivir y morir sin inquietarse por nada. ¿No sería esto la perfección de la *sencillez?*

Sin embargo, no debemos admirarnos de esta desnudez desconsoladora y helada del culto protestante. Los templos no son edificios sagrados, sino lugares de reunión; para mayor comodidad, se reunen muchas veces los fieles en Ginebra en un casino, en Nueva York en un teatro, y es absolutamente lo mismo. Si se quitan el sombrero al entrar, es solamente por costumbre, y de ninguna manera por respeto á las paredes y á los bancos.

Los pastores no tienen vestiduras sacerdotales. ¿Y por qué habrían de tenerlas? Ellos no son sacerdotes, nada debe distinguirlos de sus correligionarios, y aún el ponerse la sotana el domingo encima de su frac negro, me parece contradictorio con los principios que profesan.

No es necesario que á nosotros los católicos nos vengan á decir que Dios no tiene necesidad de la pompa del culto, y que lo que pide es nuestro corazón. Lo sabemos tan bien como cualquiera. Pero Dios no tenía tampoco necesidad de la magnificen-

cia del templo de Salomón; no tenía necesidad del oro ni del incienso, ni de la mirra que le ofrecieron los Magos en el portal de Belén; y sin embargo, ¿quién se atrevería á decir que estas manifestaciones de respeto y de amor le desagradaron?

La magestad del culto eleva nuestras almas á Dios por medio de las ceremonias sagradas, y llama sin cesar á la oración nuestra imaginación tan pronta á disiparse. Somos compuestos de cuerpo y alma, y todo nuestro sér debe contribuír á la honra y gloria del Señor; nuestra alma por el respeto, la adoración y el amor, nuestros sentidos por el uso religioso que de ellos hacemos en nuestras iglesias, uso que los purifica y santifica.

El culto divino es la expresión de la fe. Cuanto más viva es la fe, más esplendido es el culto; cuanto más pobre es la fe, más desnudo es el culto. «Pero, confiesa el escritor protestante que acabo de citar, la desnudez exterior de las iglesias no católicas, está muy en armonía con lo que pasa en el interior».

«No soy yo de aquellos, ha dicho el filósofo protestante Leibnitz (1), que, olvidando la debilidad humana, excluyen del servicio divino todo lo que toca á los sentidos, bajo pretexto que la adoración debe hacerse en espíritu y én verdad».

Y otro protestante ha añadido: «En nuestros templos, á fuerza de hablar de la adoración de Dios en espíritu y en verdad, han desaparecido completamente la verdad y el espíritu (2)».

(1) Leibnitz. *Sistema teológico*, pág. 107.
(2) Pustcuchen-Glanzow.

XXII

Cómo la propaganda protestante no es legítima ni lógica.

Cuando la Iglesia Católica, en las personas de sus obispos y sacerdotes, señala á los cristianos la propaganda protestante como una agresión injusta y odiosa, vemos los diarios heréticos, y con ellos los órganos del racionalismo y de la revolución, quejarse amargamente de este procedimiento, acusando á la Iglesia de tener dos pesos y dos medidas, y de prohibir tiránicamente á los demás lo que no cesa ella de practicar desde su origen. Estas recriminaciones merecen una respuesta: es muy fácil y sencilla.

Todas las sectas protestantes reconocen que cada uno puede salvarse en la Iglesia católica. La Iglesia católica, al contrario, ha profesado siempre abiertamente que ella es la única verdadera religión y que es necesario pertenecerle para ser hijo de Dios.

Los protestantes están en contradicción con sus principios, cuando tratan de arrancar las almas á la Iglesia católica; la Iglesia católica se pondría en contradicción manifiesta con los suyos, si no emplease todo su poder y todo su ardor en conducir á Jesucristo aquellos á quienes funestos errores han separado de su rebaño.

Cuando la Iglesia católica se esfuerza en instruír á un protestante y atraerlo á la verdadera fe, le deja todas las verdades que él posee, y le da las que le faltan. Es un pobre hombre, medio vestido,

á quien ella acaba de vestir; lo poco que él ya tiene, unido á lo que ella le da, forma un cristiano completo.

Lo contrario sucede cuando la propaganda protestante trabaja por seducir á un católico; ella le arrebata una parte de sus creencias, sin darle nada en compensación. Le deja medio desnudo, como esos desgraciados pasajeros á quienes los ladrones despojan de sus vestidos y sus capas, con el especioso pretexto de desembarazarlos de superfluidades molestas, sin arrojarles siquiera un andrajo para defenderlos del frío.

Además, es una cosa confesada por los mismos protestantes, que, en materia de verdades religiosas, no tienen ellos nada que dar á los católicos que éstos no posean ya; y aun más, confiesan que todo lo que ellos conservan del cristianismo, lo tienen de la Iglesia. Escuchemos á Lutero, el fogoso patriarca de la Reforma, emitir su *opinión* sobre este punto.

En la conferencia de Marburgo (1), Zuinglio le objetaba, que la presencia real de Nuestro Señor en el Santísimo Sacramento era un dogma del *papismo*.

«Pero entonces, dijo Lutero, negad también toda la Biblia, *porque del Papa es de quien nosotros la tenemos*. Nosotros, por protestantes que seamos, nos vemos obligados á confesar que en el papismo existen verdades de salvación; sí, todas las verdades de la salvación, y que de él las tene-

(1) Célebre disputa entre Lutero y Zuinglio. Lutero defendía contra sus adversarios el dogma de la santa Eucaristía.

mos nosotros; porque en el papismo es donde encontramos *la verdadera Escritura sagrada, el verdadero bautismo, el verdadero Sacramento del altar, las verdaderas llaves que remiten los pecados, la verdadera predicación, el verdadero catecismo, los verdaderos artículos de la fe.* Añado aún, que en el papismo se encuentra el verdadero cristianismo» (1).

De esta confesión, que la Iglesia católica tiene *el verdadero cristianismo*, se deduce necesariamente que las sectas protestantes no lo tienen, puesto que la Iglesia afirma lo que las sectas niegan. Pero es necesario deducir además, y esto salta á la vista, que la propaganda es para la Iglesia católica un derecho, un deber; mientras que, por parte de los protestantes, es un contrasentido, una injusticia.

(1) Me parece útil dar el texto original de esta admirable confesión. (Obras de Lutero, edición *protestante* de Yena, págs. 408 y 409):

Hoc enim facto negare oporteret totam quoque Scripturam sacram et praedicandi officium: hoc enim totum a Papa habemus. Nos autem fatemur sub Papato plurimum esse boni christianismi, *imo omne bonum* christianismum, atque etiam illinc ad nos devenisse. Quippe fatemur in Papatu veram esse Scripturam sacram, verum Baptisma, verum Sacramentum altaris, veras claves ad remissionem peccatorum, verum praedicandi officium, verum cathechismum, ut sunt: oratio dominica, articuli fidei, decem praecepta. *Dico insuper in Papatu verum christianismum esse.*»

XXIII

La religión cómoda.

Es más cómodo, suele decirse, ser protestante que católico. Muy cierto; y es también más cómodo ceder á sus pasiones que contenerlas. Pero, en materia de religión, no se trata de saber cuál es la más cómoda, sino cuál es la verdadera, la que conduce á Dios.

Un pastor había conseguido ganar para su secta á una buena mujer, que se había dejado prender de las afirmaciones del falso ministro del Evangelio. Ella frecuentaba constantemente el templo: iba todos los domingos á dormir un poco durante la predicación; cuidaba mucho la Biblia que se le había regalado, y tenía buen cuidado de no abrirla, temiendo echarla á perder; en una palabra, se había hecho una excelente protestante. Llevaba su fervor hasta hacerse inscribir en la famosa sociedad del *Sueldo protestante* (1) y en dos ó tres *sociedades bíblicas*.

Muchos años pasaron en esta cómoda piedad, y la mujer aplaudía cada día más el vivir tan dulcemente, según lo que el pastor llamaba el *puro evangelio*, desembarazada de la desagradable obligación de confesarse en las grandes festividades, de comulgar, de comer de viernes y de obedecer á su cura. En medio de estos goces *evangélicos* que el pastor y una piadosa diaconesa mantenían con celo por medio de regalitos y pequeños libros, la pobre criatura fué asaltada de una enfermedad. Al

(1) Sueldo: moneda equivalente á un centavo nuestro.

momento le fué enviado un *lector* que le leyera salmos y pasajes de los cuales no comprendía gran cosa (es preciso decir que el celoso *lector* tampoco comprendía mucho). El mal progresó, y el médico dejó escapar algunas palabras que dieron á entender á la paciente que su enfermedad era muy grave. Á la vista de la muerte y al pensamiento del juicio de Dios, la pobre mujer se sobresaltó y entró en sí misma. Conoció, á esta luz que no engaña, que se había extraviado y había abandonado la verdadera fe. Rogó á una de sus vecinas que sin demora alguna fuese á buscar al cura de la parroquia, digno sacerdote, á quien ella había conocido en otro tiempo, y á quien su deserción había afligido profundamente. El cura la encontró bañada en lágrimas, la consoló cuanto pudo, y mostrándole la enormidad de su culpa, le recordó, al mismo tiempo, la infinita misericordia de Dios. Después de haber oído la confesión de sus pecados, la reconcilió con Nuestro Señor, le administró el sacramento consolador de los moribundos, la Extremaunción, del cual se le había enseñado á burlarse, pero cuya eficacia é importancia comprendió entonces; en fin, se le llevó el santo Viático, este santísimo y adorabilísimo misterio, en que el mismo Jesús se oculta para descender hasta nosotros y fortificarnos en el término de nuestro viaje. En paz con Dios y consigo misma, la pobre mujer se consideraba feliz, y veía ya sin temor aproximarse el momento de su entrada en la eternidad.

La tarde de este mismo día se presenta el pastor en su casa: acababa de saber la visita del cura, y no podía creer en lo que él llamaba «una vergonzosa defección, un escándalo para el puro

Evangelio, un regreso á las supersticiones de Babilonia.» En realidad, lo que más le mortificaba, era lo que se iba á hablar de esto en la vecindad, y las deducciones que se sacarían, desagradables sin duda para el *puro Evangelio* ... y para el amor propio del señor pastor. Reprendió amargamente á la pobre enferma, recordándole el valor con que había rechazado en otro tiempo «todas esas afectaciones, todos esos errores, á los cuales no hubiera debido jamás volver.» «¡Ah! señor, respondió la buena mujer, todo eso era muy bueno cuando yo gozaba de salud; *la religión de Ud. es muy cómoda para vivir, pero es endiablada para morir.*»

No comprendía la inocente enferma que por estas sencillas palabras acababa de hacer palpable la falsedad de la religión protestante.

Para que una religión sea la verdadera, la religión que conduce al cielo, no basta, efectivamente, que ella sea cómoda, ni que eche á un lado todo lo que oprime en el servicio de Dios. El protestantismo es cómodo; luego es falso; luego no es la religión de Aquél que ha dicho: «¡Cuán estrecha es la puerta, y cuán penoso es el camino que conduce á la vida eterna! Esforzaos en marchar por este penoso camino y en entrar por esta estrecha puerta.»

El protestantismo, este fingido cristianismo sin obediencia á la fe, sin obediencia á la autoridad de la Iglesia, sin confesión, sin Eucaristía, sin sacrificio, sin penitencia, sin prácticas obligatorias, ¿no está condenado por el Evangelio cuyo nombre usurpa incesantemente? ¿No está condenado por el mismo Jesucristo, cuando este divino Maestro añade estas terribles palabras: «¡Cuán cómodo y ancho es el camino que lleva á la perdición!»?

XXIV

La piedra de toque.

Hay un medio muy fácil para descubrir la verdadera Iglesia, entre todas las que pretenden este título.

Nuestro Señor declaró abiertamente que sus discípulos serían aborrecidos de los perversos, como Él mismo fué aborrecido primero. «El discípulo no es superior al maestro; si el mundo os aborrece, sabed que á mí me ha aborrecido primero.»

Ahora bien, desde los tiempos apostólicos, la historia nos testifica que constantemente se han reunido los esfuerzos y los odios de los impíos contra la Iglesia Católica. Los judíos, los paganos, los turcos, los malvados de todos los siglos, y hasta en estos últimos tiempos los revolucionarios, todos han escogido y escogen siempre por blanco de sus ataques á la Iglesia Católica, solamente á la Iglesia Católica.

Los bandidos de la revolución francesa se arrojaron contra ella, encarcelaron y degollaron á sus obispos y sacerdotes, y dejaron muy tranquilos á los rabinos judíos y á los ministros protestantes. Leed los escritos incendiarios de los revolucionarios modernos: sólo la Iglesia Católica excita sus furores; y no solamente no se levanta contra el protestantismo, sino que lo pregonan como favorable á sus miras anticristianas.

La unión de todos los impíos contra sólo la Iglesia Católica bastaría ya para realizar la profecía de Nuestro Señor. Las sectas heréticas, y en par-

ticular todas las sectas protestantes, se han encargado de completar la prueba. Separadas en todo lo demás, divididas por creencias y por intereses, anatematizándose las unas á las otras, entran en maravilloso acuerdo luego que se trata de injuriar y de atacar á la antigua Iglesia de San Pedro. Ante esta común enemiga, todas ellas no forman sino un solo escuadrón, y blasfeman unísonas.

Herodes y Pilato, enemigos mortales hasta entonces, se unieron para crucificar á Jesús. La herejía y la impiedad, separadas también por muchos títulos, se unen del mismo modo para ultrajar, azotar y destruír á la santa Iglesia de Cristo. Pero si la Iglesia Católica, Apostólica, Romana, debe, á ejemplo del Salvador, sufrir su pasión y completar de esta manera la de su divino Jefe, tiene como Él las promesas de la vida eterna: siempre aborrecida, siempre blasfemada, vive y vivirá siempre, porque Jesús está con ella hasta el fin del mundo, y á ella sola es á quien ha dicho: «Las potestades del infierno no prevalecerán contra ti.»

SEGUNDA PARTE

I

En qué sentido puede la Iglesia tener necesidad de reformas.

Por fuerte y vigoroso que seas, amado lector, podrás experimentar algún desorden en tu salud, que, no alterando en nada la bondad de tu constitución, exija, sin embargo, que purifiques tu sangre, y recurras á los medicamentos. Pero, para que ellos produzcan buen efecto, es necesario que sean administrados con ciencia y prudencia; deja obrar á los médicos que están establecidos para esto, y no vayas á ponerte en manos de charlatanes que arruinarán tu salud y te enviarán al campo santo. Del mismo modo la Iglesia, aunque divina, puede tener necesidad de reforma. La Iglesia es la sociedad de los discípulos de Jesucristo. Jesucristo ha prometido estar con su Iglesia hasta el fin del mundo, para conservarla en la verdadera fe y en la verdadera moral. La Iglesia es, pues, mediante la asistencia de Nuestro Señor, *infalible y santa.*

Pero la Iglesia se compone de hombres: el Papa, los obispos, los sacerdotes, son hombres; y, á pesar de la santidad intrínseca de su ministerio, conservan las imperfecciones y las debilidades humanas. Esto basta para hacer comprender en qué sentido ha tenido y tendrá siempre la Iglesia necesidad de reformas. Ella no tiene nada que rectificar en la doctrina de su fe, que es divina é invariable; nada que corregir en su moral, que es santa, ni en los sacramentos por los cuales ella santifica á los hombres. Pero tiene necesidad de llamar continuamente al orden á aquellos de sus hijos y aún de sus ministros que, siendo demasiado frágiles, descuidan ó violan la observancia de sus leyes.

Hace mil ochocientos años que los Papas y los Concilios trabajan sin descanso en reformar los diversos puntos de disciplina que van debilitándose sucesivamente. Tal ha sido en particular la obra del célebre Concilio de Trento, que efectivamente ha *reformado* la Iglesia.

Lutero y sus compañeros han confundido en esta cuestión el fondo con la forma, lo que es divino é inmutable con lo que es humano y susceptible de variación. Han pretendido reformar el dogma, la regla de la fe, la regla de las costumbres; y en lugar de una verdadera *reforma*, han producido una *revolución* desastrosa, que lo ha arruinado y trastornado todo.

No eran médicos, eran charlatanes; con el pretexto de un diente dañado, han arrancado toda la quijada; en lugar de purgar, han envenenado.

II

¿Es posible que Dios haya escogido á Lutero y Calvino para reformar la religión?

Dios es santo; luego no ha podido escoger ni á Lutero, ni á Calvino, ni á Zuinglio, ni á Enrique VIII, ni á los demás para reformar su Iglesia.

«Jamás, dice el historiador protestante Cobbett (1), jamás vió el mundo en un mismo siglo colección de miserables tales como Lutero, Zuinglio, Calvino, etc.; el solo punto de doctrina en que estaban de acuerdo era la *inutilidad de las buenas obras*, y su vida prueba bien cuán sinceros eran en este principio.»

Lutero, á pesar del ardor de su elocuencia popular y del vigoroso temple de su espíritu, no es en suma sino un *mal sacerdote*, es decir, lo más degradado que puede haber.

Calvino, eclesiástico también, fué convencido de infames costumbres contra la naturaleza, y como tal marcado por el verdugo (2).

Zuinglio, cura de Einsiedlen, confesó públicamente, en presencia de su obispo, que hacía muchos años que cedía á sus vergonzosas pasiones, y que de allí en adelante tomaba mujer oficialmente para legalizar su posición.

(1) *Historia de la Reforma protestante*, cap. VII, número 200.

(2) Este hecho parece tomado de la historia. Habiendo un autor católico echado en cara á los calvinistas estas vergonzosas marcas de su patriarca, el calvinista Whitacker tuvo el sacrílego descaro de responder: «Si Calvino ha sido señalado, San Pablo y otros muchos lo fueron también.»

Todos los *santos* de la Reforma son por este estilo. Todo el mundo conoce la pureza *sin mancha*, la dulzura *evangélica* de Enrique VIII, el reformador de Inglaterra. Este malvado tuvo seis mujeres, á quienes hacía cortar la cabeza á medida que se disgustaba de ellas. Su hija, la reina *virgen* Isabel, que consumó la obra de Enrique VIII, no ha sido menos célebre bajo el mismo respecto. La misma hacha que cortó la cabeza de las queridas del padre, cortó también la de los amantes de la hija.

Calvino en particular merece la atención de los franceses. Él fué quien introdujo el protestantismo en Francia. Nadie lo ha pintado mejor que el protestante calvinista Galiffe, en sus *Noticias genealógicas* (1), publicadas en Ginebra en 1836. «Este hombre criminalmente famoso, dice, que levantó el estandarte de la intolerancia más feroz, de las supersticiones más groseras, de los dogmas más impíos; apóstol temible, á cuya inquisición nada podía escapar; quien en los dos años de 1558 y 1559 hizo ejecutar cuatrocientas catorce sentencias en materia criminal, etc.» M. Galiffe le llama además *bebedor de sangre*, y prueba cada una de sus aserciones con los mismos escritos de Calvino, y con los archivos públicos y auténticos de Ginebra.

En cuanto á Lutero, monje apóstata, viviendo en concubinato con una religiosa que había abandonado su instituto, los protestantes lo han juzgado con una severidad no menos significativa. La vida de Lutero, después de su apostasía, fué la de un libertino, enteramente ocupado de los placeres de la mesa y de los goces brutales, de tal manera

(1) Tom. III, pág. 21 y sig.

que se había hecho proverbio cuando se quería permitir algún desorden, el decir: «*Hoy viviremos á la Lutero*», como lo refiere el escritor protestante Benedicto Morgenstern (1). *Las agudezas de mesa* de Lutero, que se encuentran aún en algunas librerías desacreditadas en la lista de obras obcenas, respiran tal cinismo, que es imposible citarlas. Todo el mundo conoce la grosera oración, escrita por el mismo Lutero, cuya autenticidad no se ha puesto jamás en duda, y que termina con estas increíbles palabras: «Beber bien y comer bien es el verdadero medio de ser feliz.»

¡Y querrá hacérsenos creer que tales seres han sido enviados á los cristianos por nuestro Señor Jesucristo para hacer volver á la Iglesia á su pureza primitiva! Esto equivaldría á decir con los turcos: Dios es Dios, y Mahoma es su profeta. La razón debe hablar aquí más alto que todas las mentiras históricas, por las cuales se ha procurado rehabilitar á estos falsos reformadores.

La Iglesia católica tiene por fundador á nuestro Señor Jesucristo y por apóstoles á San Pedro, á San Pablo, á San Juan, etc.

El protestantismo tiene por fundador á Lutero, y por apóstoles á Calvino, á Zuinglio y compañeros.

Juzgad y escoged.

(1) *Tratado de la Iglesia*, pág. 21, hacia el medio: «Si quando volunt indulgere genio, non vereantur inter se dicere: *Hodie lutheranice vivemus.*

III

¿Los apóstoles del protestantismo han dado pruebas de su pretendida misión?

Hay dos señales infalibles para reconocer si un hombre que se presenta como reformador de la Iglesia es verdaderamente enviado por Dios. Estas dos señales son la santidad y el dón de milagros.

De la santidad no hablemos cuando se trata de Lutero y Calvino. Sabemos á qué atenernos sobre este particular; y los protestantes instruídos y honrados se avergüenzan cuando delante de ellos se remueven estas infames memorias.

En cuanto á los milagros, ellos hubieran querido hacerlos; pero no se hacen milagros como se forman sectas. Erasmo, este mordaz burlón, hacía notar que «entre todos ellos no habían podido hacer andar derecho á un caballo cojo.»

Calvino, sin embargo, quiso una vez ensayar un pequeño milagro; desgraciadamente erró el golpe. Había pagado á un hombre para que se fingiese muerto á fin de resucitarlo en seguida; cuando él llegó, rodeado de la multitud curiosa, á quien había modestamente anunciado esta prueba ficticia de su misión, la justicia de Dios había herido al compadre; y á Calvino le faltó poco para morir de miedo al encontrarlo verdaderamente muerto en su cama. Esta historia es conocida de todos y perfectamente auténtica.

Lutero salía del paso de otra manera: respondía con un torrente de injurias cuando se le pedía que probase por alguna obra milagrosa que hablaba

de parte de Dios, y llamaba *asno*, *turco*, *perro*, *puerco*, *endemoniado*, al desdichado disputador.

El *milagro*, así como la *santidad*, han faltado á los padres de la Reforma. Luego no han sido enviados por Dios.

Pero ¿cuál es entonces el espíritu que los ha animado con su poderoso soplo? El espíritu de orgullo, el espíritu de lujuria, el espíritu revolucionario, que se levanta sin cesar contra Jesucristo y contra la obra de Jesucristo; el espíritu infernal, que engendró todas las herejías, y que es verdadero padre de la anarquía protestante.— *Vos ex patre diabolo estis* (1)

IV

Cómo la Iglesia posee por excelencia la prueba divina.

Esta prueba que suple por todas las demás y que excede á todas por la evidencia de su luz, es el milagro. Nuestro Señor no ha invocado, por decirlo así, sino esta prueba para hacer admitir á sus Apóstoles y á sus discípulos, y después á sus contradictores, el misterio de su divinidad. «Si no creeis en mis palabras, creed á lo menos en mis milagros. Los milagros que yo hago dan testimonio de mí».

Los enemigos de Jesús confesaban la realidad de sus prodigios, y se extremecían de rabia viendo sus efectos. *Este hombre*, decían, *hace una multitud*

(1) S. Juan, VII, 44.

de milagros y se lleva tras sí á todo el mundo. Sólo el milagro supremo de la resurrección, confirmado por la *evidencia* de la vista y del tacto, ha podido reducir la obstinada incredulidad de los Apóstoles después de la pasión, y en particular la de Santo Tomás, que no se postró delante de Jesucristo vencedor, sino después de haber entrado sus dedos en las llagas de sus manos y de sus piés, y su mano en la llaga siempre abierta de su divino corazón.

El *milagro*, la obra sobrehumana y absolutamente divina, es pues la grande obra de Jesucristo. El milagro es también la gran prueba de su Iglesia.

La Iglesia católica no sólo produce constantemente milagros por la virtud de Jesucristo vivo en sus santos, sino que ella misma es un milagro vivo, público, permanente que excede á toda científica demostración; un milagro tan accesible á la inteligencia del pobre y del ignorante, como á la del doctor y del filósofo.—San Agustín lo declaraba abiertamente desde los primeros siglos de la fe: «El establecimiento del cristianismo en el mundo sin grandes milagros, hubiera sido el mayor y más admirable de los milagros».

Los Apóstoles, y durante tres ó cuatro siglos sus discípulos, resucitaron á los muertos, curaron á los enfermos, dieron vista á los ciegos, oído á los sordos, movimiento á los paralíticos. Con la señal de la cruz hicieron caer los ídolos y arruinarse los templos impuros de los falsos dioses; y á pesar de tres siglos de carnicería, á pesar del furor humano que el mismo milagro no podía subyugar, la iglesia católica, apostólica, romana salió de las catacumbas, victoriosa de la humanidad.

Ella era pues un gran milagro, es decir, una obra eminentemente sobrehumana, y que testificaba la omnipotencia de Dios. De este modo ha marchado al través de los siglos, llevando en su frente el testimonio divino, manifestándose como Cristo se manifestó, y no teniendo ni aún necesidad de dar pruebas.

El hecho divino de su existencia, y especialmente el de su Papado soberano, toman cada nuevo siglo proporciones más jigantescas. ¡Qué diría San Ireneo si volviese al mundo en el siglo XIX, él, que ya á fines del II invocaba esta duración de la Iglesia romana en medio de las contradicciones, como una prueba concluyente de su divino origen!

La Iglesia es pues un milagro siempre vivo, y su existencia, lo repito, la mayor prueba de su divinidad. ¡Griten y luchen los pastores herejes cuanto quieran ante este hecho divino! Así como los escribas en presencia de Jesús resucitando á Lázaro, quedarán siempre anonadados por la talla sobrehumana del gigante católico.

V

Los reformadores juzgados por sí mismos.

Aun hay protestantes fieles á la memoria de sus grandes reformadores, muy delicados en lo que les toca de cerca ó de lejos. Semejantes á los hijos de Noé, arrojan una capa sobre las vergüenzas de sus padres, y dan gritos de indignación luego que alguno se atreve á ver en Lutero y en Calvino otra cosa que hombres santos. Acusan

diariamente á los escritores católicos de mentira, de invención, de calumnia; y Lutero y Calvino quedan para ellos blancos como corderos, á despecho de la historia.

Para mostrar lo que valen semejantes acusaciones y lo que definitivamente debe pensarse de estos apóstoles de nuevo cuño, voy á trascribir sencillamente el concepto que los jefes de la Reforma se han formado unos de otros: como ellos se conocían mejor que nadie, vamos á ver retratos muy semejantes á los originales.

Comencemos por Lutero. Hé aquí cómo nos lo pinta Calvino, su digno colega: «Verdaderamente Lutero es viciosísimo; ¡ojalá que hubiera tenido cuidado de reprimir más su incontinencia! ¡Ojalá que hubiera pensado más en reconocer sus vicios!»—«Cuando leo un libro de Lutero, dice Zuinglio (1), me parece ver un puerco inmundo tocando superficialmente en diversos lugares las flores de un hermoso jardín; con esa misma impureza, con esa misma ignorancia de la teología, con esa misma indecencia, habla Lutero de Dios y de las cosas santas.» Á lo que Lutero responde en el mismo tono: «Zuinglio se imagina ser un sol que alumbra el mundo, pero no difunde más luz que... *stercus in lucerna.*»

Veamos cómo ha sido juzgado Calvino por sus hermanos en la Reforma, por aquellos que debían tener el mayor interés en paliar sus defectos: «Calvino, dice Wolmar (2), su primer profesor,

(1) Obras de Zuinglio, tomo II, pág. 474.
(2) Véase á Freundelfeld. *Cuadro analítico de la historia universal*, tomo II, pág. 269.

Calvino es violento y perverso; tanto mejor, es el hombre que necesitamos para adelantar nuestros negocios.» Bucero, monje apóstata y sacerdote casado, añade (1): «Calvino es un verdadero perro rabioso; este hombre es un malvado......¡Guárdate, lector cristiano, de los libros de Calvino!» Y Teodoto de Beza, el discípulo amado de Calvino, ¿queréis saber cómo trata á su maestro? «Calvino no ha podido nunca acomodarse á la templanza ni á las costumbres honestas ni á la veracidad; ha quedado siempre sumergido en el cieno.»

Zuinglio, según su discípulo Bullinger, fué arrojado de su parroquia á causa de su relajación; sacerdote y cura, se casó públicamente á imitación de Lutero. «Si se os dice, escribía en una de sus cartas, que yo peco por orgullo, por glotonería y por impureza, creedlo sin dificultad, porpue estoy sujeto á estos vicios y á otros muchos.» Lutero decía de sí mismo que estaba *satanizado*, *ensatanizado*, *sobresatanizado*, y que se debía absolutamente desesperar de la salvación de su alma (2).

Y aquel piadoso personaje, cuyo elogio encontramos tan frecuentemente en las publicaciones protestantes, el gran Teodoro de Beza ¿cómo lo juzgan los más fervientes amigos de la Reforma? «¿Quién no se admira, dice el protestante Heshussius (3), de la increíble impudencia de este monstruo, cuya vida sucia é infame es conocida de toda la Francia por sus epigramas más que cínicos? Y con todo, diríais al oirle, que es un san-

(1) Véase á Freundelfeld. «Scriptor maledicendi studio infectus, canis rabidus.»
(2) Hospinian, *Historia de los sacram*, II, pág. 1048.
(3) Heshussius, traducción de Florimond, pág. 187.

to, otro Job, ó un nuevo anacoreta del desierto, verdaderamente más grande que San Juan y San Pablo, según lo que pregona por todas partes su destierro, sus trabajos, su pureza y la admirable santidad de su vida.»—«Este hombre, dice otro escritor de la misma sectas, Schlussemberg, este hombre obsceno, semejante á un demonio encarnado, masa de artificio y de impiedad, no sabe otra cosa que vomitar satíricas blasfemias.»

Algunos instantes antes de ser atacado de apoplegía, resumía Lutero estos testimonios, y escribía de su propio puño: «En verdad, somos unos bribones.»

Pero no quiero continuar; serían necesarios volúmenes para repetir todos los vituperios é injurias groseras que estos fingidos reformadores se echan recíprocamente en cara. Por otra parte, lo que nos queda por citar es de tal naturaleza, que no puede ponerse á la vista de ningún lector decente.

No vengan pues los hijos de Lutero y sus dignos compañeros á quejarse de que los calumniamos, cuando alguna vez se levanta una voz católica para juzgar á sus padres y desacreditarlos. Jamás la Iglesia, que los ha arrojado de su seno, ha encontrado para condenarlos fórmulas tan terribles como las que nos suministran ellos mismos, y que acabamos de recordar.

Los protestantes preferirían que se dejasen en el olvido ó en la oscuridad estas revelaciones tan poco honrosas y tan significativas: comprendo que su orgullo padece; pero ante los incansables esfuerzos de la propaganda protestante, es preciso que se manifieste la luz y que se haga justicia.

VI

Las divisiones del protestantismo.

Hace mil ochocientos años que la Iglesia católica, apostólica, romana, fundada por Cristo y gobernada en su nombre por San Pedro y los soberanos Pontífices, sus sucesores, conserva la unidad más intacta en la doctrina de la fe y en la práctica de la religión. Desde su origen, multitud de innovadores han procurado introducir sus ideas particulares en el seno de esta grande Iglesia; pero ella las ha rechazado sucesivamente, y su doctrina eternamente viva, ha permanecido una y virgen.

Hace trescientos años que la revolución protestante estalló, y ha seguido un camino absolutamente opuesto. En el pasado, el protestantismo mira como á sus padres á los gnósticos, á los arrianos, á las maniqueos, á los nestorianos, á los iconoclastas, á los albigenses, á los husitas y á todos los herejes más escandalosos. Así como un cadáver produce gusanos, así este cadáver de religión continuando tradiciones tan deshonrosas, no ha cesado de producir hasta nuestros días centenares y millares de sectas que se multiplican en su seno. Ellas devoran á las almas y se devoran recíprocamente. Sería una cosa enteramente imposible dar el número exacto de las sectas protestantes: la estadística de ayer no sería la de hoy; nacen y mueren como moscas. «El protestantismo, decía ya en 1743 el pastor protestante Froereisein (1), parece

(1) Froereisein. *Discurso pronunciado en su instalación como pastor en Strasburgo.*

una sabandija cortada en pedazos, los cuales se mueven mientras les queda alguna fuerza, pero que pierden insensiblemente la vida y con ella el movimiento».

Por otra parte, ¿qué es una secta protestante?— En virtud del libre examen, cada uno de sus miembros ¿no puede, no debe mirarse como absolutamente independiente, y romper la unidad facticia del grupo al cual parece pertenecer? Tantas religiones como sectas, tantas sectas como cabezas, y en cada cabeza tantas creencias como caprichos, esta es la unidad protestante. «Al día siguiente de la Reforma, decía suspirando el pastor Vinet, hay protestantes, pero no hay protestantismo».

Hace poco que uno de nuestros grandes periódicos copiaba de un diario americano la lista numerosa, y sin embargo incompleta, de las sectas que se dividen el solo estado de Nueva York: «Anabaptistas, baptistas, nuevos baptistas, baptistas libres, baptistas separados, baptistas rigorosos, baptistas liberales, baptistas apasibles, baptistas niños, baptistas gloria, aleluyas, baptistas cristianos, baptistas brazo de hierro, baptistas generales, baptistas particulares, baptistas del séptimo día, baptistas escoceses, baptistas de la nueva comunión general, baptistas negros, independientes ó puritanos, cameronianos, crispados cambelistas ó reformados, libres pensadores, haldanistas, huntingdonianos, irvingianos, inghanistas, saltadores, cristianos bíblicos, glassitas ó sandonianos, antiguos presbiterianos, nuevos presbiterianos, escoceses, congregacionalistas, cuákeros ó amigos, unitarios, socinianos, moravos ó hermanos de la unidad, metodistas ó wesleyanos, metodistas pri-

mitivos, wesleyanos reformados, calvinistas metodistas franceses, originales conexistas, nuevos conexistas, swedenborgianos, hermanos de Plymouth, cristianos rebautizados, mormones, kelitas, muggletonianos, romanianos perfeccionalistas, metodistas rejessianos, sechlers, universalistas, caminadores, rothfieldistas, discípulos amigos libres ó agapenomitas, luteranos, protestantes franceses, reformados alemanes, protestantes alemanes reformados, católicos alemanes ó discípulos de Ronge, nuevos iluminados, anglicanos ingleses, anglicanos alemanes, anglicanos franceses, etc., etc». ¡Qué fecundidad! No creo que en Francia sean tan ricos. No tienen sino reformados, protestantes de la confesión de Ausburgo, metodistas, anabaptistas, baptistas pietistas, unitarios, latitudinaristas, darbistas, irvingianos... Debo decir, sin embargo, que no conozco toda la riqueza de la diversidad del protestantismo francés, porque los pastores afectan ordinariamente una tierna fraternidad, y no disputan mientras les es posible sino á puerta cerrada, ocultando cuidadosamente á la vista de los extraños lo que uno de ellos, M. Baum, pastor protestante de la Alsacia, llama indiscretamente *mutuas comilonas pastorales* (1). Temen la penetración francesa, que sacaría muy pronto de sus variaciones y divisiones la célebre consecuencia de que se sirvió Tertuliano contra el heresiarca Marción: *Tu varías, luego yerras.*

¡Cuán grande y majestuosa se levanta la santa Iglesia católica con su jerarquía, custodia de su

(1) *El principio de legalidad y la conciencia confesional de ciertos pastores llamados luteranos*, por J. G. Baum, pág. 1.

unidad, al lado de estas discusiones intestinas, de este desmembramiento sin fin!

«Quien ha visto alguna vez, dice un antiguo é ingenuo autor (1), un regimiento de soldados marchando en buen orden, con el capitán á la cabeza, armado de coraza, seguido de los mosqueteros, después de los arcabuceros, seguidos estos mismos del resto de la tropa con tambor batiente; y ve después una banda de hombrecillos caminando por las calles con espadas de madera, rodrigones al hombro, tocando el tambor sobre un caldero, mandándose unos á otros; ve en los primeros la imagen del orden de la verdadera Iglesia; y en los segundos, la del desorden de esas iglesias bastardas que quisieran imitar á la verdadera».

VII

¿Qué debe decirse de la libertad de pensar?

La libertad de pensar es un contrasentido. No tenemos más libertad de pensar sin regla que de obrar sin regla. So pena de desorden y de condenación, debemos pensar *la verdad*, y solamente la verdad, como debemos hacer el bien y solamente el bien. ¿No és esto evidente?

¿Quién tiene libertad de pensar que cinco y cinco no son diez? ¿Quién tiene libertad de pensar que la parte es mayor que el todo, que el vicio va-

(1) Florimond de Remund. *Historia del nacimiento y de los progresos de la herejía.*

le mas que la virtud, que Carlomagno no ha existido, etc.? Y ¿por qué no puede tener nadie esta libertad, sino porque todas éstas son verdades?

Este principio universal que rige la inteligencia humana se aplica en primer lugar, y con toda su fuerza, á lo que hay de más importante en el orden de las verdades, quiero decir á las verdades religiosas. Los misterios de la fe cristiana, los dogmas católicos de la Trinidad, de la encarnación divina, de la caída original, de la redención, de la gracia, de la Iglesia, de la eternidad del infierno, y de la felicidad de la gloria, etc., etc.; en una palabra, todos los dogmas que componen la doctrina católica se *imponen* á nuestra inteligencia porque son *verdades*, y si no tenemos libertad de contradecir la verdad, mucho menos la podemos tener de no admitirla. Estamos ciertos de que son verdades, porque Dios las ha revelado por su hijo Jesucristo, cuyo depósito é infalible doctrina ha confiado Él mismo á su Iglesia. *La libertad de pensar*, que es el alma del protestantismo, como también de la filosofía racionalista moderna, es pues uno de esos imposibles que solamente la ligereza de una razón superficial puede mirar como admisibles. Para una buena inteligencia, que no se deja deslumbrar por palabras, esta libertad de pensar es absolutamente un absurdo, y lo que es más aún, un pecado.

Lo mismo sucede respecto de la libertad de conciencia, de la libertad de decirlo todo y de hacerlo todo. ¡Libertades! sea en hora buena, pero libertades que os conducen directamente al infierno, sino se las ordena según la doctrina de Cristo y de su Iglesia.

La autoridad católica lejos de destruír el pensamiento humano lo protege y lo vivifica. Es la autoridad de la verdad, cuya inmutabilidad no es la de la valla que detiene la carrera, sino la del pretil que evita las caídas. La autoridad de la Iglesia es la garantía de la inteligencia humana, en lo que toca directa ó indirectamente á la religión, es decir, en toda clase de doctrinas religiosas, filosóficas, científicas, políticas, etc.

Sólo en la Iglesia encuentra el espíritu humano, bajo el abrigo de la autoridad, la verdadera libertad de pensar.

VIII

Divisiones religiosas de los católicos.

Á veces se suscitan en el seno de la unidad católica divisiones sobre cuestiones religiosas; se discute, se escribe en pro y en contra, y los impíos que no comprenden estas luchas sacan de ellas injustas consecuencias contra la religión. Pero estas divisiones ¿tienen la extensión que se les da? ¿Tienen la menor relación con las divisiones religiosas de los protestantes? De ninguna manera; los católicos tienen todos la misma fe, porque todos tienen un mismo principio de fe, que es la obediencia de la doctrina de la Iglesia. Están absolutamente de acuerdo sobre el dogma propiamente dicho. Las sectas protestantes, al contrario, se dividen sobre el dogma. Su pretensión de reunirse sobre un terreno común, que llaman *puntos fundamentales*, es una ilusión desmentida por los hechos. No están de acuerdo sobre nada, sino sobre la exis-

tencia de Dios. Sobre los setecientos pastores que predican la herejía y atacan á la Iglesia en Francia, M. de Gasparín aseguraba, hace poco tiempo, que había quinientos que no creían en la divinidad de Jesucristo, ni en la Santísima Trinidad, ni en la regeneración bautismal, etc. Hay muchos que, como el profesor Schœrer, teólogo de Ginebra, no creen en la inspiración de la Biblia. Precisamente pues sobre los *puntos fundamentales*, y sólo sobre los puntos fundamentales, están divididos los protestantes, como lo manifestaba el gran Bossuet hace dos siglos.

Al contrario, los católicos no entran ni pueden entrar en discusión sino sobre puntos de doctrina que la Iglesia no propone á su creencia, y por esta razón se llaman *opiniones*. Toda opinión es libre, y difiere en esto de las creencias. Teniendo libertad de sostener sus opiniones, los católicos, los doctores, y algunas veces los mismos obispos, expresan y defienden juicios opuestos los unos á los otros. Estas luchas doctrinales producen ordinariamente luces preciosas, y su reunión enriquece la ciencia teológica, que no es el simple catecismo de la fe, sino el trabajo de la inteligencia humana sobre los inmutables y magníficos documentos de la fe.

Si la Iglesia en su sabiduría juzga á propósito definir algunas de estas doctrinas, los católicos dejan de opinar, y *creen*. La opinión se ha hecho un dogma, y lo que hasta entonces era dudoso, es ya en adelante cierto.

Las divisiones de los católicos se suscitan también y muy especialmente sobre apreciaciones de conducta. Los unos, por ejemplo, creen preferible

para el bien de la religión que los enemigos de la Iglesia sean atacados de frente, que no se contemporice con ellos, y que se rechace con energía sus ataques y errores; los otros creen que hay violencia é imprudencia en esta conducta, entienden de otra manera la caridad, y creen que debe procurarse domesticar á los lobos.

¿Quién no ve que nuestras divisiones en este punto dejan completamente intacta nuestra unidad religiosa? Sin embargo, esto es lo que escandaliza tan profundamente á esos buenos pastores protestantes, tan amigos de la unidad, de la verdad y de la caridad. ¡Pobres hombres, que no ven la viga en su ojo y ven la paja en el ajeno!

IX

Cómo la doctrina de la Iglesia es la verdadera regla de la fe.

Se entiende por *regla de fe* lo que determina á los cristianos á admitir tal ó cual doctrina, y á rechazar tal ó cual otra.

Ahora bien, ¿cuál es la regla á que debemos conformarnos para fijar nuestras creencias? ¿Cuál es la verdadera regla de fe?

Aquí, como siempre, los protestantes están en desacuerdo con la Iglesia católica. Mil quinientos años después de la predicación de los Apóstoles, Lutero descubrió en su cabeza que todo el mundo se había engañado hasta entonces, y que la verdadera, la sola regla de fe de los católicos era la Biblia. Los protestantes admiten todos este principio

que examinaremos después. Probemos mientras tanto lo que todos los cristianos han creído desde los Apóstoles hasta Lutero, lo que nosotros creemos ahora todavía á ejemplo de nuestros padres, y lo que los cristianos creerán después de nosotros hasta el fin de los tiempos.

Nuestro Señor escogió á doce hombres entre sus discípulos, y los envió al mundo para enseñar en su nombre y por su autoridad la religión cristiana: «Todo poder me ha sido dado en el cielo y en la tierra; id pues, instruid á todas las naciones, enseñadles á observar mis leyes. Predicad el Evangelio á toda criatura. El que os oye, el que os desprecia, á Mí me oye ó me desprecia. Y hé aquí que yo mismo estoy todos los días con vosotros hasta el fin del mundo». (1)

Estas últimas palabras del Hijo de Dios muestran claramente que el poder espiritual y la misión de los Apóstoles deben quedar en la Iglesia como un ministerio permanente hasta el fin de los siglos. Ahora bien, si hay algún hecho histórico irrecusable, es que desde los Apóstoles hasta nosotros, los pastores de la Iglesia católica, que remontan por una sucesión legítima y no interrumpida hasta San Pedro y los Apóstoles, han ejercido y ejercen aún este ministerio.

Y ¿cuál es este ministerio? ¿cuál es este poder que viene del mismo Jesucristo, y por el que hombres *falibles* nos enseñan *infaliblemente*, nos conducen infaliblemente por el camino de la salvación?—Esto es lo que se llama la autoridad de la

(1) San Mateo, XXVIII.—San Lucas, X.—San Marcos, XVI.

Iglesia, es decir, la autoridad del Soberano Pontífice, sucesor de San Pedro, jefe de la Iglesia, y la autoridad de los obispos, auxiliares del Papa en la grande obra de la santificación de los hombres.

Esta autoridad divina, bien que esté confiada á hombres, es la verdadera, la única regla de fe. Esto es lo que han creído todos los siglos cristianos; esto es lo que han enseñado todos los doctores, todos los Padres de la Iglesia. Lo que nosotros debemos creer es lo que el Papa y los Obispos enseñan; lo que debemos rechazar, es lo que el Papa y los Obispos rechazan. Cuando una doctrina es dudosa, debemos dirigirnos al tribunal del Papa y de los Obispos para saber á qué debemos atenernos, pues de allí solamente, de este tribunal, siempre vivo y siempre asistido por Dios, emanan las decisiones sobre las cosas de la religión, y en particular sobre el verdadero sentido de las Escrituras.

Tal es la regla de fe de todos los cristianos, regla de institución divina, que nadie puede rechazar sabiendo lo que hace, so pena de perder su alma. «*¡Quien os desprecia, á Mí me desprecia!*» Tal es el principio inmutable de la unidad y de la vida de la Iglesia. Gracias á él, hace dieciocho siglos que los católicos tienen siempre la misma creencia.

Los protestantes, al contrario, privados de esta regla divina, «flotan, como dice San Pablo, á todo viento de doctrina», y á pesar de la Biblia que tienen en sus manos, creen hoy lo que rechazaron ayer, rechazarán mañana lo que creen hoy, y acabarán por no creer absolutamente nada.

Examinemos ahora en pocas palabras la pretensión de los protestantes, de sustituír á esta autoridad invariable y siempre viva de la Iglesia un libro

sin duda alguna divino, pero mudo é inanimado, como son todos los libros, y que no puede reclamar cuando se engañan sobre el sentido de las palabras sagradas que contiene.

X

Cómo la santa Biblia no es ni puede ser la regla de nuestra fe.

La Biblia es verdaderamente la palabra de Dios. Nosotros lo sabemos también, y aún mucho mejor que los protestantes. Todo lo que contiene la Biblia es de enseñanza divina; y sin embargo la Biblia no es ni puede ser la regla de nuestra fe en el sentido que pretenden los protestantes.

¿Por qué?

1.º La Biblia no puede ser la regla de nuestra fe, porque Jesucristo no ha dicho á sus Apóstoles: «Id y vended Biblias»; sino: «Id y enseñad á todas las naciones; quien os oye, á Mí me oye». — «El cristianismo, dice el protestante Lessing (1), estaba ya extendido antes que ninguno de los Evangelistas escribiese la vida de Jesús. Se rezaba el *Padre nuestro* antes que estuviese escrito por San Mateo, porque el mismo Jesucristo lo había enseñado á sus discípulos, los cuales lo habían trasmitido á los primeros cristianos...; se bautizaba en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, antes que la fórmula del bautismo fuese escri-

(1) Lessing, *Bietraje für Geschichte und Literatur*, tomo IV, pág. 182.

ta por el mismo San Mateo en su Evangelio, porque Jesucristo la había prescrito *verbalmente* á sus Apóstoles».

Esta primera prueba, que es una prueba de hecho, vale más que cualquiera otra; y los protestantes no han encontrado nunca cosa más razonable que oponerle.

2.° La Biblia no puede ser la regla de nuestra fe, porque basta recorrer los libros santos, y en particular el Nuevo Testamento, para comprender que estos libros no son un catecismo, es decir, una enseñanza religiosa clara y completa. Los Evangelios, los Hechos de los Apóstoles, y en general los libros históricos, son simplemente relaciones presentadas á la edificación de los fieles; las Epístolas de San Pablo y de los otros Apóstoles son fragmentos sueltos, que tratan de tal ó cual punto de doctrina en particular; las más veces son respuestas á preguntas especiales, ó bien alusiones á ciertos errores que ya no existen. Los Salmos son ante todo oraciones, y los libros de los Profetas son el anuncio de la venida de Cristo y de los grandes destinos de su Iglesia. Jamás los Apóstoles ni los demás autores inspirados han pretendido dar en estos fragmentos escritos un código de instrucción completa, una fórmula de creencia. Esto es evidente y salta á los ojos á la primera lectura.

«Los Apóstoles, dice el célebre protestante Grocio, no tuvieron intención de exponer detenidamente en sus epístolas las doctrinas necesarias á la salvación, escribían *ocasionalmente* sobre cuestiones que se les presentaban (1)».

(1) H. Grotius, *Ep.* 582.

3.° La Biblia no puede ser la regla de nuestra fe, porque encierra una multitud de pasajes difíciles, que por su profundidad divina se escapan á las inteligencias más perspicaces.

Los esfuerzos de los doctores de la Iglesia para penetrar su sentido, esfuerzos muchas veces inútiles, muestran cuán difícil de comprender es la sagrada Escritura. «Profundizar el sentido de las Escrituras, dice el mismo Lutero, es cosa *imposible;* no podemos sino tocar ligeramente su superficie; comprender el sentido, sería una maravilla. Digan y hagan los teólogos cuanto quieran, penetrar el misterio de la palabra divina será siempre una empresa superior á nuestra inteligencia. Sus sentencias son el soplo del Espíritu de Dios; desafían, pues, á la inteligencia del hombre». (1)

¿Qué se debe pensar, pues, de una regla de fe que, por confesión de Lutero y de una multitud de protestantes, en lugar de explicar la fe, tiene necesidad de difíciles y largas explicaciones? Por otra parte, los protestantes no podrían negar las dificultades de la interpretación de la Biblia; sus interminables disputas y disidencias sobre casi todos los textos de este santo libro, hablan muy claro. Es también digno de notarse, que los pasajes más sencillos y claros de la sagrada Escritura son los que han levantado entre ellos más disputas y divisiones. Se han contado más de *doscientas* interpretaciones protestantes de las palabras de Nuestro Señor en la santa Cena: «¡Este es mi cuerpo!»

4.° En fin, la palabra de Dios en la Biblia no es ni puede ser la regla de la fe de los cristianos,

(1) Véase á Audin, *Vida de Lutero*, tomo II, pág. 339.

porque, si así fuera, la religión cristiana no sería hecha para los pobres y los pequeños, es decir, para aquellos á quienes Jesús ha declarado hijos predilectos de su amor.

Este punto vale la pena de ser tratado aparte.

XI

El protestantismo no es ni puede ser la religión del pueblo.

Nó, el protestantismo no se ha hecho para el pueblo. Jesús ama á los pobres y á los humildes; el protestantismo, dando la lectura de la Biblia como regla fundamental de la fe cristiana, excluye al pueblo del cristianismo. En efecto, los pobres, ó bien no saben leer, y ¿qué significa un libro para el que no sabe leer? (1); ó bien no tienen tiempo de leer, ocupados como están siempre en el trabajo de manos, y ¿qué significa un libro para el que no tiene tiempo de leerle? Si el protestantismo tiene razón, si para obrar su propia salvación es necesario leer la Biblia, «entonces, dice el luterano Lessing, ¡cuánto os compadezco á vosotros, todos los que habéis nacido en países cuya

(1) Es digno de notarse que durante quince siglos, es decir, hasta la invención de la imprenta, casi nadie sabía leer en el pueblo; ¡toda esta pobre gente hubiera vivido sin medios de llegar á la fe! Esto es absurdo.

lengua no sabe hablar la Biblia (1); á vosotros, que nacidos en una condición social en que se carece de toda clase de conocimientos, no sabéis leer la Biblia! ¿Creéis ser cristianos porque estáis bautizados? ¡Desgraciados! ¿no veis que para vuestra salvación es tan necesario saber leer como haber recibido el bautismo? Y aún temo mucho que os sea necesario aprender el hebreo, si queréis estar bien seguros de salvar vuestra alma.

Aún cuando todos los pobres supieran leer, ¿habrían adelantado mucho con eso? ¿No se verían detenidos en cada versículo, como lo decíamos ahora poco? Y no se nos diga que al pueblo le basta que los pastores lean y expliquen una vez por semana la sagrada Escritura en sus predicaciones. Estas explicaciones no son sino opiniones personales, que no reposan sobre ninguna autoridad, y que varían según el capricho de cada uno. No son la palabra de Dios: son la palabra de tal ó cual persona, que es muy diferente.

Sepa ó no leer el pueblo, es imposible que la Biblia sea la regla de su fe. Dando Dios la Biblia como regla de fe, hubiera excluído de su Iglesia y de la salvación eterna á casi todos los hombres; lo que es una impiedad, que nadie podrá jamás creer.

Luego el protestantismo, que nos dice: «Tomad

(1) Ha sido probado por relaciones científicas de sabios protestantes, que es *absolutamente imposible* traducir la Biblia á ciertos idiomas que no tienen expresiones para traducir la mayor parte de las ideas emitidas en el santo libro. ¡Hé aquí, pues, naciones enteras que no podrán jamás llegar á la fe, si la fe debe formarse por la lectura de la Biblia!

y leed mi Biblia: no tenéis necesidad de la Iglesia ni de los Sacerdotes; contentaos con la sola palabra de Dios contenida en la Escritura», no puede ser la religión del pueblo, y, por consiguiente, no puede ser ni es el verdadero cristianismo, la religión de todos.

XII

Cómo es imposible á un protestante saber si la Biblia que lee es la palabra de Dios.

Desafío á todos los protestantes pasados, presentes y futuros á que me demuestren, sin herir sus principios, que la Biblia es verdaderamente la palabra de Dios.

Para mí que soy católico, la cuestión está resuelta. Sé lo que es la sagrada Escritura. La Iglesia de Dios, la autoridad infalible, viva, que Jesucristo ha instituído en la tierra para hacerme conocer y practicar la verdadera fe, me presenta los libros santos, y me dice, en nombre de Jesucristo: «Estos libros son los escritos de los Profetas y de los Apóstoles; no solamente son auténticos, es decir, escritos por los autores á quienes se les atribuyen, sino que son inspirados, es decir, escritos con la asistencia del Espíritu Santo, y encierran verdaderamente la palabra de Dios.» —Creo en la doctrina de la Iglesia, y, lógico en mi fe, digo y creo que la Biblia es la palabra de Dios.

Pero el protestante, que rechaza la autoridad de la Iglesia, no puede raciocinar así.—Con la Biblia en la mano queda sin respuesta, cuando se le pregunta por qué tiene fe en lo que ella contiene.

I. Los libros de la Biblia ¿son auténticos? preguntaré primeramente á los protestantes. ¿Cómo sabéis que han sido escritos por los Profetas y por los Apóstoles cuyos nombres llevan?

Aquí nacen cuestiones muy intrincadas é imposibles de resolver. «Cada individuo, dice el profesor protestante Schœrer (1), está llamado á decidir sobre materias respecto de las cuales los doctores dudan y difieren; el más ignorante de los fieles debe, antes de estar seguro de su fe, resolver cuestiones de *autenticidad*, de *crítica*, de *historia*...En verdad, ¡hé aquí una base bien sólida para la fe de los fieles! ¡hé aquí una regla bien accesible á la multitud del pueblo cristiano!» Los católicos, no tenemos necesidad de entrar en este laberinto; la Iglesia nos garantiza una autenticidad cuya certeza trasmite á sus hijos de edad en edad.

II. Pero, admitiendo el imposible de que un protestante pueda saber ciertamente que todos los libros de la Biblia han sido escritos por los santos autores á quienes se les atribuyen, ¿cómo sabrá que son verdaderamente *inspirados*, y que no son simplemente buenos libros ordinarios?

Es muy posible que San Pablo, San Juan, San Mateo, hayan escrito multitud de cartas, y quizá también obras religiosas que no hayan sido inspi-

(1) *La Crítica y la fe*, por Schoerer, de Ginebra.

radas. ¿Cómo sabréis, fuera de este juicio infalible de la Iglesia, si tal ó cual escrito de estos autores es inspirado ó nó?

¿Diréis que el Espíritu Santo que asiste á todos los cristianos os hace reconocer los libros inspirados? ¿Cómo se explica entonces que entre vosotros haya tan poca conformidad sobre este punto, que Lutero rechace tal libro que venera Calvino, que los protestantes de nuestros días admitan libros que despreciaban sus padres, el libro, por ejemplo, de Tobías, de Ruth, de Ester; la Epístola del apóstol Santiago, la de San Pablo á los Hebreos, etc? Ni aún sobre los cuatro Evangelios pueden ponerse de acuerdo los protestantes, y ahora todavía tal pastor no reconoce sino el Evangelio de San Mateo, tal otro el Evangelio solo de San Juan.

Esta cuestión fundamental, si la hay, de la *certeza* de la inspiración de los libros santos, detiene y detendrá siempre al protestante desde el primer paso que quiera dar en el camino del raciocinio: es una dificultad mortal para el protestantismo.

Así, pues, muchos protestantes que quieren explicarse á sí mismos su fe, viendo reposar todo su edificio religioso sobre una base que para ellos es necesariamente dudosa, pierden poco á poco las creencias que les quedaban, y caen en el racionalismo ó en la indiferencia.

III. Terminamos con una tercera reflexión. Aún cuando un protestante pudiera llegar á la certeza de la autenticidad y de la inspiración de la Biblia, ¿cómo sabría que la traducción de que se sirve y distribuye al rededor de sí es *perfectamente fiel*, y no da, como sucede frecuentemente,

el sentido erróneo del traductor por el sentido verdadero y no comprendido del original?

Hay pocos hombres que sepan el hebreo, al menos bastante bien para traducirlo perfectamente, y por otra parte se ignora en qué lengua han sido escritos en su origen algunos de nuestros libros santos.

La autoridad de la Iglesia suple todas estas dificilísimas indagaciones. Pero los pobres protestante, al frente de estas dificultades insuperables para ellos, ó bien abandonan el partido y no piensan más en la Biblia, ni en la fe, ni en la religión; ó bien, mareados por sus estudios sin dirección, y sin guía en este laberinto, llegan por el camino de la duda á la negación de toda verdad; ó bien, en fin, conservando su fe en la sagrada Escritura sin buscar la razón de ella, dejan el libre examen, y por el testimonio de la *tradición católica* creen en la inspiración divina de la Biblia, que el protestantismo es incapaz de demostrarles. Los tales son en este punto católicos sin saberlo: por felicidad hay muchos en este caso.

Siempre que un protestante invoca la autoridad de la Biblia, invoca sin saberlo la autoridad de la santa Iglesia Católica, sin cuyo testimonio infalible es imposible la demostración de la inspiración divina de la sagrada Escritura. «*Evangeliis non crederem*, decía San Agustín en el siglo IV, *nisi me commoveret Ecclesiae catholicae auctoritas.*»—«No creería en los Evangelios, si la autoridad de la Iglesia Católica no me obligase á creer en ellos.»

XIII

Hasta dónde puede conducir el principio protestante que presenta la Biblia como regla de la fe.

Si la Biblia interpretada según la pretendida inspiración de cada lector fuese la regla de la fe, cada uno estaría obligado en conciencia á creer y á hacer lo que descubriese en su Biblia.

Ahora bien, según este principio, que es, no se puede negar, el gran principio del protestantismo, los protestantes no pueden dejar de aprobar las abominaciones é impuras locuras de tantas sectas llamadas evangélicas que, desde los *anabaptistas* hasta los *mormones*, se atreven á apoyar sus infamias en textos mal comprendidos de la sagrada Escritura. Aún más, están obligados á reconocer por sus hermanos legítimos, por buenos y lógicos protestantes, á esos mormones, á esos anabaptistas, á esos innobles sectarios, que son el oprobio de la humanidad.

¡Cuántas impurezas no se han autorizado con estas palabras del Señor «*Creced y multiplicaos!*» Los anabaptistas de Munster, y después otros muchos, concluyeron de ellas la legitimidad de la poligamia. Lutero, Bucero y Melancton se apoyaron sobre no sé qué pasaje de la Escritura para permitir á Felipe, Landgrave de Hesse, tener dos mujeres á un tiempo.

En nombre de la Escritura, de la palabra de Dios, impulsó siempre Lutero á los aldeanos de Alemania á rebelarse contra los príncipes; y des-

pués, espantado de su propia obra, excitó á los príncipes á asesinar á los aldeanos. Juan de Leyde descubrió, leyendo la Biblia, que debía casarse con once mujeres á un tiempo; Hermann vió en ella que era el Mesías enviado por Dios; Nicolás, que no es necesario todo lo que tiene relación con la fe, y que es preciso vivir en pecado á fin de que abunde la gracia; Sympson pretende leer en ella que es necesario andar desnudo por las calles, para mostrar á los ricos que deben ser despojados de todo; Ricardo Hill encuentra en la Biblia que el adulterio y el homicidio son obras que conducen al bien; y añade que si estos crímenes están unidos al incesto, hacen más santos en la tierra y causan más alegría en el cielo.

Por confesión de los protestantes honrados no hay crimen ni abominación que no haya encontrado su falsa justificación en un texto de la Escritura, interpretada contra la autoridad tutelar de la Iglesia.

¿Qué se deberá pensar de un principió que tiene semejantes consecuencias?

XIV

¿La Iglesia católica prohibe la lectura de la Biblia?

La Iglesia, que ha recibido de manos de Dios el tesoro de las santas Escrituras, desea vivamente que sus hijos se alimenten de la divina palabra y mediten sus oráculos. Con todo, con su pruden-

cia maternal, rodea esta lectura excelente de ciertas precauciones que la fe y la experiencia prescriben igualmente.

Se acuerda que Satanás se sirvió de la sagrada Escritura para tentar á Cristo en el desierto, y que los escribas y fariseos no combatían á Jesús ni á sus Apóstoles sino en nombre de la palabra de Dios. Se acuerda que su primer Pontífice, el Príncipe de los Apóstoles, hablando de las Escrituras inspiradas, enseñaba: «que en ellas se encuentran pasajes difíciles de comprender, que hombres sin doctrina y de espíritu variable adulteran, como adulteran también el resto de las Escrituras sagradas para su propia ruina» (1): la misma Escritura obliga á la Iglesia á dar con prudencia el divino alimento á sus hijos. La experiencia se une á la fe en materia tan grave, y el ejemplo de todos los herejes, y en particular el de los herejes modernos, le ha hecho ver que la lectura de la Biblia podría en ciertas condiciones, y especialmente en las traducciones en lengua vulgar, ser muy peligrosa. Ha trazado pues reglas muy sencillas y prudentes, destinadas, nó á impedir esta lectura santificante, sino á separar de ella los peligros.

La primera de estas reglas es recibir sólo de los pastores legítimos de la Iglesia el texto y la interpretación de la sagrada Escritura, temiendo, como añade el Apóstol San Pedro, que, «extraviados por

(1) «In quibus sunt quaedam difficilia intellectu, quae indocti et instabiles depravant, sicut et caeteras Scripturas, ad suam ipsorum perditionem» (2.ª Ep. de S. Pedro, cap. III, v. 16).

el error de los falsos doctores, pierdan los cristianos la solidez de doctrina, que es su propio bien: *ne insipientium errore traducti excidatis a propria firmitate.*»

Además, ordena la Iglesia que se haga uso de ciertas traducciones de la sagrada Escritura, examinadas con cuidado y aprobadas por la autoridad eclesiástica; y de esta suerte están seguros los fieles de que lo que leen es la palabra de Dios, y nó la palabra humana de cualquier traductor ignorante ó pérfido. Quiere también la Iglesia que se consulte á esta misma autoridad, la única que puede juzgar, sobre si se poseen las convenientes disposiciones para sacar provecho de esta santa lectura. La simple enunciación de estas reglas prácticas basta para hacer comprender su profunda sabiduría. Pero no son solamente sabias, son necesarias.

La Iglesia muestra así cómo tiene más cuidado de la santa palabra de Dios que estos temerarios innovadores que, con el pretexto de ponerla al alcance de todos, la han arrojado al cieno y profanado indignamente. Sólo la Iglesia Católica respeta la Biblia, porque solamente ella comprende su santidad y verdadero uso.

Añadamos aquí, lo que muchos ignoran, que se lee mucho más la sagrada Escritura en la Iglesia Católica que entre los protestantes, al menos entre los de Francia. En la misa se leen *diariamente* fragmentos del Antiguo Testamento ó de las Epístolas de los Apóstoles y los pasajes más notables del Santo Evangelio. Muchos católicos llevan ordinariamente consigo el Nuevo Testamento, ó al menos los cuatro Evangelios, y esta piadosa prác-

tica es de regla en los seminarios. Hay pocos sacerdotes que no consagren cada día cierto tiempo á la lectura y á la meditación de la sagrada Escritura. No sé si los ministros protestantes leen mucho la Escritura; pero puedo afirmar que sus ovejas la leen muy poco ó nada. En muchas familias protestantes los padres prohiben, y ciertamente con razón, la lectura de ella á sus hijos á causa de los numerosos pasajes que no pueden ponerse prudentemente á la vista de ningún joven de uno ni otro sexo.

La Escritura es ante todo un libro sagrado, el libro de los sacerdotes; los sacerdotes que están encargados de enseñar y de santificar á los otros fieles, la reciben como el más precioso depósito después de la Eucaristía. La explican al pueblo y alimentan con ella á las almas, alimentándose primero ellos mismos. Tienen misión de hacerla amar y respetar de todos, de darla á cada uno según sus necesidades espirituales, y de conservar de este modo á la palabra de Dios su carácter esencial de ser *luz* y *vida*.

Los sacerdotes santos y los cristianos verdaderos tienen al libro de las Escrituras un respeto y amor que no pueden explicarse. San Carlos Borromeo, el gran Arzobispo de Milán, el gran reformador del clero de Italia en el siglo XVI, no leía la Biblia sino de rodillas y con la cabeza descubierta; y se le vió cuatro horas seguidas absorto en esta divina ocupación. San Felipe Neri bañaba con sus lágrimas las páginas sagradas, que sabía de memoria. Lo mismo sucedía á San Francisco de Sales y á San Vicente de Paul. M. Olier, el reformador de la disciplina eclesiástica en Fran-

cia, tenía al libro de la Biblia una admirable veneración. La había hecho encuadernar magníficamente, en plata maciza, y no la colocaba jamás al lado de sus otros libros. Antes de abrirla se ponía una sobrepelliz, y, como San Carlos, no la leía sino de rodillas, á pesar de sus enfermedades. La piadosa congregación de San Sulpicio, que dirige una gran parte de nuestros seminarios en Francia, inspira estos mismos sentimientos de religión á los jóvenes eclesiásticos que tiene el cargo de formar, los cuales siguen con empeño tan católica dirección.

Jesús es el maná oculto en la sagrada Escritura. ¡Bienaventurado el que lo busca y lo encuentra en ella! ¡Bienaventurada el alma fiel que á la luz de la santa Iglesia y de la verdadera fe, y con espíritu de piedad, de amor y de santificación, escudriña la sagrada palabra de Dios, y hace de ella con el Sacramento del altar el alimento sustancial de una verdadera y sólida piedad!

XV

Por qué condena la Iglesia las Sociedades Bíblicas.

Un católico muy piadoso, que encontró en la meditación de la sagrada Escritura un poderoso alimento para su vida religiosa, me preguntaba si las Sociedades Bíblicas no hacían una cosa útil á las almas, y no eran, sin saberlo, los auxiliares de la Iglesia Católica. Se admiraba de que el Papa Gregorio XVI las hubiera infamado solemnemente, y las hubiera llamado *pestes*.

«El Papa, dice á este respecto el Dr. Leo, protestante alemán de una inteligencia muy superior, el Papa ha llamado á las Sociedades Bíblicas *pestes*, y por mi parte, si yo fuera Papa é italiano, haría otro tanto. Tengamos, pues, la buena fe de examinar un poco lo que los emisarios de las Sociedades protestantes inglesas hacen en los países católicos con una falta de consideración y de pudor que no conoce límites; cómo todos los medios los tienen por lícitos para esparcir la Biblia; cómo la esparcen sin discernimiento entre hombres incapaces de comprenderla; cómo siembran doctrinas que llenan de confusión el espíritu, que hieren la moralidad, conmueven la autoridad social y el orden eclesiástico, y que en conclusión no tienen sino una acción revolucionaria. Las Sociedades Bíblicas en estos últimos tiempos han servido de instrumento á los autores de las execrables maquinaciones que han trastornado la Italia. El celo protestante de Inglaterra abre además un camino á la política y al comercio inglés que se introducen en Italia con la Biblia en la mano. La Biblia es la piel de oveja bajo la cual se oculta el lobo».

He aquí la cuestión juzgada por un protestante. La Biblia protestante no es sino una piel hipócrita con que se disfrazan á un tiempo la incredulidad y la revolución.

XVI

La Biblia, toda la Biblia, la Biblia solamente.

He aquí lo que, tanto la plebe protestante, como los grandes doctores no cesan de gritar á los católicos. ¡La Biblia es toda la religión! ¡Leed la Biblia, y estaréis seguros de encontrar en ella la fe y la salvación! ¿Queréis desembarazaros de todas las supersticiones romanas? leed la Biblia. ¿Aspiráis á una religión cómoda, fácil y libre de prácticas molestas? tened una Biblia ¿Queréis ser un convertido y un predestinado? aceptad una Biblia.

Por falso y absurdo que sea este principio, que hace de un libro erróneamente interpretado la única regla de fe, se vería uno tentado á creer que á lo menos los protestantes lo respetan y lo tienen por verdadero; pero no es así. Abramos la Biblia, y al momento encontraremos entre el testo sagrado y las doctrinas protestantes, manifiestas contradicciones sobre los puntos más esenciales.

Creencias y prácticas protestantes.	*Textos de la Sagrada Escritura.*
Los ministros dicen: «No hay otra autoridad en religión que la Biblia. Á ella sola debe creerse. Toda doctrina que viene del hombre, si no es el texto de la Biblia, es usurpación y mentira».	Jesucristo dice á los doce Apóstoles: «Así como mi Padre me ha enviado, así os envío yo». (San Juan, IV, 58).—«Todo poder me ha sido dado en el cielo y en la tierra; id, pues, é instruíd á todos los pueblos...enseñándoles á observar todo lo que os he mandado». San Mateo, XXVIII, 18. —«Quien á vosotros oye, á mí me oye; quien á vosotros desprécia, á mí me desprecia». San Lucas, X, 16.
Los ministros dicen: «En religión no se debe obedecer á nadie sino á la Biblia, solamente á la palabra de Dios».	San Pablo dice: «Obedeced á vuestros superiores y sed sumisos á su autoridad; porque ellos velan por el bien de vuestras almas, como que deben dar cuenta de ellas». Heb., XIII, 17.
Los ministros dicen: «Los obispos están de más; su ministerio es usurpado».	San Pablo dice á los obispos: «El Espíritu Santo os ha establecido obispos para gobernar la Iglesia de Dios». Act., XX, 28.
Los ministros dicen: «La Escritura es fácil de comprender, y leyéndola se está uno libre, de todo error».	San Pedro dice, hablando de las epístolas de San Pablo: «En estas cartas hay algunos pasajes difíciles de entender; los que, hombres ignorantes y ligeros adulteran, así como las demás Escrituras, para su propia ruina». II, de San Pedro, III, 13.

Sabemos bien que el Salvador no escribió nada, que no mandó á sus Apóstoles escribir, que no ha dejado ninguna palabra que indique á los cristianos que debieran leer lo que escribiesen los Apóstoles. En la primitiva Iglesia, se oraba, se ayunaba, se recibía el bautismo, la santa comunión, se observaba perfectamente la religión y se alcanzaba la salvación, sin leer el Evangelio, que aún no estaba escrito. Esta ligera observación, que hemos hecho ya en otra parte y sobre la cual insistimos, desmiente el gran dogma protestante, que es absolutamente necesario leer la Escritura para conocer la religión y ser salvo. ¿Qué hizo, pues, Jesucristo para establecer y conservar la religión? Ordenó á sus Apóstoles que la predicasen; y esto es todo. Los Apóstoles juzgaron útil poner por escrito algunas de sus instrucciones, y los rasgos más notables de la vida del divino Maestro, lo cual forma el Evangelio. Lo demás lo enseñaron de viva voz sin escribirlo: esto es la tradición. La tradición, pues, tiene una autoridad divina, lo mismo que el Evangelio. Pasemos ahora á los textos y examinemos si el parecer de los ministros concuerda con el de la Escritura.

Los ministros dicen:	San Pablo dice: conservad
«No queremos tradiciones».	las *tradiciones* que aprendisteis, bien sea de mis discursos ó de mis cartas». (Tes., II, 14.)

Los ministros dicen:
« Todo lo que Jesús ha hecho y dicho se encuentra en el Evangelio».

San Juan dice, terminando su Evangelio: «Jesús ha hecho todavía otras muchas cosas». XXI, 25.

Los ministros dicen:
«No hay otra doctrina de los Apóstoles sino lo que han escrito».

San Pablo dice al obispo Timoteo: « Lo que has aprendido de mí delante de muchos testigos, enséñalo á hombres fieles, que sean capaces de instruír á los demás» II Tim. II, 2. Y San Juan: «Aunque he tenido muchas cosas que deciros, no he querido hacerlo por escrito, esperando veros y hablaros de viva voz».

Los ministros dicen:
«La justificación y la salvación del hombre se obtienen solamente por la fe. Las obras son inútiles y sin eficacia».

Santiago dice: «hermanos míos ¿de qué servirá á cualquiera tener fe, si no tiene obras? ¿La fe podrá salvarlo? La fe, pues, que no tiene obras está muerta en sí misma...Nuestro padre Abrahán ¿no fué justificado por las obras cuando ofreció á su hijo Isaac sobre el altar?... Vosotros veis, pues, que el hombre se justifica por las obras, y no solamente por la fe». II, 14 y siguientes .

En los días de la Reforma, hizo un pintor el cuadro de la institución del Santísimo Sacramento. Veíase en el centro al divino Salvador distribuyendo la comunión á los Apóstoles, pronunciando las sagradas palabras: *Este es mi cuerpo*. Á la derecha,

un poco más abajo, Lutero daba la cena á los suyos, diciendo: *Esto* contiene *mi cuerpo.* Á la izquierda, Calvino hacía otro tanto diciendo: *Ésto* es la figura *de mi cuerpo.* En el centro, el artista había escrito con gruesos caractéres: *¿Á cuál de los tres se debe creer?* Muchos y largos discursos no hubieran tenido la elocuencia de este cuadro.

Los ministros dicen:
«El Salvador no ha querido dar su carne á comer; este es un error forjado por la Iglesia romana».

N. S. J. C. en San Juan VI, 48 y siguientes: «Yo soy el pan vivo, que he bajado del cielo...Si alguno come de este pan vivirá eternamente; y el pan que yo daré es mi carne por la vida del mundo...» Los judíos disputaban entre sí diciendo: ¿Cómo puede éste darnos á comer su carne?...Y Jesús les dijo: «En verdad, en verdad os digo: Si no comiereis la carne del Hijo del hombre, y bebiereis su sangre, no tendréis vida en vosotros; porque mi carne es verdadera comida, y mi sangre verdadera bebida».

Los ministros dicen:
«Sólo Dios perdona los pecados. Él no ha comunicado á los hombres el poder de perdonarlos».

Y Jesucristo dice á sus enviados: «Recibid al Espíritu Santo: los pecados serán perdonados á quienes vosotros los perdonareis, y serán retenidos á quienes los retuviereis». San Juan, XX, 22.

«Todo lo que desatareis en la tierra será desatado en los cielos». San Mateo, XVIII, 18.

Sería fácil seguir este paralelo, el cual manifiesta con evidencia la oposición que reina en una multitud de puntos, entre la doctrina de los pastores y esta palabra de Dios, que ellos hacen profesión de venerar y de aceptar absolutamente. ¿En qué viene á parar, ante estas pruebas incontestables, la famosa divisa de los protestantes: la Biblia, toda la Biblia?

Muchos protestantes, á vista de estas inconsecuencias, llegan hasta negar enteramente la Biblia, en la que no pueden apoyar sus doctrinas. Multitud de pastores la consideran como un libro enteramente humano. «No se puede negar, dice M. Coquerel (1), que los libros santos contienen efectivamente contradicciones y errores».—«Para la mayoría de los protestantes, decía en un discurso al rey de Prusia el magistrado de Berlín en nombre del protestantismo berlinés, la Escritura y los libros simbólicos son testimonios del trabajo de la formación del cristianismo, *obras puramente humanas;* allí no reside la verdad absolutamente (2)».

Y para concluír el cuadro, el profesor Schœrer, de Ginebra, llama las sagradas Escrituras: *una ventriloquía cabalística* (3).

¡He aquí pues lo que los protestantes han hecho de la Biblia!

(1) *Lien*, 6 de Mayo, 1852.
(2) *Memoria sobre la instrucción pública en Alemania*, por E. Rendu.
(3) *La Crítica y la Fe*, págs. 20—22.

XVII

El sacerdote católico y los ministros protestantes.

Tiénese ordinariamente, al menos en Francia, la más falsa idea de los pastores protestantes. Miráseles como sacerdotes revestidos de un carácter especial y sagrado, que los distingue de los demás protestantes, y les da sobre ellos autoridad en materia de religión. Gracias á esta preocupación bien conocida de los ministros, y de la cual han sacado todo el partido posible, se opone el protestantismo con sus pastores á la Iglesia con sus sacerdotes. Ahora bien, esta idea carece de fundamento, y es bueno que se sepa.

Efectivamente, ¿qué significa un sacerdote? Un sacerdote es un hombre consagrado exclusivamente á Dios por el sacramento del Orden que recibe por la imposición de las manos del obispo, y que le da en nombre de N. S. Jesucristo un carácter inviolable y santo, el poder y el deber de enseñar á los hombres la religión, de celebrar el sacrificio eucarístico, de perdonar los pecados, y de santificar de esta manera al pueblo fiel. Por el sacramento del Orden recibe el sacerdote una participación del poder de Jesucristo sobre las almas. Es hecho sacerdote para siempre y queda sacerdote aún cuando él mismo quisiera no serlo ya, de tal ma-

nera, que su poder y la santidad de su ministerio son absolutamente independientes de sus cualidades personales.

Veamos ahora lo que es un ministro protestante.

Definición difícil, porque el ministro protestante, así como el protestantismo, es un verdadero Proteo que se escapa siempre á quien cree asirlo; lo que es cierto de él en París, no lo es ya en Londres; si lo definís exactamente en Londres, vuestra definición no vale ya nada en Berlín, y así sucesivamente.

Sin embargo, en medio de esta variedad prodigiosa de *especies*, queda el *género*, que, visto en su conjunto, ha sido definido de esta suerte por el Conde de Maistre: «Un pastor protestante es un señor vestido de negro que pronuncia los domingos en el púlpito decentes discursos.»

Yo diré con más severidad: Un ministro hereje es un hombre que se da la culpable misión de atacar en nombre del Evangelio á la Iglesia de Jesucristo, y de difundir ó conservar el error entre los hombres.

Digo que él se da esta misión, porque Dios no se la da. Dios ha enviado á los hombres los pastores de su Iglesia, y está con ellos hasta el fin de los siglos; he aquí la misión divina, la sola verdadera misión pastoral y evangélica. La imposición de manos, el nombramiento en consistorios, las rentas que les paga el gobierno, no pueden conferir un carácter religioso, ni pueden dar una misión divina; nada reemplaza al Espíritu Santo ni al sacramento del Orden.

Digo además que el ministro hereje es culpable, muy culpable; porqué ataca la obra de Jesucristo,

ataca la verdadera fe, y cae bajo el anatema pronunciado por S. Pablo contra todo hombre que predica una doctrina contraria á la de la Iglesia. Quiéralo él ó nó, sea ó no de buena fe, el ministro protestante hace la obra del demonio, arrebatando á los cristianos la fe, que es la base de la salvación.

Las virtudes que pueden tener los pastores herejes no cambian en nada la cuestión; no está la perversidad en sus personas sino en su ministerio. Si tiene buenas cualidades y talento, concedámosle en hora buena una estimación personal; pero su obra anticatólica no deja de ser por esto una detestable impiedad, digna de la repulsión de toda alma cristiana. Los espíritus superficiales confunden ordinariamente estas dos cosas; la forma les hace olvidar el fondo; el hombre les hace olvidar al hereje.

¿Sabéis lo que constituye en realidad la fuerza de los pastores protestantes? No son ni sus palabras, ni sus doctrinas, ni sus virtudes; es ese instinto católico profundamente verdadero que los protestantes han conservado á pesar suyo, de una autoridad visible, viva, docente en materia de religión. Aquí, como siempre, el protestante vive de lo que toma al catolicismo. Lo que es deplorable es ver tantas pobres almas, frecuentemente buenas y honradas, entregadas á la dirección de hombres sin creencia fija, que cambian á todo viento de doctrina, y que muchas veces no creen ni aún en N. S. Jesucristo.

Es injuriar al sacerdocio católico compararlo con los pastores de las sectas protestantes; así como el protestantismo no es una religión, dígase lo que se quiera, del mismo modo sus ministros no tienen la

autoridad de los *sacerdotes*, aunque hagan todo lo que puedan para aparentarlo (1).

XVIII

En qué sentido el sacerdote es mediador entre Dios y el hombre

Los ministros protestantes, á imitación de Rousseau y Voltaire, echan muy á menudo en cara á los sacerdotes católicos el colocarse entre Dios y el hombre, é interceptar de este modo las comunicaciones del Criador con su criatura. Este reproche sería fundado si los sacerdotes se colocasen allí sin misión alguna, como lo hacen efectivamente los protestantes pastores.

Los sacerdotes no usurpan, ejercen un derecho y un deber, obedeciendo á Aquel que los ha enviado para predicar la religión verdadera, para combatir los errores, para salvar y santificar las almas, para absolver á los pecadores, y para dispensar á los fieles los misterios de Dios.

Los sacerdotes, ministros de la Iglesia, no interceptan la comunicación de Jesucristo con las almas, así como la humanidad adorable del Salvador no interceptó después de su Encarnación las co-

(1) Creo inútil establecer aquí la comparación entre nuestros misioneros y los que se llaman misioneros protestantes. Todo el mundo conoce la nulidad religiosa de estas falsas misiones que se ocupan mucho más en el comercio inglés del algodón y del opio, que en la gloria de Dios. Su principal resultado en el punto de vista de la fe, es contrariar el celo de nuestros apóstoles mártires.

municaciones de la Divinidad con el mundo. Al contrario, por su humanidad hablaba Dios á los hombres, los enseñaba, los bendecía y esta humanidad era el medio divinamente instituído para establecer la religión, es decir, el lazo que une al hombre con Dios.

Ahora bien, siendo el ministerio de la Iglesia en la tierra, la continuación y la extensión del misterio de la Encarnación, no es admirable que Jesucristo, después de subir á los cielos é invisible en su gloria, se sirva aún de la humanidad para consumar su obra.

Él ejerce su poder por medio de sus sacerdotes; Él es todo en sus sacerdotes, que no son algo sino por Él. Él gobierna y enseña infaliblemente á su Iglesia por medio del Papa, y por medio de los Obispos y sacerdotes es el pastor de las almas: y cuando los protestantes acusan á la Iglesia de usurpar los derechos de Dios, muestran una completa ignorancia del ministerio de la salvación.

XIX

De la ciencia y de las controversias de los ministros protestantes.

Los ministros protestantes parecen á primera vista muy instruídos en la religión; pero una prueba un tanto sostenida manifiesta la poca solidez de este saber, que es casi siempre un saber verdaderamente protestante, es decir, negativo; es una erudición belicosa, únicamente belicosa, que tiene por objeto, nó el amor puro de la verdad, sino el odio exaltado de todo lo que es católico.

Á las disputas y controversias se les ve asistir con un lujo increíble de libros, de citas, de textos, de hechos, de fehas, y la mayor parte de los oyentes, deslumbrados por ese fuego artificial, se ven tentados á considerar á estos caballeros como verdaderos sabios.

No hay nada de eso. Sin embargo, es preciso exceptuar algunos hombres verdaderamente distinguidos y laboriosos, como lo son en particular ciertos alemanes y algunos miembros de la que se llama en Inglaterra *la alta Iglesia*, cuyos estudios los aproximan cada día más á la fe católica. Tributando homenaje á los hombres doctos y amigos de la verdad, es preciso reconocer que se encuentran muy pocos, especialmente en las filas de los ministros protestantes de Francia. La erudición de estos últimos se compone en general de cierto número de pasajes de los Padres, alterados ó apartados de su verdadero sentido; de hechos más ó menos auténticos que parecen contradecir algunos dogmas ó prácticas de la Iglesia; en fin, de una multitud de textos de la Biblia no comprendidos. Inútil es decir que estas objeciones, siempre las mismas desde Lutero, han sido victoriosamente refutadas repetidas veces por nuestros grandes controversistas, Belarmino, el docto Suárez, San Francisco de Sales, Fenelón, Bossuet, etc. A falta de otras mejores, se vuelve siempre á las mismas y se percibe siempre en ellas un nuevo gusto.

Se concibe bien que á menos de haber hecho estudios especiales, y de estar dotado de una memoria extraordinaria, un católico instruído, y hasta un sacerdote, pueden fácilmente verse embarazados en una discusión por una de estas citas hechas

al efecto. El menor examen, la menor indagación les daría bien pronto la solución de la dificultad; pero en la discusión no se les deja tiempo de recurrir al origen, y se representa como una derrota su embarazo momentáneo.

Esta observación hace comprender por qué la Iglesia, segura como está de la divina verdad de su doctrina, y de la futilidad de las aserciones heréticas, manda á sus hijos que no tengan sino con gran reserva controversias con los ministros protestantes, y les prohibe asistir á su predicación, así como leer, sin una autorización especial, libros heréticos. Esto no es temor, es prudencia: y la prudencia es madre de la seguridad.

XX

Por qué los sacerdotes católicos no se casan como los ministros protestantes.

En cierta ocasión reconvenía severamente un ministro protestante á un joven estudiante por su mala conducta.

«Esto le es á Ud. muy fácil de decir, señor, respondió el joven; pero Lutero ha declarado que era tan imposible privarse del matrimonio como privarse de vestidos y de alimento, y siguiendo esta opinión se ha casado Ud. Yo haría otro tanto, si tuviera los medios de hacerlo; pero no tengo sino veinte años; el gobierno y las *sociedades evangélicas* no me dan como á Ud. con qué sostener á mi familia, y mientras tanto me arreglo como puedo.»

Desearía saber lo que respondería á este argumento un pastor casado, y casado en virtud del principio protestante: que el celibato es contra la naturaleza.

Un sacerdote católico hubiera respondido como San Pablo: «*Imitatores mei estote, sicut et ego Christi.* Imitadme como yo imito á Cristo»; sed castos como yo lo soy, y no digáis que esto es imposible, porque lo que yo puedo hacer lo podéis hacer vosotros.

El celibato es lo que permite á los sacerdotes consagrarse enteramente á su santo ministerio. Al abrazar el estado eclesiástico, se obligan con entera voluntad y después de una larga prueba á guardar perfecta continencia, y aunque esta obligación no sea de institución divina, es con todo de una maravillosa sabiduría. La Iglesia ha sabido bien lo que hacía cambiando en precepto absoluto para sus sacerdotes el *consejo evangélico* y apostólico del celibato (1), y el demonio sabe bien lo que hace cuando reclama contra esta saludable institución.

Si nuestros sacerdotes fueran casados ¿creéis que se sacrificarían como se sacrifican diariamente? ¿Creéis que no reflexionarían mucho antes de acercarse á la cabecera de un enfermo atacado de una fiebre contagiosa, antes de dar á su prójimo las últimas economías de su bolsa? El principal prójimo de un hombre casado ¿no son su mujer y sus hijos?

(1) Debe observarse aquí que si en los primeros siglos la Iglesia permitió algunas veces la ordenación á hombres casados, no ha permitido *jamás* casarse á un hombre ya ordenado sacerdote.

Por otra parte, nunca nos podríamos acostumbrar nosotros á la idea de un sacerdote casado. El sacerdocio cristiano y los cuidados del matrimonio no pueden marchar juntos. El pastor protestante, que no es más que una pobre caricatura de este sacerdocio, lleva consigo su mujer como un fardo ridículo. Nada más grotesco que lo que cuenta de sí mismo en sus *Memorias*, recientemente publicadas, cierto pastor llamado M. Bost (1).—El relato de sus correrías apostólicas, de sus predicaciones, de sus *diversas vocaciones y de sus cambios de convicciones* se halla entretejido con necias historias de cuidados matrimoniales, de objetos y y batería de cocina. Con su mujer, once hijos, dos criadas, un piano y algunos canarios, el infeliz apóstol pasea durante quince ó veinte años *trece mil libras* (textuales) de equipaje evangélico.

¡Cómo recuerda esto el cristianismo primitivo, á San Pablo y su cayado!

IXX

Cómo nuestro Señor y sus Apóstoles no son de la misma opinión que los ministros protestantes sobre el celibato religioso.

Hay pocas cuestiones tan claramente resueltas por *la Biblia* como la cuestión del celibato reli-

(1) *Memorias que pueden servir á la historia del despertar religioso de las Iglesias protestantes de la Suiza y de la Francia, y á la inteligencia de las principales cuestiones teológicas y eclesiásticas de nuestros días*, etc., etc., por A. Bost, ministro protestante.

gioso. La Iglesia no hace sino repetir á la letra lo que sobre este delicado punto enseña el Salvador, y después de Él, el gran Apóstol San Pablo.

Los fariseos acababan de interrogar á Jesús sobre el matrimonio, y nuestro Señor había declarado altamente su indisolubilidad. Los Apóstoles, admirados de la dura condición de los casados, le hablan á su vez: «Si tal es, le dicen, la condición del hombre con su esposa, es mejor no casarse: *Non expedit nubere*». Jesús les responde: «No todos comprenden estas palabras, sino aquellos á quienes ha sido dado comprenderlas: *non omnes capiunt verbum istud, sed quibus datum est*». Y añade: «Hay hombres que se privan del matrimonio por ganar el reino de los cielos; el que pueda entenderlo, entiéndalo: *sunt qui eunuchi facti sunt propter regnum coelorum; qui potest capere capiat*». (1)

Parece que los señores ministros, aunque evangélicos, no son aquellos á quienes ha sido dado comprender, *quibus datum est*, y que nuestros sacerdotes, aunque papistas, ignorantes de la pura palabra de Dios, comprenden el consejo del Maestro y tienen bastante valor para practicarlo.

San Pablo expone no menos claramente la doctrina de la virginidad y del celibato en su primera Epístola á los Corintios, capítuló VII; y la ha formulado tan bien, que Mme. de Gasparín, en su celo anti-católico, declara con una ingenuidad inexplicable, que para ella es *evidente* que los pasajes de esta Epístola relativos al celibato no son

(1) San Mateo, c. XIX, v. 11 y siguientes.

inspirados. La inspiración vuelve, dice ella, cuando San Pablo pasa á otro asunto.

El Apóstol dice con todas sus letras: «En cuanto á los vírgenes, no tengo precepto del Señor; es un consejo el que doy, habiendo obtenido yo mismos misericordia, á fin de ser fiel.» Esto es lo que enseña también la Iglesia católica: no obliga á nadie á guardar el celibato. Hace, es verdad, de este consejo una ley estricta para sus ministros, pero no obliga á ningún hombre á que abrace el sacerdocio; y cuando un cristiano tiene intención de hacerse sacerdote, acepta la condición de la castidad perfecta con una voluntad perfectamente libre y plena espontaneidad.

La razón de esta conducta de la Iglesia se encuentra también en San Pablo. Después de haber mostrado que el matrimonio es bueno y digno de respeto, añade: «Quiero que estéis exentos de inquietudes; el que no tiene mujer cuida de lo que pertenece al Señor, de cómo agradará al Señor. El que tiene mujer cuida de lo que pertenece al mundo, de cómo agradará á su mujer, y está dividido. La mujer no casada, así como la virgen, piensa en lo que es del Señor para ser santa de cuerpo y de alma; pero la que es casada piensa en lo que es del mundo, y en cómo agradará á su marido.» El Apóstol concluye: «El que casa á su hija *hace bien;* el que no la casa *hace mejor; bene facit...... melius facit.*

Hé aquí la cuestión admirablemente resumida: El matrimonio es bueno; el celibato es mejor. ¿Qué tienen que responder á esto los ministros? No soy yo quien hablo, es la Biblia. En realidad, digámoslo claramente, ellos se cuidan muy poco

de la Biblia, pero detestan con todo su corazón á los sacerdotes, verdaderos ministros del Evangelio. Quisieran casarlos para que fueran seglares y perdiesen el carácter de sacerdotes. No pueden consolarse de su impotencia para arrebatarles este celibato angelical, que los corona con una aureola santa, y les trae con tan justo título la confianza y la veneración de los pueblos.

Los astutos Filisteos quisieran dodavía por medio de Dálila hacer perder las fuerzas á Sansón. Pero escarmentado el segundo Sansón con el ejemplo del primero, no cae en el lazo; rechaza á Dálila, y presenta á los enemigos del pueblo de Dios las batallas invencibles de la fe.

XXII

Los Jesuítas.

Calvino miraba á los Padres de la Compañía de Jesús como á sus más temibles enemigos, y decía que era necesario ante todo desembarazarse de ellos. «Es preciso matarlos, escribía impudentemente, y si esto no puede hacerse fácilmente, es preciso arrojarlos, ó al menos arruinarlos con mentiras y calumnias». (1)

Los hijos de Calvino, y más tarde los de Voltaire, han recogido con una fidelidad edificante esta piadosa doctrina; y han obrado tan bien, han men-

(1) «Jesuitae vero qui se maxime nobis opponunt, aut necandi, aut, si hoc commode fieri non potest, ejiciendi aut certe mendaciis et calumniis opprimendi sunt».

tido tanto, han calumniado tan poderosa, tan impudentemente á los Jesuítas, que han conseguido hacer creer efectivamente á multitud de personas que estos santos sacerdotes son unos impostores, unos hipócritas, mentirosos, conspiradores, traidores, oscurantistas, asesinos, hombres perversos y peligrosos.

¿Será preciso decir que todo esto es falso? Los Jesuítas son respetables y admirables religiosos, abrasados de celo, infatigables en el servicio de la Iglesia y de las almas, siempre prontos para toda clase de buenas obras; son en la Iglesia lo que son en nuestro ejército las tropas selectas. Los protestantes y los impíos lo saben perfectamente; por eso los detestan y los calumnian hace tres siglos, con todo su corazón, con todas sus fuerzas, con toda su alma.

Podría citar aquí en favor de la Compañía de Jesús multitud de testimonios de plumas protestantes nada sospechosas; pero me atendré á uno solo, tan mordaz y chistoso como terminante: á la respuesta que dió nuestro buen rey Enrique IV al Parlamento y á la Universidad de París, que en Noviembre de 1603 había acusado ante el rey á los padres Jesuítas de todos los crímenes de que se les ha acusado siempre é imperturbablemente después.

«Os estoy muy agradecido, dice Enrique IV con su buen sentido y fina malicia, os estoy muy agradecido por el cuidado que tenéis de mi persona y de mi reino.

«Decís que la Sorbona ha condenado á los Jesuítas, pero lo ha hecho como vosotros, antes de conocerlos; y si la antigua Sorbona les ha tenido

ojeriza por envidia, la nueva ha hecho allí sus estudios y se jacta de ello.

«Decís que en vuestro Parlamento los más doctos no han aprendido nada con estos religiosos; si los más doctos son los más viejos, es cierto, porque habían estudiado antes de que los Jesuítas fuesen conocidos en Francia. Si á vuestro lado se estudia mejor que en cualquiera otra parte, ¿por qué razón vuestra Universidad ha quedado desierta por su ausencia, y se les va á buscar, no obstante todos vuestros decretos, á Douay, á Pon-à-Mousson y fuera del reino?»

«Decís también que se atraen los niños que tienen buenas disposiciones, y escogen los mejores: es un motivo para que yo los estime; ¿no escogemos nosotros los mejores soldados para la guerra?

«Decís que entran como pueden: lo mismo hacen los demás, y yo mismo he entrado como he podido en mi reino; pero es preciso confesar que su paciencia es grande, y para mí admirable, porque con paciencia y vida ejemplar lo consiguen todo.

«Decís que son grandes observadores de su instituto: eso los conservará. Por lo mismo no he querido cambiar en nada sus reglas; al contrario, quiero conservarlos en ellas.

«En cuanto á los eclesiásticos que se quejan de ellos, en todos tiempos la ignorancia ha sido enemiga de la ciencia; y he observado que cuando he tratado de restablecerlos, dos clases de personas se oponían especialmente á ello: los de la religión reformada, y los eclesiásticos de mala vida. Y esto precisamente me ha hecho estimarlos más».

Los Jesuítas han sido calumniados y persegui-

dos, y lo serán siempre; porque su santo Fundador pidió para ellos al morir la corona prometida por el Señor en su octava bienaventuranza en el sermón de la montaña: «¡Bienaventurados los que padecen persecuciones por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos! ¡Bienaventurado seréis cuando los hombres os aborrezcan y persigan y digan falsamente contra vosotros toda clase de mal, y rechacen vuestro nombre como malo, por causa mía y del Evangelio! ¡Alegraos y regocijaos en ese día, porque vuestra recompensa será grande en el cielo!»

He aquí la historia de los Jesuítas trazada de antemano. El odio especial que les declaran los impíos y los herejes es su más bello elogio.

XXIII

Los matrimonios mixtos.

Se llama *matrimonio mixto* la unión de un católico con una protestante, ó de un protestante con una católica.

La Iglesia ve con dolor esta clase de matrimonios, porque ordinariamente son una muestra de grande indiferencia en materia de religión, y tienen frecuentemente por consecuencia la educación herética de los hijos que nacen de ellos. Por mi parte, confieso que no concibo cómo un cristiano, un católico, por poco que se cuide de las cosas divinas, pueda escoger á una mujer hereje para compañera

de toda su vida, para madre de sus hijos, para directora de su casa.

La Iglesia muestra por todos los medios posibles cuánto le repugna esta clase de uniones. No solamente no las rodea de la majestad acostumbrada en las pompas nupciales, sino que prohibe expresamente á sus sacerdotes tomar otra parte en ellas que la de *simples testigos;* por esta razón se celebran estos matrimonios fuera de la iglesia, en la sacristía, sin ninguna bendición ni oración, en presencia del sacerdote revestido solamente de la sotana, sin sobrepelliz ni estola. Y todavía es preciso que los dos futuros cónyuges, la parte hereje como la católica, se obliguen anticipadamente y bajo el sello del más solemne juramento á educar en la religión católica á *todos* los hijos que nacieren de ese matrimonio, sean hombres ó mujeres; sin cuyo juramento la Iglesia se opone absolutamente á los matrimonios mixtos.

Siempre que veáis hijos de un matrimonio mixto educados en el protestantismo, estad seguros que son el fruto de un perjurio.

Cuando se han llenado todas las condiciones requeridas para estas lamentables uniones, y el matrimonio se ha celebrado en presencia del párroco, es bueno saber que está prohibido á los católicos ir á presentarse, como se hace algunas veces, á los pastores protestantes. Esto sería comunicar con herejes *in divinis*, es decir, en las cosas santas, y hacer una concesión culpable á la herejía. Una vez casado en la Iglesia Católica, ¿qué vais á buscar en el templo protestante? No es el lazo conyugal, pues que ya estáis casado; si vais al templo para oír leer algunos pasajes de la Biblia relativos

á los deberes de los esposos, no vale esto la pena de cometer un pecado de escándalo; podéis leerlos en vuestra casa una vez vuelto á ella.

Sabemos que los protestantes no miran el matrimonio como un sacramento; y si sus ministros han conservado el uso de hacer ir á los casados al templo, es porque esta ceremonia les trae hermosos escudos, sin lo cual sería inútil.

La disminución de la fe es la causa de estos matrimonios mixtos. Para que un cristiano descienda á semejante alianza religiosa, es preciso que haya perdido el sentimiento de la dignidad católica.

El matrimonio es un gran sacramento, del cual dependen muchas veces la felicidad y la salvación del esposo y de la esposa. ¡Desgraciados aquellos que no lo contraen según Dios, y prefieren á su fe arreglos de familia y de fortuna ó caprichosos sentimientos!

TERCERA PARTE

I

Lo que impide á los protestantes honrados hacerse católicos.

La ignorancia de la doctrina de la Iglesia Católica, hé aquí lo que impide la conversión de la mayor parte de los protestantes de buena fe.

Sus preocupaciones anticatólicas son casi invencibles. Estas preocupaciones son tanto más fuertes, cuanto que las han adquirido con la leche, se han desarrollado con la educación, y jamás reflexionan atentamente sobre ellas. Con la mayor buena fe, miran estos protestantes á la Iglesia Católica como una escuela de supersticiones añejas, á su autoridad santa como una tiranía y una usurpación puramente humanas, á sus sacerdotes como embaucadores que engañan al pueblo, y á sus hijos como ignorantes que creen ciegamente todo cuanto se les dice.

El gran Bossuet, después de sus controversias con los más célebres ministros de su tiempo, se había convencido de que el más serio, por no decir el único obstáculo á la conversión de los protestantes honrados, era su ignorancia; y compuso bajo la impresión de este pensamiento su famosa *Exposición de la doctrina católica*, que confundió

á todos los predicadores protestantes. Asombrados de ver tan sencillos, tan luminosos, tan grandes los dogmas que atacaban como ridículos y supersticiosos, acusaron á Bossuet de haber desfigurado por las necesidades de su causa la doctrina católica. Sometió éste inmediatamente su *Exposición* al examen del Soberano Pontífice y de casi todos los obispos de Francia, y publicó una segunda edición revestida de la aprobación auténtica de la Santa Sede, á la cual acababan de unirse cuarenta ó cincuenta adhesiones episcopales. No se necesitó más para traer á la Iglesia al famoso Turena, hasta entonces protestante, al marqués de Dangeau, nieto de Duplessis-Mornay, á quien se le había dado el sobrenombre de *Papa de los Hugonotes*, y con ellos á una multitud de personajes de distinción.

La ignorancia de los protestantes respecto de la doctrina católica excede á todo límite. ¿No afirman casi todos ellos que *adoramos* á la Santísima Virgen, que la miramos como á una diosa, y le atribuímos la omnipotencia divina? ¿No hay muchos que nos acusan igualmente de adorar al Papa, de vender el cuerpo y la sangre de Cristo, de tener una tarifa para la absolución de los pecados, y de admitir otros absurdos que se deberían avergonzar de imputar á hombres racionales é instruídos?

El libro que con preferencia debe ponerse en manos de un protestante, es el que ponemos nosotros en manos de nuestros niños: el *Catecismo* católico.

II

De las adoraciones idolátricas que los protestantes echan en cara á los católicos.

«Los católicos adoran á la criatura en lugar del Creador.» Este es un reproche familiar, un reproche que se repite á menudo en las cátedras protestantes, en los folletos y diarios de los pastores protestantes; y, por más que se les diga y se les repita que los católicos adoran solamente á Dios, nada se adelanta, y quedamos á sus ojos bien y debidamente convencidos de ser ni más ni menos tan idólatras como lo Hotentotes y los Cochinchinos.

Repitámoslo, sin embargo. Nosotros adoramos solamente á Dios; adoramos á N. S. Jesucristo, porque es Dios; no adoramos á la Virgen María ni á los Santos: los honramos, los veneramos, les rendimos el culto que es debido á la Madre y á los amigos fieles de nuestro Rey y Señor. Les suplicamos que rueguen por nosotros, porque sus oraciones son más puras y más agradables á Dios que las nuestras. ¿Puede haber cosa más natural? Es necesario tener muy poco entendimiento para encontrar en esto motivo de lanzar anatemas contra la Iglesia Católica.

En cuanto á la acusación que algunos protestantes aún más ignorantes ó más malévolos nos dirigen á veces de adorar al Papa, por demasiado extravagante no merece respuesta.

Quieren ellos ver forzosamente una adoración en todas nuestras genuflexiones. Esto carece de buen sentido. Nos ponemos de rodillas para que la humilde y religiosa postura de nuestro cuerpo, influyendo en el alma, la disponga á una oración más recogida, á una piedad más profunda. ¿Quién no conoce la influencia extraordinaria que tiene el cuerpo sobre el espíritu?

Es además muy natural que un corazón penetrado de respeto, de humildad, de penitencia, impela al cuerpo á humillarse á su modo, y á participar también del culto del espíritu.

Por esto nos arrodillamos, no solamente delante de N. S. Jesucristo, sino también á los pies de su santísima Madre á quien veneramos, delante de las reliquias de los mártires y de los santos, delante de las sagradas imágenes de la cruz. Dios no prohibe en su ley *venerar* las santas imágenes, prohibe *adorarlas* (1). ¿Cuál es el católico que adora y confunde con Dios una imagen de María, una reliquia, una cruz?

Arrodillémonos, pues, con humilde amor delante de los objetos sagrados del verdadero culto del verdadero Dios, y no solamente delante de estos sagrados objetos, sino también á los pies de nuestros obispos, á los pies de los sacerdotes de Dios, para recibir mejor su santa bendición; que no es

(1) Los protestantes tienen siempre en la boca el texto de Moisés; *No tendrás imágenes talladas;* pero muy pocas veces añaden el fin del mandamiento: *para adorarlas.* Nosotros no las adoramos, como tampoco los israelitas adoraban los dos grandes querubines de oro macizo que Moisés, por orden del mismo Dios, había colocado á los lados del arca de la alianza.

la bendición del hombre, sino la de Jesús que reside en ellos, y quien, por ellos bendice, alumbra y santifica el mundo.

III

Una palabra sobre los folletos y libelos protestantes.

Son de dos especies los pequeños folletos con que nos inundan las Sociedades Bíblicas: unos, y son el mayor número, son historias insignificantes de una piedad insípida y empalagosa, en que se habla invariablemente de personas que se convierten sólo á la vista de la Biblia, y de buenas mujeres que mueren santamente sin confesión, sin sacramentos y sin sacerdotes; en ellos se encuentra siempre un pastor virtuoso, tolerante, de suave y bíblico lenguaje; una piadosa señora abrasada de celo por el Evangelio, recorriendo las cabañas, consolando á los pobres y leyéndoles la Biblia. En estos pequeños tratados la Iglesia Católica no es atacada de frente; su peligro es todo negativo: consiste en corromper las ideas de los lectores, presentando á su admiración é imitación ejemplos de una religión enteramente opuesta al verdadero cristianismo. El mismo silencio que se guarda respecto de la Iglesia Católica es un pérfido ataque; este silencio calculado que se hace pasar por moderación, no es pacífico, es absolutamente hostil: tiende á enseñar que no se necesita de la Iglesia, y que se la debe separar de la vida común. Felizmente, estas historias están muy mal escritas, y

son sobremanera fastidiosas; por lo cual debemos dar muchas gracias á Dios.

Los folletos de la segunda especie, que se distribuyen con discernimiento, atacan de frente á la santa Iglesia. Frecuentemente no son sino violentas diatribas contra lo que la religión tiene de más venerable y sagrado. Son impudentes calumnias contra el clero católico, blasfemias contra la Madre del Salvador, y mentiras tan groseras y tan odiosas que es imposible atribuírlas á la sola ignorancia (1). Algunas veces, como el señor Obispo de Strasburgo lo denunciaba solemnemente en una pastoral recientemente publicada, estos folletos tienen un título católico, y están adornados, para engañar mejor á los incautos, con la imagen de la Santísima Virgen.

La distribución de estos libelos es para los protestantes una obra piadosa, que parece hacen en común las sectas divididas. Esta distribución toma cada año mayor desarrollo (2): el antiguo buhonero que viajaba en otro tiempo á paso lento cargado con su fardo, se ha transformado y multiplicado. El bello sexo protestante no desdeña este oficio, y toma en él una parte cada día más activa; los wagones van cargados de *evangelistas* con enaguas que, llenando sus faltriqueras, sus bolsas

(1) Los más agresores de estos libelos son los de los pastores Puaux y Roussel.

(2) En 1856 una sola Sociedad protestante, la llamada de los Tratados religiosos, de París, ha publicado *un millón veintiocho mil* de estos folletos; en 1857, *un millón y quinientos mil*. Otra Sociedad, que está establecida en Tolosa, se gloriaba en sus cuentas de 1856 de haber distribuído más de *veintidós millones* de estos libros desde su fundación.

de labor, sus cajas de sombreros, de estos folletos compuestos por sus respectivos ministros, parten para la cruzada, determinados á destruír el imperio de la superstición. Estas señoras ofrecen sus papeles, los distribuyen, los lanzan, los depositan, los deslizan entre las celosías, los introducen por debajo de las puertas, los prenden con alfileres en los árboles de los caminos, etc., etc.

Este género de apostolado no es nuevo; Lutero no lo desdeñaba. Al libelo infamatorio que fabricaba á su capricho y como maestro, su genio, no menos astuto que brutal, añadía la caricatura. Su amado discípulo, el angelical Melancton, le ayudaba en esta perversa obra, en que los dos ponían un especial cuidado. Estos libelos y caricaturas de tan santo origen eran de una obscenidad espantosa, y aunque ciertos puntos escabrosos sobre los cuales insistía Lutero por una inclinación natural estén más disfrazados en los folletos que se distribuyen en nuestra época, nos complacemos en creer que las piadosas viajeras que los difunden con tanto encarnizamiento no los leen todos.

Á estas producciones de la herejía opongamos las buenas lecturas; y el ardor protestante sirva á la gloria de Dios, reanimando nuestro celo por la difusión de los libros católicos.

IV

Cómo ciertos libelistas protestantes tendrían gran necesidad de instruírse en el arte de comprobar las fechas.

Entre los libelos que atacan directamente al catolicismo, hay algunos en que se pretende confundir para siempre á la Iglesia Católica convenciéndola de innovación y citando la fecha *precisa*, *absolutamente verídica*, de la invención de cada uno de los dogmas que enseña.

La táctica no carecería de habilidad si los sabios ministros, autores de estos pequeños escritos, se tomasen el trabajo de entenderse antes de publicarlos. Por no hacerlo así, se exponen á contradecirse unos á otros, lo cual perjudica mucho al efecto que se proponen. Siendo las fechas que ellos indican tomadas ordinariamente por una y otra parte al acaso, sería un verdadero milagro que se encontrasen acordes en asignar una misma. Tengo á la mano dos de estas cronologías: la una publicada en Inglaterra, (1) tiene por título: *Fechas de las adiciones de nuevas doctrinas por la Iglesia Romana;* la otra, impresa en Angers en 1846, por el chistoso pastor Puaux, está institulada: *Partidas de nacimiento.*

Ahora ved la conformidad perfecta de estos dos historiadores de *buena fe.*

(1) Balington y Bulton Horncastle.

Fechas fabricadas por el anónimo inglés.		*Fechas fabricadas por el reverendo Puaux.*	
Invocación de los Santos, inventada en	700	Culto de los Santos, inventado en	375
Supremacía del Papa,	1215	Supremacía del Papa,	600
Libros apócrifos,	1547	Libros apócrifos,	1564
Los siete Sacramentos,	1547	Los siete Sacramentos	1160

Y así consecutivamente. *Mentita est iniquitas sibi:* la iniquidad se ha mentido á sí misma.

Fuera de la cronología Puaux, hay ciertas fechas que los protestantes asignan con bastante uniformidad á la pretensa *invención* de algunos de nuestros dogmas ó de algunas de nuestras prácticas religiosas.

Por ejemplo, para la confesión, que ha sido siempre su pesadilla, fijan triunfalmente el año de 1215, y muy recientemente, para la Inmaculada Concepción, el año de 1854; nos presentan estas fechas con aire de vencedores y exclaman: «¡Así es como se hacen vuestros dogmas!»

No hay nada más limitado y al mismo tiempo más impertinente que la semi-ciencia. Los protestantes verdaderamente instruídos se guardan bien de avanzar semejantes necedades; saben como nosotros que en 1215 el Papa Inocencio III en el concilio de Letrán no hizo sino ordenar el uso anual del sacramento de la Penitencia instituído por Nuestro Señor y practicado desde el origen de la Iglesia; saben que el 8 de Diciembre de 1854, el Soberano Pontífice Pío IX no ha *inventado* por cierto la doctrina de que la Madre de Dios ha sido exenta del pecado original, sino que simplemente ha proclamado y hecho obligatoria para todos la

antigua doctrina de la Iglesia á este respecto. Antes de esta proclamación, el dogma de la Inmaculada Concepción existía como existe ahora, puesto que se celebraba su fiesta en todo el catolicismo desde tiempo inmemorial; pero no había sido *definido oficialmente*, y se podía, sin hacerse hereje, engañarse sobre punto de doctrina, como les ha sucedido á algunas grandes inteligencias, y aún á algunos santos, que, sin embargo, profesaban á la Virgen María un amor ardiente y profundo.

Decir que Pío IX ha inventado el dogma de la Inmaculada Concepción, é Inocencio III el de la confesión, es como si se dijera que el concilio de Nicea ha inventado el dogma de la santísima Trinidad y el de la Divinidad del Verbo, cuando en 325 *definió* contra los Arrianos estas dos grandes verdades. Antes del concilio de Nicea, la Iglesia creía en la Trinidad y en la Encarnación, como antes del Concilio de Letrán profesaba y practicaba el sacramento de la Penitencia, como antes del 8 de diciembre de 1854 creía y honraba la Inmaculada Concepción de la Madre del Señor.

Los dogmas católicos son la verdad religiosa. La verdad no se fabrica, *existe* eterna é inmutable. La Iglesia es su depositaria, y guiada por su divino jefe, que es Nuestro Señor, proclama sus doctrinas á medida que los innovadores se atreven á negarlas, ó bien cuando lo cree útil á la santificación de sus hijos.

V

La tolerancia protestante.

Entre las preocupaciones que corren en el mundo, hay una muy esparcida, no solamente en las filas del protestantismo, sino también entre algunos semi-católicos. «Si la Reforma ha hecho mal, dicen, si ha hecho correr mucha sangre y desmoralizado países enteros, al menos ha traído al mundo un bien inapreciable: *la tolerancia religiosa*».

Nada es más falso, nada menos fundado que esta preocupación histórica. En donde quiera que el protestantismo es dueño de sus acciones es intolerante y perseguidor. Sin duda no lo es en todas partes en el mismo grado; pero ¿no sabéis de dónde procede esto?—De que no tiene en todas partes el mismo grado de poder. Para perseguir no basta querer, es preciso poder. El protestantismo felizmente no puede siempre lo que quiere; pero siempre, hágasele justicia, en materia de intolerancia hace lo que puede.

En donde quiera que la Reforma se ha introducido lo ha hecho violentamente, y sus primeros frutos en Alemania, en Ginebra, en Inglaterra, en Suecia, han sido invariablemente la guerra civil, las proscripciones y los asesinatos. Y es muy natural: la Reforma es una revolución, y todo revolucionario es tiránico por naturaleza.

Una vez establecido, el protestantismo se ha mantenido por las mismas violencias. Todo el mundo sabe lo que es el protestantismo inglés respecto de los católicos, las sangrientas leyes que ha

dado y ejecutado, y con qué despotismo feroz desola aún en este momento á la fiel y desgraciada Irlanda.

Un célebre historiador inglés *protestante*, William Cobbett, se ha visto obligado por su conciencia á dar contra su Iglesia nacional este espantoso testimonio: «Esta Iglesia, dice, la más intolerante que ha existido, se mostró al mundo armada de cuchillos, de hachas é instrumentos de suplicio; sus primeros pasos fueron señalados con la sangre de sus innumerables víctimas, mientras que sus brazos se doblaban bajo el peso de sus despojos». Refiere actos oficiales del Parlamento probando que, á consecuencia de las hogueras y de los cadalsos levantados contra los católicos, la población de Inglaterra fué *diezmada* en menos de seis años. Pena de muerte se pronunciaba y se ejecutaba desapiadadamente contra todo sacerdote católico que era convencido de haber celebrado misa; pena de muerte contra cualquiera que se atrevía á dar asilo á un sacerdote; pena de muerte contra cualquiera que rehusaba reconocer que la Reina Isabel era el jefe de la Iglesia de Jesucristo. Castigábase con una fuerte multa á cualquier ciudadano que no asistía á los oficios protestantes, y la lista de las personas á quienes se ejecutó por el solo crimen de catolicismo durante el reinado de Isabel, formaría, añade el historiador protestante, una lista diez veces más larga que la de nuestro ejército y nuestra marina reunidos.

«La Iglesia de Inglaterra no ha cambiado: ha conservado su mismo carácter desde el día de su establecimiento hasta ahora; y en Irlanda han sobrepujado sus atrocidades á las de Mahoma. Sería

necesario un volumen para referir sus actos de intolerancia (1)».

De la misma manera ha intentado introducirse en Francia el calvinismo. Por más de un siglo, la historia de nuestra patria no refiere sino rebeliones, sediciones y saqueos cometidos por los hugonotes en donde quiera que penetraba su doctrina. Todo este período no es sino un tejido de desórdenes, de perfidias, de crueldades. ¡Y no hay de qué admirarse, pues Calvino predicaba atrevidamente que era necesario echar abajo á los reyes y á los príncipes que no querían abrazar el protestantismo, *y escupirles á la cara más bien que obedecerles.* Bajo las órdenes de Coligny, los calvinistas revolucionarios formaron el proyecto de robar de su palacio al rey de Francia todavía niño; habiendo errado el golpe, se apoderaron de Orleans, devastaron las orillas del Loira, la Normandía, la Isla de Francia, y particularmente el Languedoc, en donde cometieron las crueldades y profanaciones más odiosas. En Montauban, en Castres, en Beziers, en Nîmes, en Montpeller, estos grandes predicadores de la tolerancia y de la libertad de conciencia prohibieron bajo las penas más rigurosas todo ejercicio del culto católico. Todo el mundo conoce al famoso barón de Adrest, jefe calvinista, que habiendo tomado á Montbrison se dió el inocente placer de hacer saltar de lo alto de una torre al resto de la guarnición, que había caído prisionera. Tal es, poco más ó menos, el trato

(1) Carta de Sir William Cobbett á Lord Tenderden, jefe de la justicia de Inglaterra, que había en pleno Parlamento elogiado la tolerancia del protestantismo inglés.

que los protestantes hicieron sufrir á todas las ciudades que cayeron en su poder: iglesias profanadas, robo de vasos sagrados, sacerdotes y religiosos arrojados ó asesinados, las atrocidades más bárbaras, unidas á los sacrilegios más abominables. Estos son hechos históricos que nadie disputa, ni aún los protestantes que dejan escapar imprudentemente algunas veces sus votos por la vuelta de aquellos felices tiempos del protestantismo francés.

No se puede leer sin estremecerse de horror las atrocidades cometidas por los holandeses para extender el protestantismo en los Países Bajos, y particularmente las torturas y suplicios á que recurrió el *celo religioso* de los enviados por el príncipe d'Orange, Lamark y Sonoy. Este último pasaba por maestro en el arte de atormentar los cuerpos para perder las almas. Hé aquí la descripción que una pluma protestante y holandesa nos ha dejado de los medios empleados por este tigre para martirizar á los católicos fieles á su religión: «Los procedimientos ordinarios de la tortura más cruel, escribe Kerroux, fueron los menores tormentos que se hizo soportar á estos inocentes. Sus miembros dislocados, sus cuerpos hechos pedazos por golpes de varas, eran en seguida envueltos en lienzos empapados en aguardiente, á los cuales se ponía fuego; y permanecía en este estado hasta que su carne ennegrecida y arrugada dejaba ver desnudos los nervios de todas las partes del cuerpo. Muchas veces se empleaba hasta media libra de azufre para quemarles los sobacos y las plantas de los pies. Martirizados de este modo, se les dejaba muchas noches seguidas tendidos en el sue-

lo, descubiertos, y á fuerza de golpes se les impedía hasta el alivio del sueño. Por todo alimento se les daba arenques y cosas de esta especie, á propósito para encender en sus entrañas una sed devoradora, sin concederles siquiera un vaso de agua; y no pocas veces enviaba Sonoy al servicio de este espantoso tribunal cierto número de ratas que se colocaban sobre el pecho y el vientre de estos desgraciados, bajo un instrumento de piedra ó de madera fabricado para este efecto y cubierto de combustible. En seguida se ponía fuego á los combustibles; de este modo se obligaba á los animales á roer la carne de la víctima, y abrirse paso hasta el corazón y las entrañas. Después se cauterizaban las llagas con carbones encendidos, ó bien se hacía correr tocino derretido sobre estos miembros ensangrentados...... Otros horrores más repugnantes aún fueron inventados y puestos en ejecución con una sangre fría de que apenas podrá encontrarse ejemplo entre los caníbales; pero la decencia nos prohibe continuar (1)».

Lo que la tolerancia protestante ha hecho en Inglaterra, lo que ha querido hacer en Francia y en Holanda, lo hace todavía en Suecia. Allí también se estableció la Reforma por la violencia y la sangre, y las leyes religiosas de este país han conservado toda la barbarie que permite el espíritu de nuestro siglo. En este mismo año en que escribo acaban de ser condenadas á destierro seis familias, y despojadas de todos sus bienes, únicamente por haber abrazado la fe católica. En No-

(1) *Compendio de la Historia de Holanda*, por M. Keroux, tomo II, pág. 310.

ruega, en Dinamarca, en Prusia, en Ginebra, en donde quiera que domina el protestantismo, se muestra enemigo encarnizado y ciego destructor de los católicos. Estando á sus anchas, desdeña todas esas consideraciones hipócritas que le dan tan frecuentemente entre nosotros la apariencia de moderación; y dice abiertamente lo que quiere y lo que espera.

En el sínodo protestante de Brema, exclamaba un pastor de Herbelfeld, M. Sander, hablando del Papa y de los religiosos de la Compañía de Jesús: «Las autoridades protestantes no deben permitir que *existan*; menos deben permitir aún que gocen de libertad».

En Ginebra, los protestantes, envidiosos de los progresos del catolicismo, han formado de común acuerdo una liga ó asociación en la que se comprometen: á no comprar nada á los católicos; á no emplearlos en ningún trabajo, y á procurar de este modo reducirlos á la más completa indigencia; á obrar de manera que solamente los protestantes obtengan los cargos y empleos.

¡Y todo esto se hace por hombres que reclaman con indignación la libertad y la igualdad de cultos en los países en que forman una imperceptible minoría, por hombres que no hablan sino de libertad de conciencia, de caridad cristiana, de religión, de paz y de amor; por hombres que no creen en Jesucristo y entre quienes se tiene libertad de ser incrédulo, panteísta, ateo, pero nó católico!

VI

La intolerancia católica.

Hemos visto lo que se debe pensar de la pretendida tolerancia de los protestantes; veamos ahora lo que hay acerca de la acusación común de intolerancia que ciertas personas dirigen contra la Iglesia Católica. Esta acusación encierra una verdad y una mentira. La Iglesia es intolerante en materia de doctrina. Esto es muy cierto; no solamente lo confesamos, nos gloriamos de ello. La verdad es intolerante por naturaleza. En religión, como en matemáticas, lo que es cierto, es cierto, y lo que es falso, es falso. Imposible hacer el menor convenio entre la verdad y el error; imposible á la verdad hacer la menor concesión. Esta concesión, por mínima que se la suponga, sería la destrucción inmediata de la verdad. Dos y dos son cuatro; esto es lo que se llama una *verdad*. Luego cualquiera que diga de otra manera, dirá una mentira; que sea en más ó en menos el error, será siempre error; que se engañen en un milésimo ó en un millonésimo, siempre se estará fuera de la verdad, mientras no se diga que dos y dos son cuatro.

La Iglesia trae al mundo y conserva en él verdades tan ciertas como las verdades matemáticas, y que tienen consecuencias mucho más importantes. Enseña y defiende estas verdades con tanta intolerancia como la ciencia matemática enseña y defiende las suyas. ¿Hay cosa más legítima? Sólo la Iglesia Católica, en medio de las diferentes sociedades cristianas, declara que ella posee la verdad absoluta, fuera de la cual no hay verdadero

cristianismo; sólo ella puede ser, sólo ella debe ser intolerante. Sólo ella puede y debe decir, como lo hace dieciocho siglos ha en sus concilios: «Si alguno piensa ó enseña de una manera contraria á mi doctrina, que es la verdad, sea anatematizado».

Pero Nuestro Señor, que ha confiado á la Iglesia el depósito de la verdad, le ha dejado también su espíritu de caridad y de paciencia. Intolerante para las doctrinas, la Iglesia es misericordiosa para las personas, y jamás ha empleado los medios legítimos de rigor, sino después de haber tentado todos los caminos de dulzura y de persuasión.

Jamás ha herido sino en el último extremo y jamás ha herido sino á los incorregibles. Entonces ha debido hacerlo para preservar del contagio á las almas de los fieles, para poner fin á los escándalos, para llenar el gran deber de la justicia que no es menos divino que el deber de la misericordia.

En su paciencia como en su rigor, en su tolerancia hacia las personas como en su intolerancia respecto de las doctrinas, la Iglesia Católica imita fielmente á su Jefe y á su Dios, Nuestro Señor Jesucristo, que es la Verdad misma, la Misericordia y la Justicia.

En cuanto á las mentiras de los historiadores anticatólicos sobre la pretendida barbarie de la Iglesia en la edad media, ellas caen cada día en mayor descrédito en nuestros tiempos, ante los trabajos concienzudos de una nueva generación de historiadores más imparciales que sus antecesores. «Para poder vivir, se había visto obligado el protestantismo á hacerse una historia propia», decía el célebre historiador Augusto Thierry, poco sospechoso, como se sabe, en favor de la Iglesia.

Los mismos protestantes, deponiendo el espíritu de partido, vienen á dar testimonio contra estas antiguas calumnias, exageraciones culpables y pérfidas insinuaciones de que están llenos los libros de historia. «De tres siglos á esta parte, ha dicho M. de Maistre, la historia es una conspiración permanente contra la verdad».

VII

La Inquisición, la noche de San Bartolomé, las Dragonadas de Cevenes.

Algunas palabras todavía para terminar esta cuestión de la intolerancia católica.

Hay ciertos hechos históricos que los protestantes no pierden jamás ocasión de echar en cara á los católicos para convencerlos de intolerancia: estos son la *Inquisición*, la noche de *San Bartolomé* y las *Dragonadas* de Cevenes.

Varios romances y dramas se han compuesto sobre estos asuntos; pero los autores de folletines y comedias no se creen obligados á respetar la historia, y no es á ellos á quienes generalmente se dirigen las personas que tienen sentido común y que buscan la verdad.

I. ¿Qué fué pues esa *Inquisición* de que todavía en nuestros días se hace un espantajo tan terrible? Los romances populares la representan como un tremendo tribunal, erigido en todos los países católicos, que martiriza á las pobres víctimas en sombríos calabozos, y que acaba por quitarles la vida en hogueras perpetuamente encendidas.

El historiador protestante Rancke, y el protestantísimo M. Guizot, reconocen con probidad que la Inquisición española ha sido ante todo una institución política, destinada á custodiar la unidad de la España. Los reyes de España veían en la herejía el más peligroso enemigo de la paz de su reino, y la declararon con ese motivo crimen de *lesa patria*. No pudiendo juzgar por sí mismos ni por sus tribunales civiles las cuestiones de fe, establecieron un tribunal eclesiástico encargado de interrogar á los acusados, y de juzgar de su ortodoxia. Los inquisidores de la fe hacían conocer al príncipe el resultado de sus pesquizas, y éste hacía entonces lo que le parecía conveniente.

Se puede apreciar diversamente la institución del tribunal de la Inquisición en España; y es justo vituperar los abusos y las crueldades con que las pasiones políticas mancharon algunas veces este tribunal. Pero es difícil ver en el papel formidable que representó allí el clero otra cosa que el ejercicio más legítimo y más natural de la autoridad religiosa. El examen de las cuestiones de la fe, ¿no pertenece de derecho divino á la Iglesia? ¿y qué hombre de buena fe confundirá esta función exclusivamente religiosa, con el oficio de verdugo?

Por otra parte, se ve que los Papas han procurado siempre moderar el rigor de la Inquisición española, aunque no dependiese de ellos de ninguna manera, siendo, como lo hemos visto, una institución política del rey de España.

II. «Pero la noche de San Bartolomé, se dirá, esa mortandad espantosa ordenada por la Iglesia Católica en que perecieron tantos protestantes?»

La noche de San Bartolomé, más aún que la Inquisición de España, es un hecho político. Los protestantes se rebelaban contra la autoridad legítima del rey, formaban en la nación una nación aparte, nación turbulenta y revolucionaria. El joven rey Carlos IX y la orgullosa Catalina de Médicis, su madre, estaban amenazados en su libertad y en su vida por la conjuración de Amboise; y se veían obligados á huír ante la conjuración de Meaux. Los jefes del partido protestante se hacían cada día más insolentes. Irritados por estas violencias, quiso la reina desembarazarse de los rebeldes, é hizo servir á su venganza la exaltación religiosa exacerbada en Francia por los furores de los hugonotes. La religión fué, pues, el pretexto, pero no la verdadera causa de la mortandad de la noche de San Bartolomé. Todas las personas instruídas lo saben; ¿por qué pues los escritores protestantes no tienen la buena fe de confesarlo?

«Pero en Roma, añaden, el Papa hizo cantar un Tedéum con motivo de esta odiosa carnicería.»—Efectivamente, pero el Papa Gregorio XIII fué engañado por falsas noticias. El Papa recibió un pliego de la corte de Francia en el que se le avisaba que el rey y su familia acababan de escapar de una nueva conjuración de los hugonotes, y que los autores y cómplices habían sido castigados. Dió públicamente gracias á Dios por este acontecimiento. Ignoraba entonces los excesos deplorables de esa triste noche, excesos que la pasión y el espíritu de partido han exagerado extraordinariamente, pues que en toda Francia, y á pesar del deseo de aumentar el número de las víctimas, el *Martirologio protestante* impreso en esa época no pudo ha-

llar más que setecientos ochenta y seis nombres para la Francia entera. Porque esos hombres sublevados contra su soberano fueron degollados como calvinistas, ¿hay razón de imputar su muere á la Iglesia Católica? Todo lo odioso de la noche de San Bartolomé pesa y pesará únicamente sobre el carácter maquiavélico de la política de Carlos IX y de su madre.

Con este motivo, y sin querer de niguna manera excusar lo que es inexcusable, séame permitido hacer una observación importante. Las instituciones y los hombres llevan siempre el sello de su tiempo. En los últimos siglos las costumbres públicas eran duras y rudas, y todo se resentía de esta rudeza, los hombres y las cosas, el bien y el mal. Además el sentimiento religioso dominaba todos los otros. La violencia de la agresión protestante vino pues á estrellarse contra una vivacidad de fe, de que no tenemos siquiera idea; es preciso atribuír á esto en gran parte el carácter estremo de muchos hechos históricos de esa época.

III. Aunque esta dureza de costumbres comenzase á suavizarse en Francia en tiempo de Luis XIV, produjo todavía efectos lastimosos cuando la revocación del edicto de Nantes. No quiero juzgar aquí este gran acto de este gran rey; es preciso solamente reconocer que en las crueldades ejercidas contra los *hugonotes* en ciertos parajes de las Cevenes, los agentes y los *dragones* de Luis XIV extralimitaron mucho las órdenes de su señor, y fueron los verdaderos culpables. Irritados al ver á los protestantes romper la unidad de la nación, conspirar sordamente con las pontencias extranjreas, mantener continuas relaciones con Inglate-

rra, la enemiga de la Francia, Luis XIV quiso purgar el país de esta levadura de discordia. Reclamaba tanto los derechos de su corona como los de la religión, y creyó deber emplear allí la fuerza. Pero todo el mundo sabe cuán contrario se mostró á estas violencias y crueldades el clero de Francia, y especialmente Bossuet y Fenelón, simpatizando sin embargo con el pensamiento del rey. ¿En qué paran ante estas simples observaciones las acusaciones de los enemigos de la fe, y de qué manera las *dragonadas de las Cevenes* pueden servir de argumento contra la Iglesia?

Hé aquí pues tres hechos, tres crímenes políticos, si se quiere, de que los protestantes hacen responsable á la Iglesia trescientos años há. Con cuánta razón el bienaventurado San Francisco de Sales, á vista de tantas calumnias con que los herejes desde su tiempo atacaban á la Iglesia Católica, la comparaba á la casta Susana falsamente acusada por aquellos que se tenían por jueces incorruptibles de Israel. Esta santa mujer arrastrada al suplicio tenía su fortaleza en su inocencia, y decía: «Dios eterno, que conoces todas las cosas, tú sabes que ellos dan un testimonio falso contra mí, y que no he hecho nada de lo que tan perversamente me imputan». Entonces Dios inflamó en su espíritu de verdad el corazón del joven Daniel, que exclamó en medio de la multitud: «¡Insensatos! ¿por qué condenáis á una hija de Israel sin juzgar y sin conocer la verdad?» Y el pueblo hizo justicia á la inocencia y santidad de la casta Susana.

VIII

Los mártires protestantes.

¿El protestantismo tiene mártires?—Él lo cree, y se engaña.

Un *mártir* es un hombre que da su vida por permanecer fiel á la fe de Jesucristo. Muere, no por opiniones personales, sino por la doctrina de la Iglesia de Dios; no es *pertinaz*, es *fiel*. Todo cristiano á quien se da la muerte por odio á la fe, es pues un mártir.

Los pocos protestantes que han perdido la vida á causa de sus opiniones religiosas ¿han sido mártires? Nó, porque ellos han sacrificado su vida á ideas personales, á convicciones puramente humanas, prefiriendo su propio juicio á la misma vida; esta muerte es el acto supremo del orgullo, mientras que el martirio verdadero es el acto supremo de la humilde sumisión y del desprendimiento de sí mismo. No basta dar la vida para ser mártir. Es preciso darla por la verdad, cuyo honor exige algunas veces hasta el sacrificio de la sangre.

El carácter de todos los pretendidos mártires de las sectas reformadas es, ante todo, el fanatismo, la exaltación, el furor, atributos todos del orgullo; al contrario, los verdaderos mártires, los que la santa Iglesia da á Jesucristo desde San Esteban hasta nuestros misioneros y nuestros héroes de hoy, mueren todos en la paz de Dios, mansos y humildes, como inocentes víctimas, perdonando con amor

á sus verdugos, y dignos de Jesús en su muerte así como en su vida.

Sólo la Iglesia católica engendra mártires, como sólo ella engendra santos.

IX

Un ejemplo de la moderación protestante.

Por una táctica que denota más habilidad que buena fe, vemos á ciertos ministros quejarse incesantemente en sus periódicos, en sus documentos oficiosos y oficiales, de la violencia de los escritores católicos; en desquite, no se cansan de alabar la suavidad y la moderación de su actitud respecto de la Iglesia.

Á esta acusación como á esta pretensión, hay tres cosas que responder:

1.º Lo que los protestantes llaman violencia entre los escritores católicos, no es otra cosa que el celo ardiente de la verdad, aquel celo que devoraba á Nuestro Señor Jesucristo cuando arrojaba á los vendedores del templo, y cuando pronunciaba contra los Fariseos y Escribas sus fulminantes anatemas.

2.º Los católicos no atacan al protestantismo, se *defienden* contra los ataques de los protestantes. El protestantismo es una insurrección esencialmente injusta contra la Verdad y contra la Iglesia, y los hijos de la Iglesia y de la Verdad no lo combaten nunca sino para rechazar su agresión y conservar su fe.

3.º En fin, sucede en esta moderación de los protestantes en su polémica, lo que sucede en su tolerancia. Es falso que la tengan; y podemos sin temor rechazarles la acusación que nos dirigen. Hé aquí una prueba que tiene un carácter general á causa de la publicidad que la rodea, publicidad á la que han concurrido las prensas protestantes y socialistas reunidas:

Hay un libro que los diarios protestantes de las principales sectas de Francia, *le Lien*, l' *Espérance*, *les Archives*, han anunciado con igual celo en el número de sus libros de propaganda más recomendado; un libro que se vende en las librerías protestantes de París, en donde yo mismo me lo he procurado. Este libro es la antigua obra nuevamente reimpresa del luterano Marnix de Saint-Aldegonde con un prólogo de M. Quinet.

Abro este libro contra el cual *ninguno* de los órganos del protestantismo ha escrito una sola línea de censura, y el cual por el contrario han anunciado *todos* sin restricciones ni reservas; y hé aquí lo que encuentro en él:

En su prólogo leo las frases siguientes: «Trátese aquí, no solamente de refutar el papismo sino de extirparlo; no solamente de extirparlo, sino de *deshonrarlo;* no solamente de deshonrarlo, sino... *de ahogarlo en el cieno*», pág. 7—«Es necesario que el catolicismo caiga».

«El que emprende desarraigar una superstición caduca y *perjudicial* (el catolicismo), si tiene autoridad, debe ante todo alejar esta superstición de la vista de los pueblos y hacer su ejercicio absoluta y materialmente imposible, al mismo tiempo que quite toda esperanza de verla renacer», pág. 31.

«El despotismo religioso (es decir, la religión católica) no puede ser extirpado sin salir de la legalidad.... Ciego, llama contra sí *la fuerza ciega*», pág. 31.

«No haya tregua con el injusto», p. 32.

«El principio que sienta que todas las religiones son iguales, es la negación de toda filosofía, de toda ciencia, de toda historia...Hay una religión que se gloría de ser incompatible con las libertades modernas. Si la Revolución francesa hubiera visto claramente esta diferencia, hubiera podido, concentrando sus fuerzas, sus enemistades, sus decisiones, *eliminar* este culto que excluye la civilización moderna. Pero...*careció de audacia*..., y el culto (católico) que tenía misión de arruinar, ha salido de sus manos más entero, más invencible que nunca; no volvamos á caer en la misma falta». Pág. 57 y siguientes.

Esto es hablar sin disfraz, y al menos sabemos á qué atenernos sobre la conducta que tendría respecto de la Iglesia cristiana el protestantismo triunfante. Ante estas manifiestas violencias, ante estas excitaciones públicas al odio y á la destrucción de la religión, ¿quién se atrevería á desaprobar que nosotros los cristianos nos levantásemos para defender nuestra fe y nuestra vida?

Por otra parte, no debe asombrarnos demasiado esta increíble provocación á la persecución y á la ruina de la Iglesia á sangre y fuego. M. Quinet no hace en esto otra cosa que repetir con acento debilitado las declamaciones sanguinarias de los fundadores del protestantismo, y lo que él dice hoy, Lutero y Calvino lo decían y lo escribían hace trescientos años, con un furor tan violento que quizá

no ha llegado nunca á igualarlo el de los revolucionarios de nuestros días.

«Jamás ha sido proferido en ninguna lengua, dice M. Augusto Nicolás en su excelente obra *El Protestantismo*, nada que se aproxime á la sanguinaria violencia de los escritos de Lutero. Su libro titulado: *El Papado de Roma instituído por el Diablo*, es una mancha que ensuciará eternamente, no sólo la literatura alemana, sino también los anales del género humano.»—«El Papa (me horroriza trascribir estas espantosas líneas), el Papa es el diablo. Si yo pudiera matar al diablo, ¿por qué no había de hacerlo, aún con peligro de mi vida? El Papa es un lobo rabioso, contra el cual todo el mundo debe armarse, sin esperar siquiera la orden de los magistrados; en esta materia no puede tener lugar el arrepentimiento, si no es por no haberle introducido la espada en el pecho...Sería preciso, cuando el Papa está convicto por el Evangelio, que todo el mundo le cayese encima y le quitase la vida con todos aquellos que están con él, reyes, príncipes y señores, sin miramiento alguno hacia ellos. Sí, deberíamos caerles encima con toda clase de armas y lavarnos las manos en su sangre...Los monarcas, los príncipes y los señores que forman parte de la turba de la Sodoma romana, deben ser atacados con toda clase de armas; y es preciso lavarse las manos con su sangre...» (T. IX, f. 24. *b*.—ed. Witt. *cit*).

¿Y qué diremos de Calvino, que tenía á cada instante en la punta de su pluma los epítetos de bribones, borrachos, locos furiosos, rabiosos, bestias, puercos, asnos, perros; de Calvino, que ha trazado estas líneas ya citadas: «En cuanto á los Je-

suítas, que nos son sobre todo contrarios, es preciso matarlos, ó si esto no puede hacerse fácilmente, es preciso arrojarlos, ó al menos abrumarlos con mentiras y calumnias! *Jesuitae vero, qui se maxime nobis opponunt, aut necandi, aut si hoc commode fieri non potest, ejiciendi, aut certe mendaciis et calumniis opprimendi sunt*». (1)

Recordemos lo que M. Quinet aconseja con otras palabras casi idénticas á las que acabamos de citar: «Es necesario extirpar el papismo, deshonrarlo y ahogarlo en el cieno»; y se comprenderá por las espantosas invectivas de Lutero y Calvino, las simpatías de los revolucionarios de nuestros días por el protestantismo; pero no se comprenderá cómo periódicos protestantes que se llaman moderados, hayan anunciado el libro de Marnix y su prefacio, y cómo librerías protestantes le hayan puesto en venta.

Por lo demás, el libro de Marnix está lleno de tales obscenidades, de infamias tan repugnantes, que, á falta de indignación cristiana, el respeto á mis lectores y á mí mismo me impediría citarlas. Yo había intentado hacerlo; pero he debido renunciar á esta asquerosa tarea. Hay blasfemias que no es permitido á un cristiano repetir, ni aún para inspirar horror á ellas. Y sin embargo, hé aquí un libro protestante reimpreso en Bélgica después de tres siglos, por una suscripción nacional de protes tantes, de incrédulos y de franc-masones, que se ha vendido (si no se vende todavía) públicamente en París, en un país católico!

Admírense ahora los protestantes de la indigna-

(1) *Del Protestantismo*, por A. Nicolás, págs. 469 y 470

ción generosa de los católicos; quéjense del ardor con que los hijos de la Santa Iglesia sienten y rechazan las injurias que se prodigan á su madre; gloríense todavía, si se atreven, de su *dulzura* y de su *moderación!*

«Estos moderados, me decía un día con mucha gracia un presbítero italiano, son personas de una rabia infinita: *Questi moderati sono gente di rabbia infinita*».

X

De las pretendidas persecuciones de que se dicen víctimas los protestantes.

Así como es una de las costumbres de los protestantes perseguir en donde quiera que tienen mayoría, así es una de sus manías quejarse de que se les persigue en donde quiera que están en minoría. Si se ha de creer á un gran número de ellos, ahora mismo están perseguidos en Francia: pretensión tan extravagante, que antes de refutarla es preciso establecerla bien.

No tendré que ir muy lejos para encontrar esta prueba. Hé aquí lo que se atrevía á decir públicamente, en una de las grandes salas de Queent-Street en Edimburgo, en el mes de Abril de 1857, un pastor protestante de Limoges, M. Le Saboureux:

«Tengo buenas noticias que daros de la madre patria (la Francia.) La luz tan débil del Evangelio, hace allí progresos. Nuestros padres habían dejado extinguir el protestantismo, á pesar de las luchas de nuestros *buenos hugonotes*, pero las antiguas iglesias nacionales se despiertan. Las nacio-

nes *como la Francia*, la España, etc., bajo la dominación de Roma, son *naciones muertas* (¡gracias por el cumplimiento!). El romanismo es enemigo del bien moral. El barrio de Villa-Favard se ha hecho protestante; hemos *barrido los santos* de toda la Iglesia (¡gracia por la moderación!). Hemos establecido diez escuelas en el departamento de Allier, y *con dinero* nos hubiéramos hecho protestantes en mayoría (¡gracias por la confesión!). Pero después del golpe de estado, ha aparecido un hombre que se ha plegado á las ideas católicas, ha cerrado nuestras escuelas, nos ha hecho comparecer ante los tribunales. *¡Estamos ahora ocultos en los bosques!!!* Con todo, el progreso continúa. En Limoges ha sido impedida la obra por un camino de hierro ¡y si hubiéramos sido romanos, la administración no nos hubiera inquietado!» ¡Y el ministro limosino termina pidiendo á Dios *la libertad!*

Las correspondencias francesas del diario inglés y protestante, el *Times*, hacen de la situación en que gimen los protestantes de Francia, un cuadro aún más sombrío. Son pobres pastores injustamente puestos en la cárcel; templos, escuelas, también injustamente cerrados: «Sí, exclaman dolorosamente estas correspondencias *verídicas*, se han visto poblaciones enteras obligadas, como sus padres, á *refugiarse en los bosques* para entregarse al ejercicio de su culto. A fin de escapar á las persecuciones de su policía, tenían espías encargados de advertir á la asamblea la aproximación de los jendarmes. Los cantos se abreviaban de cuando en cuando, las oraciones ó la predicación se interrumpían, y cuando los oficiales de justicia llegaban, no encontraban sino mujeres y niños recogiendo

bellotas *(sic)*, ó divirtiéndose en subir á los árboles (1).»

Estas aserciones burlescas han sido repetidas con tanta perseverancia y audacia, que el gobierno francés en un artículo oficial del *Moniteur* se ha visto obligado á vituperarlas con indignación y desprecio. Es cierto que no todos los protestantes de Francia llevan hasta tales excesos esta manía de quejarse á diestro y siniestro, de que yo hablaba hace poco; pero la mayor parte de ellos se complacen en manifestarse y en creerse heridos en sus derechos, oprimidos en sus movimientos, sacrificados en sus intereses, en una palabra, *perseguidos*. En sus escritos, en sus periódicos, en sus discursos, y sobre todo en las oficinas del ministerio, se presentan constantemente como víctimas.

¡Qué víctimas, gran Dios! ¡Pluguiese al cielo que los católicos de Irlanda y de Suecia fueran víctimas de esta manera! ¡Jamás hubo culto más libre, ni más favorecido, que lo es hoy el protestantismo en Francia! Contad su número (apenas eran *setecientos mil* sobre *treinta millones* de franceses en el último censo), y el de los empleos que ocupan el primer grado, hasta el último de la clase de empleados de todo género; ved en el presupuesto las rentas de sus ministros comparadas con las del clero católico; miradlos no solamente libres entre sí, sino entregándose en las poblaciones católicas á la más activa propaganda, no solamente con libertad de defenderse, sino con libertad de atacar; examinad la relación que existe entre los numerosos templos y escuelas que poseen ya en

(1) *Times*, 5 de Enero de 1858.

París, y los *trece mil* protestantes que se encuentran en esta ciudad, según el censo oficial; recordad que estas escuelas que se abren y se multiplican diariamente con la mayor libertad, en medio de barrios casi exclusivamente católicos, están ocupadas en gran parte por pobres niños arrancados á la Iglesia; recordad, en fin, que las obras de Marnix de Sainte-Aldegonde (no cito sino este nombre, porque él lo dice todo) se venden sin obstáculo en sus librerías..... y después, con la mano sobre el corazón, ¡dime, lector, si tienen derecho para decir que son perseguidos en Francia, y si sus quejas no son la más perversa y, al mismo tiempo la más torpe de las ingratitudes!

XI

El mercado de almas.

Se hace en Francia y en otros países católicos una distribución inmensa de libros y de libelos heréticos; ya hemos hablado de esto en nuestras conversaciones. Pero esta distribución, á pesar de ser tan perniciosa y activa, no es sino un medio secundario para los agentes de la propaganda protestante. Hay otro medio más eficaz, al cual muchos no tienen vergüenza de recurrir, el *dinero:* « Un grito unánime de indignación, dice el Iltmo. señor Arzobispo, de Génova en una pastoral reciente, se levanta á este respecto en toda la Europa católica;

de manera que es tan sorprendente como inútil que los sectarios protestantes tengan la audacia de negarlo.»

Este tráfico de conciencias es un hecho averiguado. Es cierto que no faltan entre los protestantes, y aún entre sus ministros, hombres incapaces de recurrir á semejantes medios; á quienes llena de indignación esta acusación contra el protestantismo, y cuyas enérgicas reclamaciones prueban mucho en favor de su dignidad personal, pero nada en favor de los medios empleados por la propaganda de su partido. El carácter general de esta propaganda, es presentar á los pobres el cebo grosero del dinero y de los socorros temporales para hacerles apostatar de la religión católica; hechos auténticos y diarios apoyan esta acusación de tal manera, que no dejan la menor duda. Las personas que aman y socorren á los pobres descubren á cada instante estas tentativas de seducción, pero están muy lejos de conocerlas todas. Los desgraciados que se dejan seducir, se guardan bien de hacer conocer su infamia, y los agentes provocadores se limitan en sus cuentas á dar el número de sus *convertidos;* pero, si juzgan por el número de repulsas, el número de las tentativas debe ser muy considerable. Conozco personalmente algunas familias de artesanos é indigentes, á quienes los *convertidores* y *convertidoras* han ofrecido socorros, trabajo, dinero y algunas veces mucho dinero, con la *condición de que se hicieran protestantes;* y el venerable cura de San Sulpicio en París, depositaba en enero de 1858 en manos del Ministro de cultos, á consecuencia de una pesquiza ejecutada en su parroquia, numerosas deposiciones firmadas por

una multitud de particulares y de familias, testificando las culpables maniobras de la propaganda herética.

«¿No habéis encontrado, decía hace poco tiempo un exclarecido Obispo, algunos de esos traficantes de conciencias que recorren los campos, se pasean en las ciudades y se introducen con maña en el seno de las familias, para sembrar en ellas la mentira y la zizaña? Este ramo de comercio, enteramente nuevo entre nosotros, se extiende de un modo extraordinario, y por lo tanto merece ser conocido.

Hé aquí cómo pasan las cosas:

«Hay, por ejemplo, en un pueblo una pobre familia que tiene deudas y que está á punto de perder la cabaña que le queda para guarecerse de la intemperie. Al momento se presenta uno de esos cambalacheros de almas que están en asecho del desgraciado, y con un aire bondadoso dice al padre de familia: ¡Pobre hombre! ¡qué mal alojado estáis en esta cabaña tan arruinada! ¡debéis de tener mucho frío! ¿Cómo el cura del lugar no os da con qué reparar vuestra casa y con qué vestiros?... Mirad, yo soy ministro protestante, y cuando hay pobres en mi parroquia, los asisto. Id mañana á mi casa, y os entregaré una frazada para vuestra cama y algunos vestidos para vuestros hijos. Se va y deja á estos pobres embobados con tan hermosa caridad.

«La frazada llega, y el ministro protestante no tarda en seguirla. Esta vez habla de componer la casa y asegura que se encontraría la suma necesaria, si esta familia fuera protestante en vez de ser católica. A estas palabras la mujer se indigna,

y el predicador se va, no dejando en la cabaña sino un mal libro.

«En otro lugar cae enfermo un artesano que no cuenta sino con su trabajo para alimentar á su mujer y á sus dos hijos. La miseria y el hambre son muy malos consejeros, inspiran grandes tentaciones. Los mercaderes de almas lo saben bien; acuden y prometen pan á estos desgraciados, con tal que consientan en entregar sus conciencias. ¡Desgraciadamente consienten!

«Un acreedor ha hecho poner en remate la casa y el campo del vecino inmediato, que es un pobre labrador que no tenía otra cosa en el mundo que estas pequeñas propiedades: los predicadores le ofrecen con qué pagar su deuda, si quiere abandonar su religión. Llora y promete.

«Una pobre madre, viuda, tiene dos hijos que lleva consigo de puerta en puerta para buscar con qué alimentarlos. Los cambalacheros le envían celadores que le piden sus hijos, prometiéndole educarlos con todas las comodidades necesarias. Como si quisiera transigir con su conciencia, la pobre madre cede uno, y conserva el otro para Dios.

«Los compradores se dirigen con preferencia y con mejor éxito á los borrachos, que tienen siempre necesidad de dinero; á los fallidos que todo lo que desean es encontrar una tabla de salvación en su naufragio; á las mujeres perdidas que no tienen otra cosa que vender sino una alma ya muy manchada; y sobre todo á los sencillos y á los ignorantes. En los hoteles, en las tabernas, en los vapores, en las diligencias y en los caminos públicos, encontraréis predicadores y catequistas buho-

neros, que parecen dispuestos á convertir á todo el mundo á sus sectas respectivas (1).»

Para no hablar sino de Francia, nuestras grandes ciudades, y París sobre todo, son explotadas con un ardor sin igual. «Es necesario apoderarnos de París á toda costa, han dicho los jefes protestantes; una vez dueños de París, lo seremos de la Francia; por la Francia seremos también dueños de Europa». Y en consecuencia de este plan de campaña, agentes pagados, mujeres fanatizadas, diáconos, diaconizas, etc., se introducen en las casas de nuestros pobres, procurando comprarlos á ellos y á sus hijos (2).

En Lyon se reproducen los mismos hechos; el presbítero Gattet, vicario general, ha citado muchos en un folleto sobre el protestantismo; hé aquí algunos estractos de esta obra:

«... Cuando trazábamos el cuadro de estas vergonzosas maniobras del protestantismo para atraerse prosélitos, teníamos multitud de testimonios de los pobres católicos de nuestras comarcas, á quienes habían seducido de esa suerte y que, avergonzados y arrepentidos de haberse dejado comprar

(1) *Del comercio de las conciencias y de la agitación protestante en Europa*, publicado eu Annecy en 1856.

(2) Repetidas veces han desafiado los protestantes á los católicos á dar los nombres de los pastores ó de los agentes (los pastores no tienen ninguna señal exterior que los distinga de los simples agentes) que han recurrido á los medios infames de que aquí tratamos. ¿Este desafío es de buena fe? ¿No saben ellos que estos agentes se guardan muy bien de manifestar sus nombres cuando son rechazados con desprecio? Estos caballeros no dan su nombre ni las señas de su casa sino á los desgraciados que aceptan su contrato, y esos no vienen á decírnoslo.

de este modo por los apóstoles del *nuevo Evangelio*, nos han dado su declaración escrita, tocante á tan lastimoso medio de seducción empleada con ese objeto. Desde esa época hemos enviado al señor rector de la academia de Lyon cuatro certificados de padres de familia que declaraban igualmente haber recibido dinero por enviar á sus hijos á la escuela de los protestantes.

«¡Cuánto nos complacemos en reproducir la juiciosa reflexión de uno de estos hombres, comprado de esa manera, y cuya abjuración ha sido recibida por un eclesiástico de la diócesis! Atormentado por los remordimientos, desde que había tenido la debilidad de recibir el premio de su apostasía, decía á su mujer, que había caído en el mismo lazo: «Francamente, mujer, yo desconfío de una religión «que da dinero para hacerse aceptar.»

«En presencia de estos hechos notorios ¿se atreverá todavía á sostener el *Comité de evangelización* que en su secta no se da dinero para atraerse miembros?»

Sería preciso hacer aquí una estadística que excediese los límites de una simple conversación. En todas partes vemos los mismos procedimientos, y en todas partes empleada la elocuencia de la caja de fierro para *convertir* á los católicos pobres. «No hay día, dicen los *Anales de Ginebra*, que no tengamos noticia de algún ensayo de conquista bajo el patrocinio del *dios Mamón.* Ya es un ministro muy conocido que detiene en la calle á una costurera, ofreciéndole trabajo y socorros para el invierno; ya es una gran señora que lleva en su coche una criada para manifestarle las preciosas ventajas de la reforma; ya es un cualquiera que desecha-

do por la primera vez, vuelve secretamente á sustraer sus hijos á un padre de familia para mandarlos á un colegio protestante, etc, (1).»—Por todas partes visitas obsequiosas y multiplicadas, en las que se aprovecha la situación poco acomodada del clero católico, para arruinar la fe de las almas sencillas.—¡Cómo! dicen ellos con un modo artificioso á los desgraciados, agriados ya por la necesidad, ¿vuestros sacerdotes no os dan dinero? Bien, dejadlos; venid á nosotros, nosotros os socorreremos! En seguida vienen las antiguas repeticiones de los vicios del clero y los abusos de la religión católica; después dejan caer una moneda en la mano del oyente, y no les falta sino gloriarse de haber hecho una campaña evangélica! Ya este es un cristiano que no volverá á oír misa, que no cumplirá con el precepto pascual, que aborrecerá al sacerdote; basta, queda ganado á la causa del *puro Evangelio.*

Tal es esta propaganda protestante que se aumenta cada día. Tales son estas *conversiones* inmorales, no menos vergonzosas para los que las provocan que para los que las sufren. Los corazones elevados, tanto entre los protestantes como entre los católicos, titubean en creer *este comercio de almas;* y, con todo, es cierto que el dinero se ha hecho el principal instrumento de esta propaganda. En sus manos la caridad no es ya un socorro desinteresado, es una prima ofrecida á la apos-

(1) Los *Anales*, de que tomamos este pasaje, añaden en una nota: «Nombramos á los señores Oltramare, Jaquet y Bordier; pastores protestantes en Ginebra, que no temen manifestarse abiertamente en estas visitas á los pobres católicos.»

tasía: ¡Sois pobres, venid á nosotros, no os faltará nada!

¡Qué amargo debe ser el pan, cuando es el premio de semejante deshonra!

A consecuencia de este *agiotaje* religioso, las grandes ideas de honor y de moralidad, ya tan debilitadas, desaparecen cada día más; los corazones se envilecen, los caracteres se enervan, las convicciones caen; la verdad y la religión no son ya sino un medio de explotar al rico y de envilecer al pobre.

Comprar y vender: hé aquí la última palabra de la propaganda protestante.

XII

La religión de plata.

I. *La religión de plata*, tal es el nombre que algunos ministros protestantes dan á la religión católica. De acuerdo con los impíos, acusan á nuestros sacerdotes de vender las cosas santas, y de explotar en provecho de su bolsa la credulidad del pueblo.

Esta calumnia no carece de habilidad. Sobre diez hombres, nueve son muy sensibles á todo lo que de cerca ó de lejos toca á las pesetas. Acusar á los sacerdotes de amar el dinero y de querer sacárselo al pobre pueblo, es el verdadero medio de entorpecer su ministerio. Los protestantes lo conocen bien, y por eso echan mano siempre de esta calumnia, que repiten con la más calculada mala fe. Esta acusación, sin embargo, está más fuera de su lugar en su boca que en cualquiera otra.

Ignórase generalmente que el empleo de pastor es muy lucrativo. (1) El gobierno da 1,500 francos al pastor del más pequeño pueblo, y una renta mucho más considerable á los de las grandes ciudades. Además de esta renta, tienen los emolumentos que, por no estar arreglados á tarifa, no son menos exigidos por el uso. Y no se crea que estos emolumentos son una bagatela. En Alsacia, por ejemplo, ningún ciudadano puede casar á su hijo ó hija sin dar una fuerte cantidad al pastor; en los bautismos, en la primera comunión, es preciso, por el bien parecer, hacer al pastor buenos regalos en dinero ó en efectos; y en las estrenas de año nuevo no son para despreciarse. Pues, sin hablar de las *lecciones de religión*, ó catecismo, que son un manantial abundante de entradas para muchos ministros, debe saberse que entre los protestantes los entierros no son gratuitos. En París y en los parajes católicos, los ministros hacen el papel de desinteresados y ponen carteles en las puertas de sus templos diciendo: *Aquí no se pagan las sillas*, miéntras que en Alsacia y en los países protestantes, cada familia tiene un sitio determinado, que paga bien caro, para ocuparlo, cuando más, una vez á la semana.

Es preciso añadir á todo esto los socorros incesantes de las sociedades bíblicas, evangélicas y demás que sostienen á sus apóstoles. En 1856 una reunión de propaganda protestante celebrada en Alemania, se gloriaba de haber consagrado á sus agentes en Francia una suma de cerca de 8.000,000.

(1) Sé de la misma boca del ministro, que la más ínfima plaza de pastor en París vale trece mil quinientos francos.

En fin, guardémonos de olvidar que en los países protestantes los jóvenes pastores celebran generalmente muy buenos matrimonios. Sus administrados son algunas veces los primeros que se quejan de ello. Ultimamente, en un lugar del cantón de Zurich, los jóvenes solteros declararon que de allí en adelante no permitirían que se recibiesen ministros que no fuesen casados, «porque, decían ellos, nos arrebatan los mejores partidos del país». En otras localidades ha sucedido lo contrario: El Consejo presbiterial, compuesto en la mayoría de padres de familia con hijas casaderas, rehusó obstinadamente aceptar el nombramiento de un pastor ya provisto de mujer, y cuyo corazón y mano no eran ya por consiguiente disponibles.

Ahora bien, de este dinero que de todas partes confluye á la bolsa de los ministros, no hay casi nada que deducir para los gastos del culto.

El templo, una vez edificado (se entiende que no es el pastor el que paga su construcción), no requiere otro gasto que el barrido de cada semana; no hay ornamentos sagrados, ni alumbrado, ni pompa religiosa. La sotana del señor pastor no sirve sino los domingos; debe durar mucho tiempo con este pequeño ejercicio, y cuando comience á envejecer puede servir para una multitud de usos domésticos.

II. El cura católico recibe del gobierno poco más de la mitad de la renta del menor de estos pastores protestantes, que gritan tanto contra la religión de plata: 850 francos en vez de 1,500 asignados á los pastores menos bien recompensados.

Si el pastor protestante no tiene que hacer gastos para su culto, no sucede lo mismo respecto del

cura católico. Hay en las ceremonias del culto cristiano una parte material que cuesta muy caro, aún en las más humildes iglesias. En la menor capilla de campo es menester para la celebración de los oficios divinos, candeleros, velas de cera, ornamentos sacerdotales de diversos colores, vasos sagrados, lienzos de diferentes clases, en fin, una multitud de objetos indispensables, de que no tienen noticia las personas extrañas á estos pormenores prácticos. Además, es necesario pagar los empleados de la Iglesia, que ordinariamente son artesanos que no viven sino de su trabajo; además de estos gastos especiales, el cura es, en razón de su ministerio, el primero y principal sostén de los pobres y de todas las obras caritativas de la parroquia; aún cuando su corazón no lo impulsase á ello, se vería obligado por el bien parecer, y aún por deber. En fin, es necesario que viva, que se provea de alimento, él y las personas que le sirven.

Por poca sinceridad que se tenga, á nadie causará admiración ver que el gobierno y la misma Iglesia autoricen á nuestros sacerdotes para imponer sobre los fieles una especie de contribución, respecto de ciertas funciones de su ministerio, á fin de suplir á tan grande desproporción entre la renta y los gastos obligatorios. Esto es lo que se llama *emolumento;* es fácil comprender su indispensable necesidad. Antes de la Revolución, los emolumentos eran casi nulos; no se pagaban sillas en las Iglesias, y lo poco que el sacerdote pedía á los fieles, no tenía otro objeto que asegurar el *derecho* que tiene el sacerdote de vivir del altar, y de recibir de los cristianos la asistencia temporal, en

cambio de los bienes espirituales que les trae su ministerio. (1)

Los revolucionarios han arreglado todo esto, han despojado de todo á la Iglesia en nuestro país, y no pudiendo matarla, la han robado, con la esperanza de hacerla morir de hambre. No muere, pero esto sucede gracias á la incesante liberalidad de los fieles, á quienes el sacerdote se ve obligado á recurrir. Hé aquí por qué se pagan ahora los bancos y las sillas, hé aquí por qué los sacerdotes, á pesar de su repugnancia, reclaman tales ó cuales pequeños derechos que pesan sobre el pueblo, pero cuyo producto es apenas suficiente para cubrir todos los gastos.

¿Es ésta una *religión de plata?*

Sin embargo, hay una *religión de plata*, y yo voy á deciros quienes son los que la profesan. ¡La profesan esos hombres que amontonan cada año para sus *sociedades*, públicas ó secretas, millones y millones; que con la bolsa en la mano penetran en las guardillas de nuestros artesanos, en las cabañas de nuestros campesinos, y abusando de la miseria y de la desgracia, van á comprar almas á precio de *dinero!* ¡Caiga sobre ellos la vergüenza de practicar aquello de que nos acusan!

(1) *Epístola de San Pablo á los Corintios*, c. x, v. 11 y sig. «Si nosotros os traemos los bienes espirituales, ¿no es justo que vivamos de vuestros bienes temporales? ¿No sabéis que los ministros del santuario viven de lo que se ofrece al santuario, y que los que sirven al altar viven del altar?»

XIII

Una prueba de nuevo género en favor del protestantismo.

Á medida que el protestantismo deja en todas las esquinas del camino los harapos de verdad y de vida cristiana que tenía de la Iglesia, se *materializa* cada vez más; se hace cada vez más la religión de Lutero, su primer apóstol, y canta con él: «Beber bien, y comer bien, es el verdadero medio de ser feliz.»

Entre los países que perdieron la fe cuando la Reforma, se encuentran algunos, á cuya cabeza está la Inglaterra, que en razón de su posición geográfica, hacen muy bien sus negocios en este mundo, ganan mucho dinero, y saben procurarse admirablemente todos los goces de la vida; goces que el espíritu moderno parece mirar cada día más como el último fin del hombre, y el único objeto á que deben tender todos sus esfuerzos. De esto—¿se podrá creer?—hombres serios, *ministros del Evangelio*, pretenden sacar un argumento invencible contra la Iglesia católica y en favor del protestantismo. «Los protestantes, dicen ellos, son más ricos que los católicos, luego su religión es mejor.»

Un pastor francés, autor de una multitud de pequeños libelos protestantes que circulan por las calles, ha desarrollado en un libro especial este argumento de nuevo género, hecho muy popular entre nuestros vecinos y artesanos indiferentes. Pero se ha tomado á mal, y le ha venido la lección de aquellos mismos cuyos aplausos esperaba.

Le Journal des Débats, que, sin embargo, no tiene nada de católico, ha consagrado á esta extraña producción un trabajo lleno de vigor y de buen sentido, en donde vitupera con una indignación que le hace honor, los principios anticristianos que sirven de base á esta nueva apología del protestantismo. Cito:

«*Las naciones católicas y las naciones protestantes, consideradas bajo su triple relación del bienestar, de las luces y de la moralidad*, por Napoleón Roussel, pastor.—Habíamos abierto este libro con el deseo de decir de él todo el bien que pudiéramos; pero, con la más buena voluntad del mundo, nos es imposible considerarlo, ni como un buen libro, ni como una buena acción. El autor...ha hecho una obra cuya última palabra es el materialismo más cruel, el más insensible, el más desconsolador. En verdad, si un *ministro del Evangelio* no tiene otra moral que presentar al mundo; si, protestante ó católico, sea lo que fuere, no tiene otra conclusión que sacar de la historia, entonces no les queda á los hombres otra cosa que alimentarse bien, tener buena salud, y hacer bien sus negocios; los más ricos serán siempre los más virtuosos. Esta lectura oprime el corazón......

«M. Roussel ha tenido la intención de comparar las naciones católicas con las naciones protestantes, bajo la triple relación del bienestar, de las luces y de la moralidad. Por desgracia, en esta comparación, la moralidad, que debería tener el primer lugar, no ocupa sino el último y el más pequeño; las luces vienen en segundo orden, y como en el título, el bienestar se manifiesta y, por decirlo así, se amolda sobre el primer plano......

«Con gran fuerza de números M. Roussel demuestra en dos volúmenes, que los protestantes son infinitamente más felices en este mundo que los católicos; que tienen más rentas, más acciones industriales, más cubiertos de plata, más camisas y más botas. Hasta ahora habíamos creído nosotros que en el día del juicio final, pondría Dios á un lado á los buenos y á otro á los malos; pero en el sistema de M. Roussel, la humanidad se divide en otras dos clases: la de los *gordos* y la de los *flacos*. Dios no sondeará ya las entrañas y los corazones, sino los estómagos. Si M. Roussel permitiera á San Pedro guardar la entrada del cielo, le daría ciertamente por consigna, como en las Tullerías, no dejar pasar sino á personas sanas y bien vestidas; en la teología protestante, para ser salvos *es de rigor un vestido decente.*

«Es presiso ver con qué complacencia desarrolla M. Roussel las cuentas de todos los países católicos y de todos los países protestantes; es una verdadera teneduría de libros por partida doble.

«M. Roussel y el protestantismo reinan como señores sobre el terreno del bienestar: ellos son los más ricos. ¡Ved, por ejemplo, el papel que representa esta triste y sucia Irlanda al lado de sus hermanas protestantes! M. Roussel nos da, según un informe oficial, el balance de una parroquia de 4,000 habitantes, todos católicos, añade él enfáticamente, y estos cuatro mil católicos poseen entre todos, una carreta, un arado, diez y seis rastrillos, ocho monturas de hombre, dos monturas de mujer, siete tenedores, noventa y tres sillas, doscientos cuarenta y tres taburetes, veintisiete patos, tres pavos, dos colchones, ocho jergones, ocho candele-

ros de cobre, tres relojes, una escuela, un sacerdote; ni un sombrero, ni un péndulo, ni un par de botas, ni nabos, ni zanahorias......Pero cortemos esta nomenclatura: M. Roussel emplea en ella páginas enteras; y después de haber acabado esta especie de visita al hospital, exclama con aire de triunfo: «Atravesemos el canal, y después de haber visto la Irlanda católica y sus miserias, contemplemos la Escocia protestante y su prosperidad:

«Así como los que tienen ictericia lo ven todo amarillo, así M. Roussel va á desenterrar catolicismo hasta en los rincones en que no se hubiera creído jamás que pudiese anidarse. Continuando su paseo al rededor del mundo, somete al mismo procedimiento de comparación la Suiza católica y la Suiza protestante. Hé aquí, pues, un viajero que llega á un cantón católico, y cuyas primeras palabras son: «¡Qué porquería! ¡qué caras tan amarillas, tan negras, tan lívidas!» Estamos de acuerdo: todos los católicos son amarillos. Hé aquí todavía otra impresión de viaje; citemos: «Llegamos á las dos á Fluelen; esta tierra del catolicismo nos fué anunciada por cuatro individuos con coto, seis sarnosos, media docena de infelices, cubiertos de andrajos, tal que parecía que acababan de salir del sepulcro...»—Como vemos, esto va de bueno en mejor; hace poco los católicos eran *amarillos*, ahora son *sarnosos*. Apartemos nuestras miradas de este triste espectáculo, y procuremos serenarlas con la vista en una tierra protestante: «¡Cuántos valles! ¡qué cultura! exclama M. Roussel, ¡qué abundancia! ¡qué industria! Zurich y sus hermosos alrededores me parecen el asilo de la

sabiduría, de la moderación, de la riqueza y de la felicidad...Entramos en una cabaña en donde la dueña del alojamiento nos ofreció leche, fresas y col, sobre la mesa nueve ó diez cucharas de plata...»—¿Habéis oído bien? ¡Qué santos! ¡No son por cierto esos católicos *sarnosos* y *lívidos* los que os presentarían otro tanto! ¿Queréis seguir á M. Roussel á España? Allí también con gran refuerzo de citas, os probará que los caminos están mal cuidados, que las posadas son sucias, y que en ellas se come con cubiertos de estaño; después, comparará esta tierra del catolicismo con la Iglaterra, esa tierra del protestantismo, que se anuncia á su vez por cubiertos de plata, por caminos de hierro, por ropas, etc.

«No tenemos intención de acompañar á M. Roussel en todas sus peregrinaciones; no negamos la exactitud de sus cuentas, y dejamos al protestantismo el beneficio de su plata labrada. Pero cuando M. Roussel viajaba, en Irlanda, por ejemplo, ¿no ha sentido jamás el menor remordimiento de conciencia? ¿No se ha preguntado nunca á sí mismo, si los protestantes tendrían alguna parte en la miseria de esta tierra católica? ¿Si no representando los protestantes más que la décima parte de la población de Irlanda, han tenido algún derecho para hacerse dueños de todas las propiedades y de todas las rentas de la Iglesia Católica? Y cuando M. Roussel, para probar que los católicos no están oprimidos en Irlanda, nos dice que tienen cuatro arzobispos, veintitrés obispos, dos mil quinientas Iglesias, más de dos mil sacerdotes, ¿cómo no esperimenta un poco admiración hacia este pueblo de mendigos, que en su espantosa miseria encuen-

tra cómo proveer al mantenimiento de su Iglesia, mientras que los obispos y los ministros protestantes viven cómoda y abundantemente del provecho de la confiscación? ¿Cómo el *ministro del Evangelio* no se acuerda de estas palabras: «Yo os «digo en verdad, que esta pobre viuda ha dado «más que todos aquellos que han echado su limos«na en el gazofilacio; porque todos los demás han «dado de lo que les sobra, pero ésta ha dado de lo «que necesitaba, de lo que le quedaba para vi«vir»?

«Pero M. Roussel ha guardado para la Francia el más brillante, el más invencible de todos sus argumentos. Escuchadle: «Perseguidos durante siglos, despojados de sus bienes, los protestantes franceses deberían estar hoy, no al nivel, sino mucho más abajo del resto de la nación, respecto á riquezas. ¿Sucede así? Si no quisiéramos consultar sino á la opinión pública, prodríamos decir que la conciencia del lector ha respondido ya...»

Os rogamos admiréis de paso el singular oficio que llena aquí la *conciencia;* pero dejemos continuar al autor:

«No deseamos afirmar nada, ni aún la misma evidencia, sin apoyarnos en documentos. Los que nos hemos procurado sobre este punto son auténticos y de la más alta importancia en la cuestión...»—Aquí hemos temblado por el catolicismo. ¡Qué va á sucederle! ¡qué teja va á caerle sobre la cabeza¡ Tranquilicémonos: es una talega de pesos, es una lluvia de pesetas. M. Roussel nos esplica detalladamente el modo cómo se ha procurado el extracto de la cuota mobiliaria pagada por los protestantes del departamento del Sena. El catá-

logo está impreso, lo tiene él, y sobre esta base calcula que el término medio pagado por todos los habitantes de París, es treinta y tres francos catorce céntimos, y el pagado por los protestantes, ochenta y siete francos un céntimo «Los protestantes franceses, dice él, poseen pues, tres veces más riquezas que sus compatriotas católicos romanos.» Después de semejante golpe, el catolicismo debe rendirse; decididamente él no se levantaya de la cuota mobiliaria. Pero ¿por qué M. Roussel, mientras que estaba ocupado en hacer sus cuentas, no ha consultado también la cuota pagada por otra parte de la población, á la que no queremos dirigir nada ofensivo, pero que pasa generalmente por muy señalada, queremos decir los judíos? ¿Quién sabe si hubiera encontrado israelitas aún más ricos y, por consiguiente, más virtuosos que los protestantes?

«Pero, lo repetimos, no queremos disputar sobre los números de M. Roussel, ni oscurecer su triunfo. Le dejamos subir sobre su pirámide protestante de pesos duros, y cantar en ella su *Gloria in excelsis*. Hubo uno que dijo: «Os digo en verdad «que es muy difícil que un rico entre en el reino «de los cielos. Os lo repito: es más fácil que un «camello pase por el ojo de una aguja, que el que «un rico entre en el reino de los cielos.»

«Podríamos aún hacer algunas otras citas que equivaldrían á las de M. Roussel; pero no es de nuestra competencia un sermón. M. Roussel ha creído quizás sinceramente hacer un libro moral y religioso: y el espíritu de secta le ha cegado, y sentimos tener que repetir que sus conclusiones son esencialmente materialistas,— Firmado: *J. Lemoyne.*»

XIV

De la observancia del domingo entre los católicos y entre los protestantes.

Al ver el domingo estrictamente observado en la protestante Inglaterra, y muy descuidado frecuentemente en nuestras grandes ciudades de Francia, se pregunta uno algunas veces de dónde puede venir esta diferencia que parece toda en provecho del protestantismo.

Además de que nuestras ciudades de Francia no son ya, desgraciadamente, ciudades católicas, esta diferencia resulta muy naturalmente de que en Inglaterra y en algunos otros parajes protestantes la ley civil viene en socorro de la ley religiosa, y pronuncia penas severas contra toda contravención al reposo del domingo. El protestantismo no tiene en esto la menor parte; y la prueba de ello es, primero, que en los países en que existe la misma legislación, en Francia, por ejemplo, no respetan más el domingo los protestantes que los malos católicos; y segundo, que, por el contrario, en los países católicos como España, Italia, etc., en que la ley civil sanciona la ley religiosa, el domingo es observado por lo menos tan exactamente como en Londres, en Basilea y en Ginebra. Añádese aún, que en los países protestantes hay muchos católicos, que sometidos á la misma ley, no violan más el día del Señor que sus compatriotas anglicanos ó calvinistas. La estricta observancia del domingo en Inglaterra y en Suiza es pues un hecho puramente local: es el feliz resultado de una ley civil,

y no de un gran fervor religioso. Si existiera una ley semejante en Francia, los que actualmente violan el precepto del domingo por falta de espíritu de fe, obrarían como la multitud de ingleses incrédulos, y la observarían exteriormente al menos, por respeto á la autoridad y por temor á la policía.

Es curioso recordar con este motivo, que la observancia del *domingo*, que es todo el culto del protestantismo, no solamente no reposa sobre la Biblia, sino que está en contradicción visible con la letra de la Biblia, que prescribe el reposo del *sábado*. La Iglesia católica es quien por autoridad de Jesucristo ha trasladado este reposo al domingo, en recuerdo de la Resurrección de Nuestro Señor; de manera que la observancia del *domingo* por los protestantes es un homenaje rendido á pesar suyo, á la autoridad de la Iglesia.

Concluyo haciendo notar que los verdaderos católicos santifican el domingo con más inteligencia y libertad cristiana que los protestantes. En Londres está prohibida el domingo la música en las casas particulares; está prohibido á los niños jugar con bolitas ó con aros, todos los monumentos públicos se cierran, el paseo es mirado como una cosa inoportuna: esto no es fidelidad, es farisaísmo.

XV

Cómo se conducen los protestantes respecto á la Madre de Dios.

Es una singular manera de honrar á un hijo, despreciar y aborrecer á su madre. Ahora bien, la Santísima Virgen es madre de Jesucristo, y las sectas protestantes convienen todas en mirarla con un desdén que llega muchas veces hasta la ira.

Esta conducta es odiosa, y nada, aún en los principios protestantes, puede excusarla. María es la madre de Jesús: Jesús es Dios; luego María es la madre de Dios. ¿No es extraordinario que súbditos que se dicen fielmente unidos á su soberano, rehusen á su madre respeto y honor?

Cuando el Angel apareció á la Virgen María para obtener su consentimiento en el gran misterio de la Encarnación, le dijo con respetuoso amor: «Yo te saludo, llena de gracia, bendita eres entre todas las mujeres». Los católicos imitan al Angel bueno y fiel que honra á la Madre de su Dios; los protestantes prefieren imitar al ángel infiel y mentiroso, á aquel de quien se ha dicho desde el principio: «Yo pondré enemistades entre tí y la mujer», á aquel cuya cabeza debe quebrantar María: «*Et ipsa conteret caput tuum*».

Cuando la Santísima Virgen, llevando en sus entrañas al Redentor del mundo, se presentó en casa de Isabel, ésta, llena del Espíritu Santo, exclamó con divino entusiasmo: «¿De dónde á mí tanta dicha, que la Madre de mi Dios se digne venir á visitarme? ¡Bendita eres entre todas las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre!» Católicos, sigamos el ejemplo de santa Isabel, bajo la impulsión del mismo Espíritu de verdad, complazcámonos en manifestar á María nuestro agradecimiento, nuestra veneración, nuestro amor. Las sectas protestantes imitan á los insensatos habitantes de Belén, que esperaban la venida del Mesías, pero rehusaban recibir á María, ignorando que ella, solamente ella, es quien trae á Jesús. .

Cuando María respondió á los homenajes de Isabel con el sublime cántico de su triunfo: «*Todas las generaciones*, exclamó, *me llamarán bienaventurada*, porque ha hecho en mí cosas grandes el que es todopoderoso». ¿Cuáles son las generaciones que, realizando esta profecía, estas palabras de la Biblia, dan á María, el nombre de *bienaventurada?* ¿Son las generaciones católicas, que en las capillas ocultas de las catacumbas, como en las espléndidas basílicas dedicadas á nuestra Señora, exaltan el nombre y la gloria de María? ó ¿son las generaciones protestantes que no tienen para la Santísima Virgen respeto ni alabanzas, y que creen honrarla demasiado cuando no la insultan?

A estos pasajes de la Escritura tan claros, tan gloriosos para María, los protestantes oponen algunas palabras de nuestro Señor á su Madre, palabras misteriosas cuya profundidad no comprenden y que no tienen otro objeto que hacer partici-

par á María de las humillaciones de la Redención, así como había participado, al principio, de las alegrías y de las glorias de la *Encarnación.* (1) Si estas palabras tuvieran el sentido que les prestan los herejes, sería necesario concluír de ellas que Jesús no amaba á su Madre, que no la ha honrado, que ha sido un mal hijo, y que ha violado el cuarto mandamiento de su ley: «Honrarás á tu padre y á tu madre». Lo que prueba demasiado, no prueba nada.

Después de su Padre celestial, Nuestro Señor nada ha amado tanto como á su Madre. Además de que ella es su Madre, es la más humilde, la más pura, la más santa de todas sus criaturas; con este doble título, Jesús ama á María con un amor especial. Amando y respetando á María, nos confor-

(1) Hay también protestantes que, impulsados siempre por este odio verdaderamente diabólico contra María, han atacado su virginidad perpetua, fundándose entre otros en un pasaje del Evangelio en que se habla de los *hermanos* del Señor. ¿Ignoran que en Oriente, aún en nuestros días, se da el nombre de *hermanos* á todos los parientes inmediatos? Las lenguas orientales no tienen voces para explicar la cualidad de primo: y en la Biblia, entre otros ejemplos, vemos á Abraham que dice á su *sobrino* Lot: «No haya disputas entre nosotros, porque somos *hermanos: fratres enim sumus*». (Génesis, XIII, 8.) Santiago, llamado algunas veces en la Escritura hermano del Señor, era su primo hermano. El dogma de la perpetua virginidad de María se ha confirmado por todos los monumentos de los tiempos apostólicos; es preciso carecer de sentido cristiano, de pudor cristiano, para atreverse á ponerlo en duda.

mamos con los sentimientos de Jesús, y cumplimos, aunque muy imperfectamente, con la gran regla trazada por el apóstol San Pablo: «*Hoc sentite in vobis quod et in Christo Jesu.* Amad lo que el Señor Jesús ha amado».

Si invocamos á la Santísima Virgen en nuestras necesidades, es porque sabemos que María es poderosa sobre el corazón de su Hijo, y que el primer milagro de Cristo fué ejecutado por los ruegos de su Madre.

Así como el Padre nos ha dado á Jesús por María, del mismo modo quiere que todos los dones de Jesús nos vengan por el mismo camino. No quiero decir que María sea *medianera de Redención:* sólo nuestro Señor Jesucristo nos ha salvado y rescatado; pero ella es medianera de intercesión y de ternura, es nuestra abogada, nuestra madre adoptiva. Le pedimos su protección cerca de Dios, como el niño recurre á su madre, para obtener más fácilmente del padre el cumplimiento de sus deseos.

Por otra parte, el culto de los cristianos hácia la Santísima Virgen, se dirige directamente á Jesucristo; y el Hijo es honrado en la Madre. Si amamos y alabamos á María, es para felicitarla por ser la Madre de Jesús, es para tributarle gracias por habérnosle dado. El culto de honor que rendimos á María, es el custodio del culto de adoración que se debe rendir á Jesús; lo que pasa á nuestra vista es una prueba admirable. La Iglesia Católica, á quien se acusaba de olvidar á Jesús por María, al Criador por la criatura, la Iglesia Católica, digo, es la única que conserva y defiende contra la incredulidad protestante, la divinidad de

este único Mediador, de cuyo honor se mostraba la herejía tan farisaicamente celosa, y contra quien blasfema cada día más. (1)

XVI

Cuán desolador es el protestantismo.

El corazón humano y la Iglesia católica tienen uno sólo y mismo Autor, que es Dios, y Dios ha hecho á la Iglesia católica maravillosamente acomodada á todas las necesidades del corazón humano.

Su autoridad doctrinal corresponde á nuestra necesidad de creer, porque sin la autoridad no hay fe; las ceremonias de su culto corresponden á nuestra naturaleza, que, siendo compuesta de un cuerpo y una alma, tiene necesidad de asociar las cosas materiales al acto enteramente espiritual de sus adoraciones; la confesión corresponde á la necesidad de penitencia y de perdón, que existe en el fondo de nuestra alma pecadora; la invocación de los Santos, las oraciones por los difuntos, al sen-

(1) Sobre todo lo que concierne á la Santísima Virgen y á su culto, recomiendo la lectura de las excelentes obras de M. Aug. Nicolás, tituladas: *Estudios filosóficos sobre la Santísima Virgen.—La Virgen María y el Plan divino.—La Virgen María en el Evangelio.—La Virgen María viva en la Iglesia.* Todas las dificultades protestantes están resueltas en ellas de la manera más perentoria. «Después de la lectura de vuestras obras, decía á M. Nicolás un sabio magistrado, no se puede permanecer protestante en ningún grado».

timiento de la unión eterna de las almas en Dios, y de la mancomunidad de los hombres entre sí; y así sucesivamente todos los dogmas, todos los preceptos, todas las prácticas de la Iglesia.

En el protestantismo, al contrario, todo es frío, triste y desnudo como las paredes de sus templos, en los cuales se siente bien la ausencia de Dios.

Desgraciada el alma extraviada ó corrompida, que, semejante al Hijo pródigo del Evangelio, abandona la casa paterna por las regiones desiertas y lejanas del error; apartada de la atmósfera vivificante en que Dios le había tan misericordiosamente hecho nacer, no respira sino un aire helado, no encuentra sino el vacío y la desolación.

Para el que ha abrazado el protestantismo, no hay ya freno en el momento de la pasión; pero tampoco hay consuelo en el momento del arrepentimiento; no hay guía en el momento de la duda, no hay socorro en el momento de la tentación y de la lucha, no hay perdón seguro después de la falta, no hay confesor que lo consuele y perdone de parte de Dios. Para este pobre apóstata se acabaron las hermosas ceremonias de la Iglesia, las imágenes de Nuestro Señor, de la Santísima Virgen y de los Santos: ¡idolatría! Nada de crucifijos, nada de signos de cruz: ¡idolatría! Nada de adoraciones, ni de respeto, ni de amor á la Madre de Dios: ¡idolatría! Nada de confianza en la intercesión de los Santos, nada de patronos ó protectores en el cielo: ¡idolatría!

Y cuando llega la hora de la muerte, cuando el desgraciado se halla solo, próximo á comparecer delante de Dios con todos los pecados de su vida, ni un sacerdote que le dé los últimos sacramentos

de la Iglesia, y que le diga con certeza: «Pobre pecador, muere en paz, porque Jesús me ha dado el poder de perdonarte, y yo te perdono en su nombre».

No es esto todo. Después de la muerte del apóstata, su cuerpo no será llevado á la Iglesia; será conducido directamente á un cementerio que no está bendito, porque para el protestante toda bendición de este género es también una idolatría; en fin, si sus hijos se han hecho protestantes con él, les será prohibido rogar por su padre; porque el protestantismo no admite ni purgatorio, ni oraciones por los difuntos. Nó, ni una oración para los pobres difuntos en este culto desolador, ni una visita piadosa á su última morada; lágrimas impotentes y estériles en el momento en que cae sobre la tumba la última paletada de tierra, y todo ha concluído entre ellos y nosotros.

En cuanto á mí, lo confieso, esta sola consideración bastaría para demostrarme la falsedad absoluta del protestantismo. La necesidad de rogar por los que hemos amado y perdido es tan profunda, tan imperiosa, tan natural en el corazón del hombre, que una religión que niega esta necesidad y prohibe satisfacerle, está juzgada de antemano. Una pobre niña de diez años, que había visto morir á su madre, explicaba bien el sentimiento universal, diciéndome á mí mismo con una admirable energía: «Cuando yo sea grande y dueña de mis acciones, me haré católica; porque quiero ser de una religión que me permita amar á la Santísima Virgen, y rogar por mi madre».

XVII

El juicio de la muerte.

Se ha dicho que la muerte es el eco de la vida. El momento de la muerte es un momento solemne en que los sofismas pierden su fuerza, en que las ilusiones se disipan, en que la conciencia reclama sus derechos. En el proceso que las sectas protestantes entablan contra la Iglesia, apelamos á este juicio de una autoridad suprema, al juicio de la muerte.

Tenemos protestantes que se han hecho católicos; y tenemos católicos que se han hecho protestantes; veamos morir á unos y á otros.

A la vista de la muerte, como durante la vida, los innumerables protestantes que han vuelto al seno de la Iglesia, están llenos de esperanza y de serenidad; no se les escapa un pesar, no les agita un remordimiento, no turba una duda sus últimos momentos; creen, aman, ruegan, entregan su alma á Dios, dándole gracias por haberlos hecho católicos. Desafiamos al protestantismo á citar un *solo hecho* contrario á esta afirmación.

Todos esos doctores, todos esos ministros, todos esos hombres instruídos y animosos, que educados en el seno del protestantismo y conociéndolo á fondo por haberlo ejercitado, lo han abandonado para hacerse católicos, mueren sin excepción como el ilustre Conde de Stolberg, uno de los más célebres entre ellos, que espiró lleno de alegría y de amor

de Dios, bendiciendo al Señor por haberle hecho conocer su verdadera Iglesia, y recomendando á sus hijos que orasen por los difuntos y permaneciesen firmes en la religión católica. Después de haber recibido humildemente los últimos sacramentos, murió repitiendo con una alegría enteramente celestial: «Alabado sea Jesucristo».

¡Cuán diferente es la muerte de la mayor parte de los apóstatas, por no decir de todos! Y cuando no han perdido todo sentimiento de fe en Dios y en la inmortalidad del alma, cuando no se han endurecido hasta el materialismo y el ateísmo, ¡cuántas turbaciones, cuántos remordimientos, cuántos terrores agitan sus últimos momentos! Recuerdan entonces esta Iglesia santa que han abandonado, y por qué la han abandonado. Este mundo con sus ilusiones y sus encantos, desaparece de sus ojos aterrorizados, para dar lugar á los pensamientos del juicio y de la eternidad que se aproximan. Y si creen todavía en las santas Escrituras, leen en ellas con terror estas palabras de Nuestro Señor Jesucristo que los condenan:

«*¡Qué importa al hombre ganar el mundo entero, si pierde su alma!*»

La muerte de los fundadores del protestantismo, todos apóstatas, y en su mayor parte sacerdotes apóstatas, confirma estas reflexiones de una manera espantosa.

Lutero desesperaba de su salvación. Poco tiempo antes de su muerte le mostraba su mujer en una noche de verano las estrellas que brillaban en el firmamento:—«¡Mira, le decía, qué hermoso está el cielo!—No brilla para nosotros, respondió fríamente el heresiarca.—¿Acaso, replicó Catalina

atemorizada, porque hemos violado nuestros votos?—Quizás, dijo Lutero. —Si así fuera, sería preciso volver á ellos.—Es demasiado tarde; el carro está atollado». Y cortó la conversación.

En Eisleben, la víspera del día en que fué atacado de apoplejía, decía á sus amigos: «Casi he perdido á Cristo en estas grandes olas de desesperación en que estoy sepultado». Y después de una pausa: «Yo que he dado la salvación á tantos no puedo dármela á mí». He citado más atrás su impío testamento; murió abandonado de Dios, blasfemando hasta el fin; y sus últimas palabras fueron una protestación de impenitencia. Su hijo mayor, que dudaba de la Reforma y del reformador, le preguntó por última vez si perseveraba en la doctrina predicada. «Sí», murmuró sordamente el gran culpable;—y compareció delante de Dios.

Según el protestante Schusselburg (1), ...«Calvino murió de fiebre violenta, devorado por un hormiguero de gusanos, y consumido por un tumor ulceroso, cuya fetidez no podía resistir ninguno de los asistentes». Exhaló miserablemente su perversa alma, desesperando de su salvación, invocando á los demonios y profiriendo los juramentos más execrables y las más horribles blasfemias.

Juan Haren (2), discípulo de Calvino y testigo ocular de su muerte, refiere igualmente que... «Calvino ha muerto entregado á la desesperación, de una de esas muertes vergonzosas y repugnantes con que Dios ha amenazado á los impíos y á los

(1) *Teolog. Calvino*, t. II, p. 72.
(2) J. Harenius, *de Vita Calvini.*

réprobos... Puedo asegurarlo con toda verdad, porque lo he visto con mis ojos».

Espalatín, Justus Jonas, Isinder y otros muchos amigos de Lutero y corifeos de la Reforma, perecieron los unos desesperados, los otros locos.

Enrique VIII murió diciendo que había perdido el cielo, y su digna hija Isabel espiró en medio de la más profunda desolación, tendida en el suelo, y no atreviéndose á acostarse en su cama, porque al principio de su enfermedad había creído ver su cuerpo enteramente descarnado, agitándose sobre un brasero de fuego (1).

¡Ojalá que aquellos de nuestros hermanos católicos que se vean tentados á abandonar la fe de la Iglesia para caminar en pos de estos desgraciados, á la vista de estas muertes espantosas y ante el pensamiento de la eternidad, se acuerden de que llegará un día en que deberán ellos también prepararse para comparecer delante de Dios! ¡Ojalá que piensen en la muerte, en el juicio, en el infierno, y yo podría salir garante de que no se harán protestantes!

Aquellos, sin embargo, que han tenido la desgracia de ceder á la tentación y renegar de su fe, no desesperen de la misericordia divina, escuchen la historia perfectamente verídica de la muerte de un apóstata, más culpable ciertamente que lo que ellos pudieran serlo.

En un país limítrofe del norte de Alemania, vivía un sacerdote muy olvidado de los deberes de

(1) Véase la *Historia de Inglaterra* de Lingard, t. VIII c. VIII, y las *Cartas* de Miner, carta VIII, págs. 246 y siguientes.

su santo estado. Á fuerza de caer de unos desórdenes en otros, llegó á tal exceso, que renunció su fe y huyó de su patria para hacerse protestante; aceptó una plaza de pastor y de predicador de la verdad, y se hizo maestro del error. Este estado de enemistad con Dios duró para este desgraciado muchos años. Un día fué convidado á comer por un predicador de una gran ciudad, que reunía en su mesa otros muchos pastores, y mientras que todos ellos juntos se entregaban á la alegría, fueron á decir al pastor dueño de la casa, que un pobre hombre que estaba á punto de morir parecía tener mucha necesidad de socorros espirituales. No sé qué obstáculo se opuso á que fuera este mismo pastor á visitar al enfermo, y en su consecuencia se ofreció nuestro apóstata para reemplazarlo en este ministerio. Fué aceptada su oferta. Se le introdujo inmediatamente en una habitación, en donde yacía un anciano que iba á exhalar su último suspiro en medio de la mayor desesperación. El pastor le leyó algunas palabras de un pasaje de la Biblia; pero el moribundo le dijo por toda respuesta: «¡Soy perdido; no hay perdón para mí; desgraciado de mí, estoy condenado!»

El pastor procuraba tranquilizarle y le exhortaba á tener confianza. «Nó, nó, replicó el enfermo, nadie puede prestarme socorro, yo no puedo ir al cielo, mi pecado es enorme, es preciso que yo sea condenado.—Pero, por amor de Dios, ¿por qué? ¿qué es lo que tanto aflige á Ud.?»—Y el moribundo no le respondía sino por las mismas palabras de desesperación.

En fin, se rindió á las vivas instancias del pastor, y añadió: «Lo que hace que no haya ni sal-

vación ni gloria para mí, es que soy un sacerdote apóstata, y todos los pecados que he añadido á este, y todas mis resistencias á las solicitaciones de la gracia, y todas las misericordias divinas que he rechazado... Ah! mi falta es demasiado grande para que pueda encontrar perdón; soy perdido; nadie puede ayudarme.»

Semejante revelación llenó de turbación el corazón del pastor, que estaba viendo allí la fiel pintura del estado de su pobre alma. En este momento se presentó á su pensamiento la antigua creencia, con la conciencia que él tenia del poder divino é inamisible concedido al sacerdote en el sacramento del Orden; y dijo con una voz conmovida al moribundo: «Querido hermano, yo puedo ayudaros tan cierto como hay Dios; yo puedo socorreros!...Yo soy también sacerdote católico, os lo aseguro; como vos también soy ¡ay! un renegado, un excomulgado; pero con mi poder sacerdotal puedo volver á abrir el cielo á un hombre que va á espirar.»

Esto fué para el pobre moribundo como si un ángel hubiera bajado del cielo á traerle la esperanza de la salvación. Vencido por la infinita misericordia de su Dios, que en la última hora de su vida le ofrecía todavía el perdón, y con él sus favores y la seguridad de la salvación, hizo con los sentimientos del más vivo dolor y del más sincero arrepentimiento, la confesión de sus pecados, obtuvo la absolución de ellos y murió en la paz del Señor.

Este triunfo del amor divino, que quiere la salvación de todos los hombres, y busca á los mayores pecadores hasta en su último suspiro, hizo tal

impresión en el que le había servido de instrumento, y su corazón se cambió de tal manera en un momento por la omnipotencia de la gracia, que desde ese instante resolvió convertirse. De regreso á la casa en donde quedaron sus compañeros que no se habían aún separado, les habló de esta manera: «Adiós, señores, vuelvo al seno de la Iglesia Católica, que tan pérfidamente he abandonado. Acabo de ver cuán horrible es para un apóstata el momento de la muerte. Me he vuelto á hallar sacerdote, he servido de instrumento á la misericordiade Dios; y hé aquí que esta infinita misericordia me llama á mí también á la penitencia, á la reconciliación, á la salvación.»

XVIII

El protestantismo y la incredulidad.

Los incrédulos y los racionalistas de nuestros días tienen simpatías muy especiales por el protestantismo y por la obra de la Reforma; miran á Lutero y á Calvino como abuelos suyos, y tienen razón. Digan lo que quieran algunos protestantes todavía cristianos, la incredulidad que destroza nuestra sociedad moderna es la consecuencia lógica, fatal, de la rebelión del siglo XVI.

El protestante es el hombre que, en nombre del libre exámen, rechaza una parte de las verdades cristianas que la Iglesia enseña por la autoridad de Cristo. El incrédulo es el hombre que, en nom-

bre de este mismo libre examen, va más adelante y rechaza el conjunto de estas verdades.

El protestante rechaza á la Iglesia porque nó la cree de institución divina. El incrédulo rechaza á Cristo, porque no lo cree verdadero Dios.

El principio es el mismo por una y otra parte. La razón individual que usurpa el lugar de la fe, es decir, de la sumisión del espíritu á la autoridad divina. El protestante, sépalo ó nó, es incrédulo en germen, y el incrédulo es un protestante perfecto.

La incredulidad existe en el protestantismo, como la encina existe en la bellota, como la consecuencia en el principio. El declive es muy resbaladizo en el camino de las negaciones. Si el libre examen de un luterano, ó su razón, como quiera llamarse, le obliga á rechazar la autoridad del Papa, vicario de Jesucristo, este mismo libre examen hace rechazar al calvinista la presencia real de Nuestro Señor en la Eucaristía, dogma conservado por los luteranos. Por el mismo principio, los socinianos, los ministros de Ginebra, y una multitud de pastores franceses rechazan hoy, á imitación de Voltaire y Rousseau, la misma divinidad de Jesucristo, y por consiguiente, abjuran el cristianismo, y caen en la completa incredulidad, siempre á consecuencia del libre examen. Nuestros filósofos alemanes y franceses, racionalistas y panteístas de todos matices, no se detienen en Jesucristo, y niegan la existencia de un Dios criador. todo esto siempre por la gracia del libre examen;

Ahora bien, lo repito, y todo protestante lo repetirá conmigo, el libre examen es el protestantismo en su principio esencial. Lutero, padre del

libre examen y del protestantismo, es pues el padre de la incredulidad, el padre de toda negación anticristiana (1).

«Estaba yo en Jena, dice M. Eugenio Rendu, en su memoria sobre la instrucción pública en Alemania, estaba yo en Jena, dos meses antes de la apertura del sínodo que debía reunir en Eisenach á los pastores de los diferentes Estados de Alemania. «¿Se ocuparán, pregunté á un pastor, célebre profesor de teología en la universidad de Jena, de cuestiones dogmáticas y de doctrina?— Nó, respondió el teólogo, se tratará de liturgia y de simples cuestiones de forma. ¡Sobre lo demás *es imposible entenderse;* luego que nos hallamos en el terreno dogmático, *todo desaparece!*»

Eugenio Sué, uno de los jefes del partido anticristiano, ha escrito, entre otras muchas, estas líneas que recomendamos á la meditación de todos los católicos y de los numerosos protestantes que aman la verdad: «Los hombres de libertad (2), dice, los radicales, los racionalistas, han atacado quizá inoportunamente el protestantismo, especie de religión transitoria...de puente, si puedo explicarme de esta manera, con el auxilio del cual debe llegarse seguramente al racionalismo puro, sufriendo, sin embargo, la fatal necesidad de un culto, sin

(1) Así lo sentía el rey Enrique IV en lo más fuerte de su calvinismo; decía que protestante y turco eran sinónimos en cuanto á la piedad. «Estoy endemoniado, escribía á la marquesa de Verneuil: si yo no fuera *hugonote*, me haría *turco.*

(2) Carta publicada en el *National Belge* en noviembre de 1856, y reproducida por todos los periódicos del partido.

el cual la masa de la población no podría pasarse todavía.

Nosotros, libres pensadores, penetrados de los peligros inherentes á toda religión, admitimos la necesidad de una religión (transitoria, es verdad); porque, digámoslo, es preciso distinguir lo posible de lo deseable.

«Se debe reconocer que hay grados en el mal, y que el mal menor es preferible al mal absoluto». El mal obsoluto para estos hombres es Jesucristo y su Iglesia, la religión y los católicos.

Y pasando de la teoría á la práctica, Eugenio Sué formula los odiosos estatutos de una asociación, cuyos miembros no bautizarán á sus hijos, ni se casarán religiosamente, ni llevarán sus muertos á la Iglesia, en una palabra, renunciarán completamente á toda relación con la religión.

Otro impío, Edgar Quinet, gran predicador del protestantismo y yerno de un pastor, llama á las sectas protestantes *las mil puertas abiertas para salir del cristianismo.*

Se dirá que nuestros protestantes no van generalmente tan lejos. Es verdad, hay grados en el protestantismo, y la incredulidad absoluta no es otra cosa que el protestantismo en grado superlativo.

XIX

El protestantismo y la revolución.

Todo protestantismo es revolucionario. No digo todo protestante, sino todo protestantismo; porque sé bien que el hombre no es siempre tan consecuente, que ponga en armonía sus acciones con sus creencias; muchas veces vale más por lo que hace que por lo que piensa; y así como nosotros desgraciadamente tenemos revolucionarios furiosos entre los católicos, así se encuentran en gran número hombres sinceramente amigos del orden entre los protestantes; pero aquí se trata del protestantismo y, no de los protestantes, y lo repito, todo protestantismo es revolucionario.

Mientras que el catolicismo es la sumisión del corazón y del espíritu á la autoridad de la Iglesia, el protestantismo no es sino la negación de toda autoridad en materia de religión. Ahora bien, una vez establecido en principio que el hombre no debe reconocer ninguna autoridad religiosa, ¿no es muy natural y lógico concluír que no debe tampoco reconocer ninguna autoridad política ó civil?

«¿Por qué no habían de rechazar la obediencia al Estado los que han rechazado la obediencia á la Iglesia? El protestantismo, ó la rebelión contra la autoridad religiosa, encierra en sus entrañas el germen de la rebelión contra toda autoridad política.

«La historia del protestantismo da un claro testimonio de esta verdad. Donde quiera que fué proclamado, su primer llamamiento á la rebelión de

los cristianos contra el Papa, se tradujo al mismo instante por llamamiento á la rebelión de los pueblos contra los reyes. Las mismas lenguas de los jefes de la Reforma que formulaban las blasfemias más atroces contra el jefe de la Iglesia, vomitaron los más sangrientos insultos contra los jefes de los Estados. Para esos genios de desorden, para quienes el soberano Pontífice no fué sino un tirano, los príncipes no fueron sino monstruos, y las *guerras de religión* que en aquella época desgraciada ensangrentaron á Inglaterra, Alemania y Francia, no fueron en el fondo sino *guerras de revolución.*

«Desde entonces el protestantismo ha simpatizado siempre y en todas partes con todas las rebeliones, y todas las rebeliones han manifestado al protestantismo simpatías bien marcadas; todo protestantismo ha sido siempre esencialmente revolucionario, como toda rebelión ha sido siempre esencialmente protestante.

«Del seno de los pueblos protestantes es de donde ha salido el espíritu de rebelión que en estos últimos tiempos se ha apoderado de ciertos países católicos; desde que la Reforma ha casi arruinado el altar, todos los tronos están vacilantes. La revolución de la Francia católica no ha sido sino una imitación sangrienta de la revolución de la Inglaterra protestante; al protestantismo inglés pertenece la triste gloria de haber introducido en la Europa cristiana la moda pagana de asesinar jurídicamente á los reyes» (1).

(1) Cuaresma predicada en presencia del Emperador en la capilla de las Tullerías por el R. P. Ventura (4.º disc.)

En virtud de este común origen, el protestantismo y la revolución se amalgaman cada vez más. Los protestantes honrados rechazan ciertamente esta unión que los espanta, pero ella se efectúa fatalmente, en virtud del mismo principio que ha producido la Reforma, y los órganos más declarados del socialismo lo proclaman abiertamente.

«...Me dirijo á todas las creencias, á todas las religiones que han combatido á Roma, escribe el revolucionario Quinet. Todas ellas, quieran ó no quieran, están en nuestras filas, pues en realidad su existencia es inconciliable, como la nuestra, con la dominación de Roma».

Todo *Lutero religioso*, dice Luis Blanc, llama *necesariamente á un Lutero político.*

Mazzini, Garibaldi y los otros aventureros que tuvieron hace algunos años bajo su perverso yugo la capital del mundo cristiano, no creyeron encontrar mejor medio de afirmar y de consolidar en Italia la revolución social que, introducir en ella el protestantismo; millares de Biblias adulteradas se distribuyeron en Roma, y se formó el proyecto de dar á los protestantes la iglesia del Panteón, en el mismo corazón de la ciudad.

«*La Biblia*, decía en 1850 Garibaldi, confiando al ministro protestante Pazzi la educación religiosa de su hijo, *la Biblia es el cañón que nos ha de abrir la Italia*».

Por otra parte, las publicaciones descaradas de los revolucionarios modernos, están tan á la vista de los protestantes como á la nuestra. Consúltense estas publicaciones. Los revolucionarios aplauden todos á una voz al protestantismo, *esta forma religiosa de la revolución.*

Este es un hecho incontestable y público, que merece la atención de los hombres sensatos; los que permanecen indiferentes á los intereses sagrados de la fe, deben moverse, al menos ante los peligros del hogar doméstico.

«El socialismo, ha dicho un gran escritor (1), no es sino el protestantismo contra la sociedad, así como el protestantismo no es sino el socialismo contra la Iglesia...»

XX

El protestantismo no es francés.

La Francia es profundamente católica, y tiene demasiado buen sentido y demasiada lógica para ser susceptible de otra religión; puede hacerse incrédula, pero nunca se hará protestante.

Si el protestantismo ha encontrado algunas veces simpatías en Francia, nunca ha sido sino en los partidos revolucionarios que se rebelan contra la autoridad legítima; si ha servido de bandera á algunos franceses, estos franceses eran rebeldes que conspiban con el extranjero y fomentaban la guerra civil; si, fuera de sus sectarios, ha encontra-

(1) Del *protestantismo y de todas los herejías en su relación con el socialismo*, por A. Nicolás.—Recomiendo encarecidamente esta importante obra á todos aquellos que quisieren estudiar más á fondo la gran verdad que no he hecho sino indicar en este pequeño artículo.—Consúltese también el interezante libro del padre Perrone: *El Protestantismo y la Regla de Fe.*

do amigos y apoyo, han sido traídos por su principio revolucionario, y tales partidarios no le hacen honor.

El protestantismo es enteramente antipático al espíritu francés. Se contradice á sí mismo, y no sostiene examen; es áspero y afectado; su acompasada autoridad no es sino el frío orgullo del fariseo; no tiene nada para la razón, nada para la imaginación, nada para el corazón.

Por otra parte, no está á gusto entre nosotros. tTodo cuanto nosotros amamos le repugna, y ama odo lo que no sotros no amamos.

La Inglaterra, verdadero centro del protestantismo en el mundo, es el objeto de sus complacencias y de sus más caros votos, y la propaganda en Francia se alimenta en gran parte de socorros extranjeros, más políticos quizá que religiosos.

Nunca ha podido soportar la Francia un soberano ni una soberana que no fuesen católicos. Enrique IV, este príncipe tan amado de nuestros padres, fué rechazado por ellos mientras permaneció hugonote. Jamás se sentará un protestante ni una protestante sobre el trono de Francia. Una sola prueba de este género ha sido tentada en días muy inmediatos á los nuestros, y Dios que protege la Francia, ha manifestado sus juicios por terribles y repetidas desgracias. La Francia dejaría de ser la Francia, si dejase de ser la hija primogénita de la Iglesia.

CONCLUSIÓN

Entre tanto, querido lector, adios. Ruega por mí, si este pequeño libro te ha aprovechado, y ruega también por todos aquellos que deban leerle.

Me he dirigido á tu integridad y buen sentido, y espero haber conseguido hacerte palpar la profunda miseria de lo que se llama el Protestantismo.

Si alguna vez discutes con un protestante, sé prudente y caritativo. No te dejes conducir fuera del camino recto y claro, y anda en él con prudencia. No te enredes en controversias infructuosas que no son á propósito, como lo dice el apóstol San Pablo, sino para «alterar é irritar». Envía á tu cura los disputadores é inventores de religión.

En cuanto á ti, conserva tu fe; sé un hijo dócil y fiel de la santa Iglesia Católica, que es la maestra de la verdadera piedad y la infalible depositaria de las verdades cristianas. Ejercita tu fe con celo y amor; ora mucho; comulga frecuentemente; ama profundamente á Jesucristo, tu Salvador, á la bienaventurada Virgen, su madre, al Papa, su representante visible; y vive de tal manera que puedas, después de los días de tu peregrinación sobre la tierra llegar á Dios y vivir en él eternamente.

SUB TUUM PRÆSIDIUM, IMMACULATA.

ÍNDICE

Págs.

SEGUNDA PARTE

TERCERA PARTE

FIN DEL ÍNDICE.